

JON ROBINSON

# SIN LUGAR

SIN MEMORIA, SIN PISTAS, SIN VERDAD

En medio de un bosque denso, se esconde SIN LUGAR, una prisión apartada donde han encerrado a cien adolescentes de todo el país.

Todos ellos son criminales, aunque ninguno recuerda haber cometido ningún delito. Alyn, Jes, Ryan y Elsa no tienen contacto alguno con el mundo exterior y saben que nadie vendrá a por ellos. Ni sus familias, ni la policía. Nadie. ¿Quién los ha escondido allí? ¿Que pretenden sus captores? ¿Por que han sido ellos los elegidos? Necesitan respuestas... y todas las respuestas se encuentran ahí fuera.

En SIN LUGAR liberarse es el fin y el principio de una aventura. SIN TREGUA.

**Jon Robinsón**

**Sin lugar**

**Nowhere I**

Título original: *Nowhere*

Jon Robinson, 2013

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0

PARA MAMÁ Y SARAH

# 1

Alyn recobró el conocimiento, sobresaltado, y tosió nieve. Se quedó donde estaba unos segundos, observando el remolino que formaba su aliento: una nube plateada que se desmoronaba al tocar el aire helado.

— Ahí está —dijo una voz medio oculta por el rugido del viento—. Ha caído. Buen disparo.

El sonido hizo que el cuervo que estaba en un árbol cercano levantara el vuelo y provocara una cascada de copos de nieve.

«No lo he conseguido —pensó Alyn—. A pesar de todo, no he escapado...».

Estaba desmoralizado y sin aliento, aunque consiguió reunir las fuerzas suficientes para ponerse en pie. Vio que una fila de carceleros vestidos con sus uniformes negros de apariencia militar avanzaba hacia él desde el otro lado del patio. El pánico lo ayudó a recuperarse, así que se volvió hacia la alambrada y corrió hacia ella a trompicones.

— ¡Está huyendo! —gritó alguien—. ¡Cogedlo!

Alyn se abalanzó sobre la valla y se aferró al alambre con dedos temblorosos. «Trepa —se ordenó, tirando de su cuerpo—. Puedes hacerlo, no es tan alta».

El carcelero más cercano levantó su ibis y disparó. El disparo dio en el suelo, detrás de Alyn, y levantó una lluvia de nieve.

El hecho de que sus captores tuvieran acceso a semejante armamento era un misterio. El ibis parecía una porra sencilla, pero era capaz de liberar una devastadora descarga de sonido comprimido. A diferencia de una pistola o un fusil, el ibis no dejaba marcas ni causaba derramamiento de sangre, aunque eso no lo convertía en un arma menos peligrosa, sino que hacía más peligrosos a los que la llevaban. Alyn sospechaba que si los carceleros hubiesen recibido alguna vez una de aquellas descargas, no estarían tan dispuestos a utilizar el ibis a las

primeras de cambio.

—¡Prisionero Hart! —gritó uno de los hombres que se acercaban—. Apártate de la alambrada de inmediato.

Alyn volvió la vista atrás, hacia las cinco figuras, y después miró de nuevo hacia lo alto de la valla. Si conseguía llegar al bosque, tal vez los perdiera. Existía la posibilidad de morir congelado, pero aquello era mejor que regresar a su celda. Cualquier cosa era mejor que regresar a su celda.

Siguió trepando despacio por la alambrada, aunque ya no sentía los dedos.

El aliento se le derramaba de los labios mientras forcejeaba con el alambre. Los pulmones le ardían, y notaba la garganta seca y dolorida.

Otro disparo pasó zumbando junto a él e hizo temblar la alambrada. Oía el continuo avance de los carceleros, sus pisadas sobre los montículos de nieve.

—Apártate de la alambrada —repitió el carcelero, más cerca—. Es la última advertencia.

«Ya casi estoy al otro lado —se decía Alyn—. Un último empujón y ya estoy... Soy libre...».

Justo cuando llegaba a lo alto de la valla, el disparo le dio entre los omóplatos. Alyn abrió la boca, pero solo se le escapó un graznido. Los dedos se soltaron y cayó, la alambrada se alejó poco a poco de él.

Lo último que le pasó por la cabeza no fue tanto una idea como una imagen, la imagen fantasmal de lo que podría haber sido: él corriendo a través de los árboles hacia la libertad. Sin embargo, la imagen desapareció, como todo lo demás.

Jes contemplaba la nevada con la mirada perdida a través de las ventanas empañadas de la cafetería que se encontraba en la parte de atrás de la prisión. Era una habitación estrecha de techo bajo, apenas bastaba para contener a la horda compuesta por unos cien uniformes grises.

Jes se pasó los dedos por su melena lisa y pelirroja. En cualquier momento sonaría el timbre para que los que tenían tareas de tarde, ella incluida, se reunieran y salieran al frío mundo exterior.

De repente, una onda expansiva de rumores y murmullos barrió la sala: los carceleros entraban por las puertas dobles llevando a rastras a Alyn, que estaba inconsciente. Jes se levantó de un salto y corrió entre las filas de mesas para llegar hasta la puerta.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó mientras intentaba rodear la procesión de guardias.

—Atrás —le dijo el que estaba más cerca de ella.

—Pero tengo que...

—He dicho que retrocedas —insistió el hombre, apuntándole con el ibis al pecho.

Jes se quedó paralizada. Por la cara del tipo, se dio cuenta de que estaba a punto de pasarse de la raya.

—¡Alyn! —gritó desde donde estaba—. ¿Me oyes? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te han...?

—Dejadlo ahí —ordenó el jefe de los carceleros, Martin Adler, mientras señalaba la mesa más cercana con un gesto de su cabeza afeitada—. Quiero que lo vean todos.



Los hombres que cargaban con Alyn lo soltaron en una mesa llena, tirando al suelo un par de vasos de plástico y un cuenco de sopa fría. Los presos se dispersaron rápidamente. Salvo por la leve subida y bajada de su pecho al respirar, Alyn seguía sin moverse.

—Lo capturamos cuando intentaba escapar —explicó Adler, silenciando la cháchara nerviosa de la cafetería. Rodeó despacio la mesa en la que yacía el chico inconsciente—. Después de todo este tiempo, ¡todavía quedan los que no aceptan su culpa! Los que no quieren rehabilitarse, cambiar, crecer. Os hemos dado demasiadas oportunidades. Y esto... —añadió, señalando a Alyn con el ibis— es la gota que colma el vaso. La próxima vez que alguien la fastidie, todos sufriréis las consecuencias. Así que, si a alguno de vuestros compañeros se le ocurre huir, os sugiero que intentéis convencerlo de que no lo haga. ¿Entendido?

Todos asintieron con la cabeza al unísono, aunque en silencio, con la mirada gacha.

Adler se abrió paso entre los otros carceleros para salir de la habitación.

—¡No escaparéis nunca! —gritó sin mirar atrás, escupiendo saliva—. Ahí fuera no hay nada para vosotros. Ya no.

Jes se mordió el labio para intentar reprimir la rabia que se le había concentrado en forma de nudo en la boca del estómago.

La piel de Alyn parecía más amarillenta de lo normal, y el flequillo negro le caía sobre los ojos. Sintiendo impotente, Jes vio a los guardias llevárselo de vuelta a las celdas.

Julian, un chico de dieciséis años, delgado y de rostro anguloso, se había acercado a ella con sigilo.

—Seguro que estará bien —le dijo, reprimiendo una sonrisa.

Jes le lanzó una mirada tan feroz que sus ojos verdes parecieron volverse casi tan rojos como su pelo.

—No mentían —siguió diciendo Julian—. Lo vi todo, ha sido un idiota.

—Ha sido valiente. Algo que tú no entenderás nunca.

—Un valiente no es más que un idiota con suerte —respondió Julian mientras se alejaba, aunque volvió la vista atrás para añadir—: Supongo que Alyn no la ha tenido.

\*\*\*

Cuando Alyn despertó y consiguió enfocar la vista, se encontró con la familiar imagen de la puerta con barrotes. La celda era un hueco gris y rectangular con dos camas debajo de la ventana blindada. Los barrotes de un lado la separaban de la celda contigua, mientras que la otra quedaba oculta tras una pared de ladrillos.

Con un esfuerzo considerable, Alyn se sentó en el fino colchón y se quedó mirando el implacable paisaje. Era como si el invierno no acabara nunca.

La cárcel, al menos por lo que él sabía, era poco más que un cubo de hormigón rodeado de kilómetros de bosque. Solo dos filas de ventanas interrumpían la brutal monotonía de su exterior manchado y deteriorado. Una alambrada rodeaba el complejo, y había unas puertas y una imponente torre de vigilancia en la parte delantera. En la parte de atrás estaba el patio destinado a los ejercicios. Habían clavado la alambrada en el suelo a bastante profundidad, de tal modo que arrastrarse por debajo de ella no era viable. Los presos no podían acceder ni a la parte delantera ni a los laterales.

Alyn apretó el rostro contra la ventana, y su aliento empañó el cristal reforzado. En el interior, las perspectivas no eran mejores. Las celdas ocupaban la mitad del edificio: dos niveles en una galería de ladrillo con una pasarela que recorría el nivel superior y carceleros vigilando el centro. Mientras seguía perdido en sus pensamientos, un par de carceleros aparecieron junto a su celda con un chico de pelo rizado que no debía de tener más de dieciséis años.

—Acomódate como si estuvieras en tu casa —dijo el guardia más alto mientras abría la puerta y lo empujaba hacia la cama vacía, frente a la de Alyn—. Vas a estar aquí una buena temporada.

En cuanto se cerró la puerta, el nuevo compañero de celda de Alyn se lanzó contra ella y empezó a golpear los barrotes y a tirar de ellos.

—¡No he hecho nada malo! —chilló—. ¡Soy inocente! ¿Me oís? No he hecho

nada... ¡Dejadme salir!

Alyn se limitó a observarlo hasta que, de tanto gritar, el chico con acento del norte se quedó ronco.

—No te escuchan. Llevo aquí el tiempo suficiente como para asegurártelo.

El chico se volvió, como si hasta el momento no se hubiese percatado de que no estaba solo.

—¿Quién eres?

—Pues parece que tu compañero de celda. Me llamo Alyn.

Le ofreció la mano. El chico la miró, miró a Alyn y se volvió de nuevo hacia la puerta.

—Ryan —respondió sin volverse.

Alyn dejó caer la mano y esbozó una mueca cuando un latigazo de dolor al rojo vivo le cruzó los omóplatos.

—Espera —dijo el chico nuevo mientras examinaba el mono gris de su compañero de celda—. ¿Por qué estás aquí?

—Por lo mismo que tú: soy un delincuente.

—¿Un delincuente?

—Somos cientos —añadió Alyn—. Chicos y chicas, entre trece y dieciocho años, de todo el país. Todos somos delincuentes...

—¿Pero?

—Pero ninguno recuerda haber cometido ningún delito.

—Yo sé que no he hecho nada —dijo Ryan, bajando la voz—. No podemos equivocarnos todos, ¿no?

—Somos nosotros contra ellos —respondió Alyn—. Nosotros les decimos que somos inocentes, ellos nos dicen que somos culpables. Una y otra vez, como si

fuera un partido de tenis. Por ahora, ganan ellos.

—¿Cómo?

—Porque algunos han empezado a creérselo. ¿Ves a esa chica de ahí?

Ryan miró a la chica rubia de la celda del otro lado de la galería, que estaba sentada en su cama con los brazos alrededor de las piernas.

—La trajeron hace un año, más o menos, no mucho después que a mí. Al parecer, la secuestraron una noche después de clase y, de repente, se encontró en esa celda. Le dijeron que había intentado robar una joyería. Que le había puesto una navaja en el cuello al dueño. Por supuesto, al principio lo negó...

—¿Y?

—Entonces empezó a cuestionar sus recuerdos —contestó Alyn, con cara de decepción—. Que si a lo mejor lo había hecho, que si a lo mejor sufría amnesia o algo así, que si a lo mejor se estaba volviendo loca... Al fin y al cabo, no detienen a la gente por nada, ¿no? Empezó dudando de ellos, después de sí misma y ahora...

—Ahora ¿qué?

—Ahora te contará la historia completa, desde la clase de collar que robó hasta la camisa que llevaba puesta el joyero.

Ryan tardó unos minutos en digerir la información.

—¿Me estás diciendo que le lavaron el cerebro o algo parecido?

—Nosotros preferimos decir que la han convertido. Pueden ser muy persuasivos.

Ryan dejó escapar una carcajada incómoda.

—Es una locura. Estás loco.

Alyn no respondió, se quedó mirando a su compañero dar vueltas por la celda, entre la ventana y la puerta. Al final se detuvo.

—A ti no te han convertido todavía, ¿no?

—Todavía no.

—Conmigo no lo conseguirán. Ni de coña —afirmó Ryan mientras se pasaba los dedos por el pelo rubio oscuro—. No se lo permitiré.

—Empezarán obligándote a firmar una confesión. Tendrán tus papeles listos para esta noche.

—No pienso firmar nada.

El chico masculló algo más entre dientes y siguió golpeando los barrotes. Cuando, de mala gana, se detuvo unos minutos después, tenía las manos desolladas y salpicadas de sangre.

—Te habría pedido que pararas —comentó Alyn, observándolo—, pero quizá sea sano estar enfadado. Después pasarás a la confusión. Después, a la aceptación. Y luego solo podrás pensar en escapar. Será lo primero que pensarás por la mañana y lo último que pensarás por la noche. Entonces, cuando ni siquiera puedas seguir pensando en escapar, pues... —Dejó la frase en el aire, pero acabó por terminarla a regañadientes—. No pensarás en nada en absoluto.

El chico se masajeó las manos heridas y, tras dejar escapar un suspiro, dijo:

—Me da la impresión de que llevas demasiado tiempo aquí dentro.

Alyn no parecía dispuesto a rebatirlo.

Ryan examinó a Alyn unos segundos antes de acercarse a la ventana.

—Entonces ¿dónde narices estamos?

—Sin Lugar.

—¿Me piensas responder con acertijos o qué?

—Así lo llaman, Sin Lugar. Y, antes de que me lo preguntes, se aseguraron de que estuviéramos inconscientes cuando nos trajeron, así que ni siquiera sabemos a qué distancia estamos de nada.

—¿En qué cárcel no informan a los presos de dónde están?

— En esta.

Ryan limpió con la manga el vaho del cristal helado y se asomó al exterior, haciendo visera con la mano para evitar el reflejo.

— ¿Qué más sabes de Sin Lugar?

— Que no está en ningún lugar —bromeó Alyn.

— No me digas. ¿Y esas cosas con forma de palo que llevan los guardias? No las había visto nunca, son como varitas mágicas o algo así. O armas del futuro...

— Ibis. Los guardias las usan como si fueran juguetes. Una vez vi que disparaban a un crío que tardaba demasiado en acabarse la cena. Duele. Y si te disparan con una aquí... —añadió, señalándose la sien—, es muy probable que se te olviden las últimas dos horas. Al principio, creía que me volvía loco.

— Eso explica por qué mi memoria está un poco confusa. ¿De dónde los habrán sacado?

— Un amigo mío estaba convencido de que la gente más poderosa del mundo tenía acceso a una tecnología que iba cien años por delante de lo que conocía el resto de la humanidad. Yo siempre le decía que estaba loco, pero ahora empiezo a pensar que quizás estuviera en lo cierto.

— ¿Qué te hace pensar que la gente más poderosa del mundo está metida en esto?

— Echa un vistazo a tu alrededor —respondió Alyn—. ¿Qué te hace pensar que no?

Ryan sostuvo la mirada de Alyn un par de segundos. Después esquivó el comentario encogiéndose de hombros.

— Entonces, ¿cuál es tu delito? —preguntó.

— Incendio provocado. Dicen que prendí fuego a una casa. Había alguien viviendo dentro, un anciano vagabundo...

— ¿Dicen que mataste a alguien?

—Por accidente, pero sí, eso dicen.

—¿Y no recuerdas nada? Debe de haber alguien que sepa dónde estamos...  
¿Qué pasa con mis padres y mis amigos? Van a pensar que he desaparecido...

—Supongo que esa es la idea.

Pero, antes de que Alyn pudiera decir nada más, un grupo de figuras se reunió junto a la celda, y una de ellas, una mujer de cuarenta y tantos años y pelo negro recogido en un moño, vestida con chaqueta y falda hasta las rodillas, entró en la habitación. Tenía un rostro serio, como esculpido por años de desprecio.

—¿Ryan Farrell?

—¿Quién es usted?

—Supongo que podrías considerarme una especie de profesora. Vas a venir conmigo a la sala de interrogatorios. Vamos a hablar un rato.

—Ya era hora. Todo esto no es más que un gran error.

—Tienes mucho que aprender, Farrell, empezando por saber cuándo callar. Venga, vamos.

—Adiós —le dijo Alyn—. Nos vemos pronto.

—No si puedo evitarlo.

«No puedes», pensó Alyn, y se quedó mirando al grupo que sacaba a Ryan de la celda a la fuerza y torcía a la izquierda de la pasarela.

—Cara. Otra vez —dijo Harlan, y cerró el puño en torno a la moneda plateada.

Harlan era un chico alto, de piel oscura y pelo negro, que acababa de cumplir diecisiete años. O, al menos, eso creía. En la cárcel no había ni calendarios ni relojes, nada que los ayudara a calcular la interminable caída libre de días y noches. Como si desearan aumentar la desorientación, hasta las rutinas variaban de un preso a otro, de modo que a unos los enviaban a trabajar mientras otros dormían.

—¿De qué hablas ahora, Harlan? —preguntó el chico de la celda de al lado, asomado entre los barrotes.

—De la moneda. Ha caído veintitrés veces seguidas de cara. No está trucada. No hay ninguna razón para que...

—Tampoco la hay para que no lo haga. ¿Es que no estudiaste la ley de probabilidad en el instituto? Si lanzas una moneda muchas veces, al final empiezas a ver patrones.

Harlan abrió la mano y examinó la moneda. Le dio vueltas en la palma de la mano hasta que reflejó la tenue luz de la celda.

—Tú crees que no significa nada.

—Si te pasas todo el día lanzando una moneda y fijándote en cómo aterriza, significa que llevas aquí demasiado tiempo. Y solo hay una forma de salir: confesar.

—Ya he confesado —respondió Harlan sin levantar la vista—. Todos los días. Una y otra vez...

—Lo dices, pero no te lo crees.



—Tú has confesado —dijo Harlan—. Entonces, ¿por qué sigues aquí? ¿Por qué no se ha ido nadie?

Tras pensárselo unos segundos, el chico se encogió de hombros.

—Tienen sus razones. A lo mejor todavía tenemos que aprender más cosas.

Dicho lo cual, se alejó sigilosamente de los barrotes y se tumbó con aire cansado en su colchón.

Harlan hizo rodar la moneda entre los nudillos, como si fuera una ficha de casino, y echó un vistazo a la pared del otro lado de la celda. Aunque suponía que no sería nada más que un apoyo arquitectónico, al observarla de cerca había descubierto que estaba hueca y tenía el ancho suficiente para que cupiera una persona. Lo que desconocía por completo era adónde conducía, si es que conducía a alguna parte.

Esperó a que su vecino se durmiera y ató una sábana a los barrotes que separaban las dos celdas, como solían hacer cuando iban a vestirse.

Calculaba que tenía un margen de media hora hasta que los carceleros volvieran de supervisar el trabajo en el patio. Tras asegurarse de que nadie lo miraba, Harlan se metió debajo de la cama y se arrastró por el suelo hasta quedar a la altura del ladrillo. Después empezó a raspar el cemento con la moneda, procurando no hacer ruido.

—Bien, no perdamos tiempo, Farrell —dijo la profesora al abrir la carpeta de tapas de cuero que llevaba con ella mientras empujaba la puerta de la sala de interrogatorios. Dejó entrar a Ryan, seguido por un par de guardias—. Los dos sabemos por qué estás aquí...

—Pues la verdad es que no —la interrumpió Ryan—. No lo sé. Y, al parecer, no soy el único. ¿Es una broma?

—No.

—¿Una conspiración, entonces? Tiene que ser eso. ¿Quién tiene el dinero y el poder suficientes para montar algo como esto?

—¿Conspiración? Espero que no insinúes que vamos por ahí deteniendo gente sin razón alguna —dijo la profesora, aceptando la taza de café que le ofrecía

el guardia más cercano.

—Sí, eso es lo que parece.

Ella pareció tomárselo a guasa. Se puso detrás del escritorio que había en el centro de la habitación e hizo un gesto al carcelero que vigilaba a Ryan para que le acercara una silla al chico. Ryan miró la silla con suspicacia, pero al final se sentó.

—¿Te haces una idea de lo que cuesta la manutención anual de un prisionero? ¿Y de adolescentes, cien adolescentes bajo el mismo techo? ¿Que lo hacemos por gusto? Debes de pensar que estamos locos...

—Pues sí. Y ahora, ¿me va a decir dónde estoy o...?

—Eso es confidencial.

—¿Por qué? ¿Porque somos muy peligrosos? ¿O porque no quiere que nadie nos encuentre?

—¿Habías tenido problemas con la ley antes, Ryan?

Ryan se revolvió en la silla.

—Vandalismo, beber alcohol siendo menor de edad, peleas... —enumeró la profesora antes de pasar página—. Aquí dice que te han expulsado de dos institutos. Todo un logro.

—Que yo sepa, no te mandan a Alcatraz por pintar un grafiti y meterte en una pelea infantil.

—Es una nueva iniciativa. Vamos a ser más duros con los delincuentes juveniles. Para que las calles sean más seguras.

—Si se lo repite muchas veces, a lo mejor algún día se lo cree.

—Si tienes otra explicación, me encantaría oírla.

—Es una mentira, ¿no? Todo esto: la cárcel, los guardias, todo. No es real.

—¿Yo incluida, Farrell?

—Sobre todo usted —respondió el chico, entornando los ojos.

—¿Habías tenido antes esa sensación de irrealidad? —le preguntó la profesora, que parecía genuinamente preocupada por él.

—Nunca.

—Bueno, supongo que los comienzos repentinos suelen ser los peores —dijo ella antes de marcar algo en la hoja—. No has sufrido ningún tipo de herida desde el crimen, ¿no? ¿Has tenido desmayos o...?

—No, nada de eso, ¡porque no hay ningún crimen! —exclamó, alzando la voz sin poder evitarlo—. No ha habido ningún crimen. Soy inocente, como Alyn, como todos los demás...

—Alyn Hart no es inocente. Tiene un historial de comportamiento peligroso y temerario: alcohol, drogas, arrebatos de violencia... Esta misma mañana intentó escapar y fueron necesarios varios guardias para contenerlo. ¿Te parece eso propio del comportamiento de un joven inocente, Ryan?

—¿Qué espera que haga? ¿Soportarlo sin resistirse?

—Así es como funciona la rehabilitación, Ryan. Te aguantas y aceptas la responsabilidad de lo que has hecho y de lo que necesites hacer para cambiar. Suele ser un proceso largo y complejo.

La mujer apartó la carpeta con tapas de cuero.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Ryan, pero ella la apartó antes de que él pudiera cogerla.

—No es para ti, Farrell.

El chico se acomodó en la silla y se cruzó de brazos, cansado.

—¿Cuándo acabarán las mentiras? —preguntó.

—Resistencia a la autoridad —apuntó ella—. ¿Siempre has tenido esta actitud tan negativa hacia tus superiores?

«Es una psicótica. Como todos los de este sitio».

—Por tu historial sabemos que eres agresivo y de pronto fácil. Con tendencia a arremeter contra los demás. ¿Sientes remordimientos?

A Ryan el corazón le latía muy deprisa. Estaba colorado y mareado.

—Por última vez, no he... hecho... nada. ¡No soy culpable!

—¿Quieres que te explique lo que hiciste? —preguntó la profesora. Como Ryan no respondía, siguió diciendo—: Robaste alcohol de la licorería de al lado de tu casa la noche del 28 de noviembre. Te emborrachaste. Después robaste el coche del padre de tu amigo y condujiste a toda velocidad por la calle principal, poniendo en peligro las vidas de innumerables conductores antes de chocar de frente con un segundo coche. Escapaste sin un arañazo, Ryan, pero la conductora del segundo vehículo, una estudiante de arte de veintitrés años, no tuvo tanta suerte. Falleció antes de llegar al hospital.

Ryan palideció. «¿Por qué hacen esto? Es un juego tan elaborado...».

—¿Lo recuerdas ahora? ¿Sientes remordimientos por lo que hiciste? ¿Por haber acabado con la vida de esa pobre chica gracias a tu... estupidez?

Ryan abrió la boca para decir algo, pero de ella no salió sonido alguno.

—Lo entenderé como un no. Sin remordimientos por su crimen.

Mareado por la frustración, Ryan se levantó de un salto de la silla y pegó un puñetazo a la desesperada. El golpe que recibió el guardia fue tal que trastabilló hacia atrás. Para intentar mantener el equilibrio, el guardia alargó un brazo y tiró al suelo la taza de café.

Antes de que Ryan pudiera moverse, el otro carcelero lo sujetó. El chico apretó los dientes, se volvió y le dio un cabezazo a su captor. Notó que al hombre se le hundía la nariz.

La profesora cogió la radio del cinturón del guardia caído.

—¡Enviad refuerzos! —gritó—. ¡Ahora!

Ryan salió corriendo por el pasillo, intentando recordar por dónde lo habían llevado antes. El disparo de un ibis le pasó rozando tan cerca que le hizo cosquillas en el vello del brazo.

Bajó a toda velocidad las escaleras del final del pasillo y salió a la galería principal. Muchos de los prisioneros, alertados por el ruido, ya se habían asomado a los barrotes de sus celdas y estaban a la expectativa. Ryan iba de un lado a otro, no lograba concentrarse en aquel panorama de rostros que lo rodeaba.

Entonces se abrieron unas puertas dobles y de ellas salieron tres carceleros con las armas en alto.

Ryan se detuvo, dio media vuelta y se encontró con un segundo grupo de guardias que le bloqueaba la salida. Enseñó los puños, incapaz de ocultar el temblor de las manos.

—Te has metido en un buen lío —dijo Claude Rayner, el ayudante de Adler, antes de abrirse paso entre el grupo de hombres.

—Dale una lección, Claude —lo animó uno de los guardias, aunque Rayner le echó tal mirada asesina que lo dejó sin ganas de repetirlo.

Ryan dirigió la vista hacia el arma de Rayner y después lo miró a los ojos, que eran grises y fríos. Oyó el suave silbido del aire que salía del cañón del ibis. Y, después, nada.

## DOS AÑOS ANTES

Aquella noche se puso a llover de repente justo cuando el primer ministro abandonaba el escenario. Con un ayudante a cada lado, bajó rápidamente los escalones.

—No ha ido demasiado bien —murmuró mientras la lluvia repiqueteaba sobre la tela del paraguas—. Vámonos de aquí.

En cuanto lograron escapar de los ansiosos periodistas, los belicosos micrófonos y el ruido de los obturadores de las cámaras, el primer ministro dobló por un oscuro callejón acordonado.

—Señor, se suponía que el coche lo recogería por allí, ¿no? —le preguntó uno de sus ayudantes.

—Cambio de planes —respondió el primer ministro—. Voy a ir con otra persona.

Se despidió de ellos con un gesto de la mano, se envolvió bien en el abrigo y se alejó a toda prisa bajo la lluvia.

El coche lo estaba esperando al final del callejón. Corrió hacia él y golpeó la ventanilla tintada con los nudillos.

—Lo siento, se ha alargado más de lo que esperaba —dijo en cuanto se abrió la puerta.

—Lo importante es que está aquí —respondió James Felix.

Felix era un hombre de cabello blanco de unos sesenta años y vestía un traje caro hecho a medida. Observó al primer ministro con semblante sombrío y ojos

somnolientos.

El primer ministro se subió rápidamente al coche y se sacudió la lluvia del abrigo.

—Vamos al grano, ¿vale? ¿Por qué quería verme? —preguntó cuando arrancaba el coche.

Felix guardó silencio un momento. Movía los ojos sin parar, como si buscara las palabras adecuadas.

—Parece ser que se avecinan problemas. Para el país, me refiero.

El primer ministro arqueó una ceja y miró a través de las sinuosas gotas de lluvia de la ventanilla.

—Menuda sorpresa. El paro y la deuda están en máximos históricos. El índice de criminalidad sube como la espuma. El descontento, por decirlo suavemente, es palpable —dijo, y miró a Felix—. Podemos considerarnos afortunados si sacamos un solo voto en las próximas elecciones.

—Esto es un poco más serio que su carrera política.

—Sí, eso... supongo.

—Entonces, comprenderá por qué he tomado algunas precauciones.

—¿Qué clase de precauciones? —preguntó el primer ministro, desconcertado.

Felix no hizo caso de la pregunta.

—Creo que el país podría estar al borde de algo mucho peor de lo que se imagina. De algo catastrófico. Puede que incluso de la anarquía...

—¿Anarquía? —preguntó el primer ministro frunciendo el ceño, y volvió a repetirlo en voz baja—. ¿Cómo sabe todo eso?

—Tengo mis recursos.

—Señor Felix, le aseguro que me tomo todo esto muy en serio, pero no me

creo ni por un instante que...

—En el plazo de un año habrá una marcha sobre el Parlamento.

—Estoy seguro de que la policía es más que capaz de enfrentarse a unos cuantos manifestantes, señor Felix...

—La policía se verá completamente sobrepasada. La marcha se convertirá en revuelta. La revuelta derivará inexorablemente en una masacre —aseguró Felix, mirando al primer ministro a los ojos—. Nunca se habrá visto nada igual. El país es una bomba de relojería con una mecha que lleva años ardiendo. No hay que ser muy listo para darse cuenta de ello.

—¿Y está seguro de todo eso?

—Soy un hombre ocupado, primer ministro, no perdería el tiempo con intuiciones y vagas sospechas. Solo resta saber cuándo.

El primer ministro palideció.

—El pueblo ve que las cosas empeoran —siguió diciendo Felix—. Que caemos en una espiral descendente, fuera de control. Y consideran que usted y su Gobierno son los responsables.

—Hay muchas cosas que no podemos controlar. No tenemos poder para hacerlo. Nadie lo tiene...

—Da la impresión de que ya se ha rendido, primer ministro.

—Dicen que el aleteo de una mariposa puede iniciar un huracán al otro lado del mundo. ¿Cómo sugiere que controlemos eso, señor Felix?

—Cortándole las alas a la mariposa.

—¿Controlando el caos? Empiezo a preguntarme si no se le habrá subido el dinero a la cabeza.

—Tenemos un par de ideas, primer ministro.

—¿Tenemos?



—Somos cuatro, las cuatro personas más ricas del mundo. Y una quinta persona que, digamos, no desea publicidad. Somos un club muy selecto.

—¿Qué es esto?

—Considérela una promesa. Podríamos llamarlo un compromiso, el compromiso de que recuperaremos el país. Conseguiremos que vuelva a ser lo que era.

Antes de que el primer ministro tuviera tiempo para digerir las palabras de Felix, el coche dobló una esquina y se detuvo junto a la acera.

—Creo que esta es su parada, primer ministro. Piense en lo que le he dicho.

El primer ministro escudriñó la casa de estilo georgiano que se adivinaba detrás de la lluvia.

—Quiero saber una cosa —dijo, volviéndose hacia Felix—. ¿Por qué ahora?

—Porque esto también nos afecta a nosotros —contestó Felix—. A todos nosotros. Y porque nos queda muy poco tiempo.

Tras una triste hora de tareas matutinas, Alyn recogió un cuenco de sopa aguada y un trozo de pan, y se sentó en una silla en el extremo más alejado de la cafetería. Se quedó mirando la cola abarrotada de presos que avanzaban a empujones y achuchones hacia la comida.

Estaba terminándose la sopa cuando apareció Jes y se sentó frente a él.

—Aquí estás —dijo amablemente, y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Estaba muy preocupada por ti.

—Estoy bien —respondió él, obligándose a sonreír.

—Entonces, ¿no me vas a contar lo que ha pasado?

—Me llevaban a ver a Adler. Salí corriendo —añadió, y se apartó de la mesa, suspirando—. Culpa mía, una estupidez. No pensaba con claridad.

—¿Llegaste muy lejos?

—Al otro lado de la alambrada —mintió.

Jes abrió mucho los ojos.

—Estaba seguro de que lo conseguiría esta vez, Jes. Estaba completamente convencido. ¿Alguna vez has tenido esa sensación de que todo saldrá bien?

—Sí, la verdad.

—Pues fue algo así, como si ni siquiera tuviera que pensar. Como si todo encajara en su sitio.

—Nunca habías llegado tan lejos. Nadie había llegado tan lejos.

—Pero aquí sigo, ¿no? —Deseoso de cambiar de tema, añadió—: Supongo

que ya habrás visto a mi nuevo compañero de celda. Hizo una entrada triunfal.

—Y una salida triunfal —dijo Martin Adler, que había aparecido de repente detrás de su mesa—. Deberíais haber visto la cara de miedo que puso cuando se dio cuenta de que lo teníamos rodeado. Seguro que la celda de aislamiento lo ablanda un poco.

—¿Por qué? ¿Teme que derribe a otros dos de sus hombres? —preguntó Alyn sin pensar.

El jefe de los carceleros agarró al chico por el cuello del uniforme gris y lo levantó de la silla.

—Pisas terreno resbaladizo, Hart.

—Suélteme, no puedo respirar...

—Ahí fuera no hay nada, ya no te queda nada.

—Por... por favor —graznó Alyn.

—Siempre te encontraremos y siempre te traeremos de vuelta. Vas a pasarte aquí una buena temporada, Hart. Será mejor que te acostumbres.

Adler dejó caer a Alyn en la silla y miró a Jes con el ceño fruncido.

—¿Tú qué miras?

Jes se apresuró a bajar la cabeza para clavar la vista en la comida, aunque ya no le parecía tan apetecible.

Adler los miró y se alejó para zanjar una disputa entre dos prisioneros que estaban al otro lado de la cafetería.

Antes de hablar, Jes esperó a que no pudiera oírlos.

—Supongo que estarás contento.

—¿Por?

—Bueno, lo digo por el chico nuevo con el que compartes celda...

—¿Qué quieres decir?

—Da la impresión de que tampoco él está dispuesto a quedarse de brazos cruzados. Con los dos trabajando juntos, a lo mejor...

—No pienso volver a escapar, Jes, he terminado —le aseguró Alyn, sin darse cuenta de lo mucho que le dolería decirlo—. No puedo seguir albergando esperanzas. No puedo seguir pensando que algún día lo conseguiré.

—Entonces, ¿prefieres pasarte aquí toda la vida? ¿Qué te ha pasado, Alyn? ¿Qué ha cambiado?

—No ha cambiado nada, ese es el problema. ¿Cuántas veces he intentado escapar? He perdido la cuenta. Y no avanzo. No voy a ningún lugar.

—Has llegado al otro lado de la alambrada.

Alyn deseó no haber mentido al respecto. ¿Había sido para impresionarla? ¿Para darle esperanzas?

—Adler tiene razón: ¿qué más da que alguna vez logre llegar al bosque? No sabemos qué tamaño tiene; ni siquiera sabemos dónde estamos. Podríamos estar en cualquier parte.

—No puedo creerme lo que estoy oyendo —dijo Jes, apartando la mirada—. ¿Desde cuándo eres tan cínico?

—Desde que dejé de creer en lo imposible. ¿Sabes lo poco probable que es que alguno de nosotros vuelva a ver el mundo exterior? Nos necesitan aquí. No sé por qué, pero no nos dejarán escapar sin más.

Jes se hundió en la silla, incapaz de ocultar su decepción.

—Has dejado de soñar, Alyn.

—A lo mejor ha llegado el momento de que todos dejemos de soñar. No va a suceder.

—Pero para eso son los sueños. Lo demás es transigir. No me rendiré tan fácilmente. Si tú quieres quedarte aquí, es asunto tuyo, pero yo pienso salir de un modo u otro.

Ryan llevaba varios minutos despierto. Parpadeó despacio y se quedó mirando la franja de luz que entraba bajo la puerta. Del exterior le llegaban sonidos de voces ahogadas y arrastrar de pies.

«Si me duermo otra vez, a lo mejor me despierto y descubro que todo ha sido un sueño», pensó, y cerró los ojos de nuevo.

—¿Ryan? ¿Ryan? ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

Ryan había estado mirando por la ventanilla, observando las casas de la zona, apretujadas las unas contra las otras. En uno de los jardines había una colorida pila de juguetes en desuso: sillas de plástico y un triciclo roto. En otro había una lavadora sin puerta cubierta de óxido.

Ryan miró a su amigo Carl, que estaba sentado con los pies sobre el salpicadero del coche de su padre.

—Te lo largo todo, y tú estás demasiado ocupado soñando despierto. No voy a volverte a contarte nada más, que lo sepas.

—Dame las llaves —dijo Ryan sin hacer caso de su amigo.

Carl le lanzó las llaves, y Ryan las cogió al vuelo.

—Prométeme que tendrás cuidado. Si le hacemos un solo arañazo, mi padre me mata...

Carl hizo una pausa y quitó los pies del salpicadero, dejando escapar un suspiro meditabundo.

—¿Crees que saldremos de aquí alguna vez? —le preguntó a Ryan.

—¿Qué?

—De aquí, de esta calle, de esta ciudad, de Sheffield. ¿O crees que acabaremos como nuestros padres...? —empezó a decir, hasta que notó el respingo que daba su amigo—. Perdona, tío, no me refería a tu viejo, solo...

—Lo sé, no pasa nada —respondió Ryan mientras tamborileaba con los dedos en el volante—. Yo tampoco pienso pasar el resto de mis días en medio de ninguna parte. Quiero hacer algo con mi vida.

Los dos siguieron sentados en silencio unos momentos, hasta que Carl vio por el espejo retrovisor una figura que se acercaba tranquilamente a ellos tras doblar la esquina.

—Mierda, ¡la policía!

—No te muevas —le dijo Ryan, que alargó un brazo para calmar a su amigo—. No llames su atención.

Pero ya era demasiado tarde, Carl había salido rápidamente del coche. Ryan abrió la puerta de un empujón, cayó de lado y se puso en cuclillas.

Carl rodeó medio a gatas la parte frontal del coche y se sentó con la espalda apoyada en el parachoques.

Ryan estaba a punto de imitarlo cuando tropezó con una botella vacía. La botella rodó por la acera, tintineando.

El ruido llamó la atención del policía.

—¡Eh! —chilló al ver a Ryan escabulléndose.

Ryan se levantó de un salto y corrió por la acera. El viento le zumbaba en las orejas y los pulmones le estaban matando. Oía las pisadas del policía detrás de él.

—¡Carl! —gritó, volviendo la vista atrás—. ¡Carl, ayúda...!

Al doblar la esquina para entrar en un callejón, se dio contra una pared. Chilló y se agarró el hombro, dobló la siguiente esquina y se encontró en un callejón sin salida.

—¡Te tengo! —exclamó el agente entre jadeos al acercarse—. Te apetecía dar una vuelta en coche, ¿no?

—No iba a ninguna parte —respondió Ryan, resollando—. Lo juro.

—Eso se lo cuentas al juez. Pasearse por ahí en un coche robado es un delito muy grave —dijo el hombre mientras se sacaba la radio del cinturón—. Enviad refuerzos, me da la sensación de que este no se va a dejar coger fácil...

Se oyó una especie de zumbido detrás del policía, que murmuró algo y cayó al suelo.

Ryan retrocedió hacia la pared y se quedó mirando a su perseguidor, que yacía en el suelo, antes de centrarse en el hombre que había surgido de las sombras.

El desconocido pasó por encima del agente de policía inconsciente.

—Ryan Farrell, te estábamos buscando.

Ryan dejó escapar el aire y miró el cañón del cilindro metálico que el hombre llevaba en la mano.

—¿Quién es usted? ¿Qué le ha hecho?

Ryan estaba a punto de dormirse cuando se abrió la puerta. Hizo una mueca y se protegió los ojos con una mano.

Sintió la tentación de abalanzarse sobre su captor, pero, de algún modo, logró contenerse. «Así no conseguiría nada —pensó—. Es su juego, son sus reglas».

—Podría haber avisado —masculló mientras se sentaba con la espalda apoyada en la fría pared.

La profesora entró en la celda.

—Lo que hiciste ayer fue una estupidez enorme, Ryan —dijo, agachándose para ponerse a la altura del prisionero—. Los carceleros no están contentos, ni tampoco la gente ante la que respondo. Quieren que sigas en la celda de aislamiento unos cuantos días más, como mínimo.

—Unos cuantos días más... ¿aquí? —preguntó Ryan, intentando disimular el pánico.

—Ajá. Puede que más.

La profesora miró a su alrededor y asintió para sí misma con un gesto casi imperceptible, como un arquitecto decorando un cuarto en su imaginación.

—Esto es muy pequeño, ¿verdad? Pequeño y oscuro. Y ni siquiera tienes almohada. Es curioso la de cosas que damos por sentadas, ¿no? Como las almohadas. Como la luz. ¿Qué te parece la oscuridad?

A Ryan se le aceleró el pulso.

—Si dejas a alguien a oscuras durante el tiempo suficiente, empieza a ver cosas —siguió diciendo ella—. Una mente necesita actividad, si no, empieza a crear su propio entretenimiento. Tú tienes una mente que necesita mantenerse muy activa, ¿verdad, Ryan?

—¿Quién es usted? —preguntó el chico entre dientes.

Ella esbozó una sonrisa ausente y siguió hablando.

—Solo tengo que chasquear los dedos para que te lleven de vuelta a tu celda, con los demás. Es mejor que nada, ¿no crees? Sin duda, es mejor que esto —aseguró, e hizo una pausa para examinar de nuevo brevemente la habitación—. Pero primero tengo que saber que te arrepientes: que lamentas lo que has hecho y que no volverás a hacerlo. Si lo dices, regresarás a tu celda.

La idea de pasar un minuto más en aislamiento aterrizaba a Ryan.

—Solo tienes que decir que lo sientes, Ryan —dijo la profesora—. Y todo se te perdonará.

Ryan guardó silencio. Respiraba de forma entrecortada.

«Hazlo —le ordenaba una voz en su cabeza—. Dales lo que quieren. Diles que eres culpable. Juega según sus reglas».

Ryan recordó lo que le había contado Alyn: que intentarían destruirlo. Todo empezaría con una confesión, a la que seguiría la duda y, al final, Ryan no sabría ni quién era ni qué había hecho, de modo que no tardaría en convertirse en otro eslabón roto de una extraña cadena.



—Has tenido tu oportunidad —dijo la profesora dejando escapar un suspiro de decepción—. Adiós, Ryan.

Se volvió para marcharse, pero antes de llegar a la puerta, Ryan se disculpó: —Lo siento, siento lo que hice.

La mujer se detuvo y se volvió lentamente sobre los talones.

Ryan sabía que tenía que salir de allí para conservar la cordura. Notaba que los límites de su mundo empezaban a deshilacharse.

—Estaba enfadado —reconoció mientras intentaba tragarse el nudo que se le había formado en la garganta—. No quería hacerlo, no pensaba con claridad.

—Creo que por fin estamos llegando a alguna parte —comentó la profesora esbozando una sonrisa fría.

—¡Eh! ¿Adónde va? —chilló Ryan al ver que se alejaba—. Me dijo que...

La puerta se cerró detrás de ella, y los gritos de Ryan no tardaron en convertirse en gemidos que se desvanecieron en el silencio.

Elsa Winchester llamó a la puerta de la sala de interrogatorios. Como nadie respondía, la abrió.

Una mancha de café había decolorado el escritorio y un trozo de suelo de hormigón. Apartó con el pie los fragmentos de la taza de porcelana rota y fue a por su fregona.

Había visto muchos intentos de fuga (incluso había intentado escaparse un par de veces), pero era la primera vez que oía de alguien que hubiera atacado de verdad a los carceleros. «Ojalá lo hubiese visto...».

Mientras barría los fragmentos de debajo del escritorio, Elsa vio algo en el suelo: una carpeta con tapas de cuero.

«Se le habrá caído a la profesora».

La recogió y le dio vuelta. No era propio de la profesora dejarse algo olvidado.

Elsa abrió la carpeta y, al oír pisadas en el pasillo, se la metió debajo del uniforme gris justo cuando se abría la puerta.

—Ya va siendo hora de que acabes, Winchester. Devuelve esas cosas a la despensa y vete a tu celda.

—Sí, señor.

Elsa recogió el cubo y salió corriendo, con el guardia detrás.

Una vez a solas en la despensa, Elsa sacó la carpeta y la metió detrás de una caja de cartón. Fuera lo que fuese aquello, tendría que esperar hasta el día siguiente.

De vuelta a su celda, Elsa pasó junto a Julian, que permanecía tumbado en

su colchón con las manos detrás de la cabeza.

«Parece que alguien está disfrutando de su escaqueo», pensó Elsa, y se preguntó qué habría hecho para obtener semejante privilegio.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntó.

—Estoy pensando —respondió él, frunciendo el ceño.

—Sí, bueno, pues que no te duela. Pareces muy satisfecho desde que cogieron a Alyn.

—Se llama *Schadenfreude*.

A Elsa le fastidiaba mucho que Julian usara palabras que ella no conocía. Las primeras veces le había preguntado por el significado, pero él siempre evitaba sus preguntas con un suspiro de cansancio y desánimo, y ponía los ojos en blanco como si, con trece años, Elsa fuese demasiado ignorante para comprenderlo.

—Quiere decir alegrarse por la desgracia ajena —añadió Julian, como si le leyera la mente.

—Por lo menos, Alyn hace algo. Yo me escaparía con él si pudiera.

—No podrías guardar un secreto ni aunque te fuera la vida en ello —respondió Julian, esbozando una sonrisa—. Se lo largarías a todo el mundo en dos minutos. Nadie querría llevarte a ninguna parte.

—Estás celoso porque nadie te cuenta secretos. Nadie se fía de ti.

Por un momento, a Elsa le pareció percibir que Julian estaba dolido, pero, de repente, el chico dio una patada en el aire, como si espantara a un perro.

—Vete, sal de mi vista.

Elsa dio media vuelta y se largó, pero, en cuanto estuvo fuera de su alcance, corrió de vuelta a su celda.

Una vez en la cama, utilizó el tirador de la cremallera del uniforme para hacer una marca en la pared de ladrillos. «Tres meses», pensó tras contar rápidamente la colección de raspaduras, y cerró los ojos.

—Mamá y papá no confían en mí —dijo Elsa tras cruzarse de brazos mientras el tren pasaba entre las filas de casas—. Si no, ¿por qué te envían a ti?

—Porque solo tienes trece años —respondió Simon—, y yo soy tu hermano mayor.

—Seguro que no eran así contigo.

—La verdad es que eran peores —respondió él arqueando las cejas—. ¿Qué era lo que tenías que hacer?

—Fotos. Para un estúpido proyecto de arte. El tema es «conexiones ocultas».

Simon esbozó una sonrisa comprensiva, y Elsa se hundió en el asiento y apoyó la cabeza en la ventanilla. El chico bajó una mano, recogió un periódico tirado en el suelo del vagón y hojeó las páginas arrugadas. En una fotografía se veía al empresario James Felix subiéndose a un coche.

—El país está jodido, y él tiene tanto dinero que ya no sabe ni qué hacer con él —comentó Simon—. Deberías oír lo que cuentan de él. Los rumores.

—¿Sí? ¿Como qué?

—Que forma parte de un grupo secreto que intenta dominar el mundo.

Elsa apartó la cabeza de la vibrante ventanilla para mirar la foto.

—No parece tan poderoso. Se parece al abuelo.

—El mundo no se conquistará con pistolas y espadas, sino con sonrisas y firmas —respondió Simon encogiéndose de hombros.

—¿Dónde has oído eso? ¿En uno de esos libros tan raros de conspiraciones que siempre estás leyendo? —preguntó ella mientras se asomaba por la ventanilla—. Da igual, parece que hemos llegado. Vamos.

Los dos atravesaron el control de billetes y bajaron los escalones que daban a un garaje vacío. Una bolsa de plástico flotaba por el suelo en silencio.

—Bueno, ¿adónde quieres ir? —preguntó Simon.

—Voy a hacer algunas fotos por aquí —respondió Elsa, y sacó la cámara—. No tardaré mucho.

—Quédate donde pueda verte —le ordenó su hermano.

Después, Simon se sentó en un muro, junto a una máquina de billetes, y se puso a balancear las piernas con impaciencia.

«Eres tan insufrible como mamá y papá», pensó Elsa. Se alejó trotando y apuntó con la cámara a una paloma solitaria que picoteaba en busca de migas.

Tras deambular un rato sin encontrar demasiada inspiración, la chica miró a su hermano, que seguía sentado junto a la máquina de billetes, jugando con el móvil.

«Todavía me puede ver. Técnicamente».

Elsa bajó por unos escalones de hormigón hasta un área vallada con una caja de electricidad. Habían enganchado un cartel de metal al alambre:

### **CÁMARAS DE VIGILANCIA EN FUNCIONAMIENTO**

Elsa le hizo una foto, y otra al indescifrable grafiti de la caja de abajo.

Miró la pantalla de la cámara y fue pasando de la imagen del cartel a la imagen del grafiti.

—Se supone que no puedes estar aquí abajo.

Elsa se volvió y se encontró con un hombre ataviado con un traje negro que la observaba desde los escalones.

—Oh, es que estaba... haciendo fotos para el colegio —dijo, señalando la cámara.

Empezó a subir las escaleras, pero el hombre le interceptó el paso.

—No puedo dejar que te vayas, Elsa.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó Elsa mientras retrocedía.

Él dio un paso hacia ella. Llevaba un cilindro negro en la mano.

—Eres más joven de lo que pensaba —dijo el hombre, apuntándola con el objeto.

Elsa, desconcertada, levantó las manos.

—¡Simon! —gritó, mirando primero al objeto y después al hombre que lo sostenía.

—Es decir..., eres una cría —siguió comentando el desconocido—. ¿Cuántos años tienes? ¿Doce? ¿Trece?

El cilindro le tembló en la mano.

—¡Simon! —gritó Elsa, esta vez más fuerte—. ¡Simon!

Dejó escapar un grito repentino y cayó boca abajo, inconsciente.

Un segundo hombre apareció por detrás y bajó su arma.

—¿A qué esperabas? —le preguntó a su colega—. Alguien podría haberla oído.

Se agachó al lado de la chica tendida en el suelo y levantó la vista con el ceño fruncido.

—Date prisa, saquémosla de aquí.

—¡Ya sabéis lo que significa eso! —gritó Adler para hacerse oír por encima del ruido del timbre de última hora de la tarde—. Educación.

Cien presos adolescentes se pusieron de pie a la vez mientras se abrían las puertas de las celdas. Había tres lecciones de «desarrollo personal» cada semana: lecciones que normalmente consistían en obligarlos a ver unas extrañas películas antiguas en un proyector que parecía pertenecer a décadas pasadas.

—No pongáis esa cara —siguió diciendo Adler—. Puede que aprendáis algo.

Alyn se apartó el flequillo de los ojos y salió de la celda para unirse a los regañadientes a la multitud que avanzaba arrastrando los pies. No sabía el porqué, pero aquellas lecciones le daban dolor de cabeza, y si el lenguaje corporal de los demás servía de indicativo, no era el único.

La cola de presos de las celdas superiores continuaba por la pasarela y descendía por las escaleras hasta unirse a la cola de la planta baja. Bajo la estricta supervisión de los carceleros, desfilaron por el pasillo, dejando atrás la cafetería, hasta llegar al aula. Dentro de aquella habitación húmeda y sin pintar había diez filas de escritorios de madera individuales.

Cuando entró el último preso, uno de los guardias más jóvenes se acercó a las puertas, examinó rápidamente a los presos sentados y se unió a sus colegas, que estaban agrupados en la parte delantera de la habitación.

Alyn miró a su alrededor y vio a Jes sentada en la fila siguiente. Como si se hubiera dado cuenta de que la miraba, la chica levantó la vista. «Hola», la saludó en silencio, formando la palabra con los labios, pero ella ya había apartado la mirada.

La puerta se abrió, y por ella entró la profesora, que se colocó entre los guardias. Su presencia cortó las conversaciones de raíz.

—Hablad —dijo.

—Somos prisioneros porque somos culpables —repitieron los presos al unísono—. Somos culpables porque somos imperfectos. Somos imperfectos porque somos humanos. Aceptamos nuestra culpa...

—Alguien no está cooperando —dijo uno de los guardias, inclinándose sobre la profesora.

—¿Ah, sí?

Apuntó a una chica rubia, a unas cuantas filas de distancia.

—Ella. Movía los labios, pero no decía nada...

Cien pares de ojos inmovilizaron a la chica.

—¿No tienes nada que decir?

—No... No voy a decir nada. Porque no soy culpable. No he hecho nada.

La profesora la examinó atentamente unos segundos. Después se volvió hacia el resto del aula.

—Supongo que lo habéis oído todos. Esta joven señorita asegura ser inocente. ¿La creéis?

—No —respondieron los demás.

—No los has engañado —dijo la profesora, sonriendo—. ¿Qué te hace pensar que puedes engañarme a mí?

—Ha... Ha pasado una semana —tartamudeó la chica—. Y no soy culpable. No pueden hacerme cambiar de idea.

—En realidad, querida, es muy fácil hacer que alguien cambie de idea. Tan fácil que me resulta decepcionante.

Se acercó al escritorio de la chica y le metió los pálidos dedos en el pelo.

—Verás, es bastante simple. Buscamos placer... y huimos del dolor. Si asociamos algo con el dolor, la mente se refugia en algo un poco más... conveniente.



Entonces, se enrolló en el dedo un mechón de pelo rubio de la chica.

—Eres culpable —le dijo.

—Soy inocente.

La profesora le tiró con fuerza del pelo. La chica gritó de dolor y se llevó las manos a la cabeza.

La mujer le enseñó lo que tenía en la mano: varios cabellos enredados en los dedos.

—Qué pelo tan bonito. Sería una pena perderlo —dijo la profesora, y soltó los cabellos, que bajaron flotando suavemente hasta posarse en el suelo—. Eres culpable —repitió.

—No —dijo la chica, sacudiendo la cabeza—. No soy culpable, soy inocente...

La profesora le tiró otra vez del pelo, arrancándole otro mechón. La chica se estremeció y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Eres culpable. Culpable, como los demás.

—Soy culpable —respondió la chica entre amargos sollozos—. Por favor, pare. Pare... Soy culpable.

La profesora acarició las puntas del cabello de la chica.

—Eso es, niña. Aunque ahora te limites a repetirlo, pronto te lo creerás.

Entonces le dio una palmadita en el hombro y sonrió con un orgullo casi maternal. El eco de los sollozos de la chica se oía por toda la habitación que permanecía en silencio.

Alyn se volvió y vio que Jes lo miraba. Jes bajó la vista justo cuando las luces se apagaban y la bombilla del proyector cobraba vida.

—Vais a aprender algo de economía —dijo la profesora—. Creemos que algunos consejos financieros os serán de utilidad cuando os liberemos. ¿Sois conscientes de la deuda que ha contraído el país?

Su pregunta recibió por respuesta el silencio de todo el grupo de rostros de miradas vacías.

—Hoy estáis muy callados. Y yo que creía que estabais deseando venir a mis clases.

Se le escapó un suspiro, pasó junto al proyector y su silueta se convirtió en una enorme sombra amenazadora durante unos segundos.

La película iba acompañada de un crepitar constante, y empezó a saltar y a combarse en cuanto empezó. Alyn calculaba que tendría varias décadas, como mínimo. «Supongo que se gastaron todo el presupuesto en las armas —pensó, cruzando los brazos—. Como siempre, ¿no?».

Una sucesión de coloridos diagramas inofensivos apareció en pantalla. Ninguno de los presos, salvo un chico con gafas de la primera fila, se fijó en el logotipo corporativo que apareció y desapareció tras una fracción de segundo. Sin embargo, el chico no tardó mucho en achcarlo a un efecto de la luz.

Al día siguiente, los presos regresaban de la cafetería después de la comida cuando un Ryan empequeñecido se dirigía a su celda.

En un par de días parecía haber envejecido considerablemente: tenía bolsas bajo sus ojos de color azul, y la piel estaba tan gris como su uniforme. Se sentó en el borde del colchón y esperó a que los guardias le quitaran las esposas.

—Será mejor que no intentes nada —dijo en voz baja el más alto de los carceleros mientras se daba una palmadita en el ibis que llevaba enganchado al cinturón.

—Te hicieron confesar, ¿verdad? —preguntó Alyn en cuanto se fueron los guardias.

Ryan levantó la cabeza para mirarlo, pero era como si mirara a través de él.

—Dijeron que me dejarían allí hasta que lo hiciera. No tenía elección.

—Así es como se aseguran nuestra obediencia. Nos hacen creer que estamos rotos, que tienen que arreglarnos. Es parte de su juego.

—No pienso quedarme aquí —dijo Ryan—. Saldré aunque me cueste la vida. Alguien nos encontrará... Enviarán partidas de búsqueda a por nosotros. No pueden ocultarnos aquí para siempre, no pueden. Habrá gente buscándonos.

—No si los que están detrás de esto no quieren que nos encuentren.

Ryan se puso de pie y empezó a dar vueltas por la celda.

—Podría matarlos. A todos...

—Eso no resolvería nada.

—Puede, pero me haría sentir mejor.

Alyn quería sonreír, pero no logró reunir las fuerzas suficientes. Se volvió y vio que Jes los observaba a los dos.

—¿Puedes culparlo por ello? —preguntó al entrar.

—Esta es Jes —dijo Alyn—. Somos... amigos.

Ryan la examinó unos segundos y notó que la rabia se apaciguaba.

—Hola.

—Jes es nuestra teórica de la conspiración —explicó Alyn—. Tiene una imaginación increíble. Hemos oído de todo, desde que es una especie de experimento a que se trata de un *reality show* morboso.

—Jes sigue en la habitación —dijo ella—. De todos modos, no veo que se te ocurran ideas mejores. ¿Cómo van las cosas por ahí fuera? Da la sensación como si todo fuera a irse al garete de un momento a otro...

—Dicen que las cosas están cambiando. Otro tema es que te lo creas o no.

—¿Había alguna noticia sobre nosotros? Quiero decir, ¿nos está buscando alguien?

Ryan se concentró para intentar recordar si había visto su imagen en algún periódico.

—No lo sé —respondió al final.

No era la respuesta que Jes quería escuchar.

—¿No te acuerdas? ¿Han raptado a cien personas y me estás diciendo que ni siquiera estás seguro de que la gente sepa que hemos desaparecido?

—Desaparecen muchos adolescentes —la interrumpió Alyn—. En fin, ¿cuántas caras recuerdas tú? Como mucho, la gente pensará que nos hemos escapado de casa.

—Mis amigos, no —dijo Jes—. Saben que nunca haría algo así.

—Y los míos, pero nadie va a escucharlos a ellos... —repuso Alyn.

—Mencionaste algo sobre escapar —lo interrumpió Ryan—. ¿De verdad es posible?

—Consiguió llegar al otro lado de la valla hace un par de días —le contó Jes con orgullo—. Es el primero que lo consigue.

—Estaba convencido de que lo lograría —comentó Alyn, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó Ryan mientras se asomaba por la ventana.

—¿Más allá de esos árboles? No tengo ni idea. Nadie la tiene.

—¿Cómo consigues escapar de la celda?

—Son cerraduras viejas. Ya me han cambiado a cinco celdas distintas...

—Así que sabes forzar cerraduras. ¿Seguro que eres tan inocente como aseguras?

Alyn frunció el ceño, una respuesta tan buena como cualquier otra.

—¿Y salir afuera?

—Podrías salir corriendo durante el descanso, es el único momento de libertad que tenemos, pero hay guardias por todas partes. No durarías ni cinco minutos. Te lo digo yo.

—Necesitamos un plan —dijo Ryan—. Tenemos que salir de aquí antes de que acabemos como los demás.

—Es lo que llevo diciendo desde el principio —respondió Jes tras echar una mirada acusadora a Alyn—. Se acabó lo de ir por libre.

Abrió la boca para decir algo más, pero se dio cuenta de que Adler se dirigía a ellos.

—Problemas —advirtió, y salió de la celda.

—Estás pálido, Farrell —dijo el jefe de los guardias—. Como si llevaras

algunos días sin ver la luz del sol.

El tipo se echó a reír y se alejó por la pasarela como si nada, silbando alegremente para sí.

«Escapar», pensó Ryan, tumbado en su colchón.

—Escapar —murmuró entre dientes, disfrutando del suave siseo de la palabra.

—Escapar.

Adler ya estaba esperando en su despacho, con los brazos cruzados, cuando apareció Julian.

—Hola, Martin —lo saludó el chico.

—Preferiría que no te tomaras tantas confianzas, Sleave. Recuerda que yo soy quien está al mando. ¿Qué tienes para mí?

—Pues una pregunta, la verdad.

—¿Una pregunta? Sabes perfectamente que no estoy aquí para responder a tus preguntas. ¿Se te ha olvidado que yo soy el que tiene la llave de tu celda...?

—Vale, vale —lo interrumpió Julian—, nada de preguntas. ¿Qué tal un pequeño intercambio?

Adler se cruzó de brazos con más fuerza y aprobó con la cabeza a modo de asentimiento.

—Es sobre el chico de la celda nueve, Daniel como se llame. Él y otro chaval van a organizar una buena en el descanso de la mañana. Mientras todos estén entretenidos con eso, piensa salir corriendo.

—¿Queda alguien que no lo haya intentado todavía? —se burló Adler, volviéndose—. Vas listo si crees que vas a conseguir algo a cambio de eso.

—Están preparando un ataque. A uno de los guardias.

Adler se detuvo y volvió a mirar a Julian.

—A Ratchet —confirmó Julian—. Lo consideran el guardia más débil.

—De acuerdo, Sleave —dijo Adler mientras se acariciaba la barbilla—. ¿Qué quieres?

—Librarme de las tareas del resto del mes. Veo a los demás deslomarse y, la verdad, no me apetece hacer lo mismo.

—Es lo que me gusta de ti, Sleave —respondió Adler entre carcajadas mientras se alejaba por el pasillo—. Eres escoria, como los demás, pero, al menos, tú lo aceptas.

«Aceptaría cualquier cosa con tal de ganarme tu confianza», pensó Julian, que no le quitó los ojos de encima hasta que desapareció de su campo de visión.

Elsa metió la fregona en el cubo, y el agua jabonosa se derramó por el borde.

—¿Puedo ir a beber agua? —le preguntó al guardia que estaba sentado en una silla en el pasillo, un poco más allá—. No he bebido nada desde esta mañana y estoy un poco mareada.

El carcelero la miró y siguió hojeando ociosamente su revista.

—Prometo que no tardaré nada.

—Más te vale, Winchester. Si no estás de vuelta dentro de dos minutos, te pondré a limpiar retretes el resto del año, ¿entendido?

Elsa apoyó la fregona en la pared y salió corriendo por el pasillo. En vez de torcer a la derecha para ir a la fuente, se metió a toda velocidad en la despensa y cerró la puerta. Se puso de rodillas y metió la mano detrás de la caja para sacar la carpeta de cuero. La abrió y sacó un documento. En la primera página, con letras en negrita, ponía: «la habilidad».

—¿La habilidad?

Elsa se puso a leer en voz alta, con los ojos entrecerrados. Se sentó en una caja y pasó las páginas.

Los estudios indican que la Habilidad es más notable de los ocho a los dieciocho años. Al llegar a la edad adulta parece producirse un descenso

significativo, aunque, por supuesto, existen algunos adultos que todavía demuestran tendencias específicas. Como han constatado algunos investigadores, la Habilidad es como un «músculo» que se debilita si no se usa [...] Al parecer, el mecanismo activo es la participación no consciente [...]

[...] Un generador de números aleatorios se ve afectado del mismo modo solo por su presencia y, en estos momentos, es el indicador más claro de Habilidad [...] Los efectos aumentan drásticamente cuando uno o más sujetos están juntos en un lugar concreto [...] Sigue sin conocerse el mecanismo [...] se han realizado comparaciones con la teoría del caos; la puesta en marcha de una cadena de acontecimientos [...] parece funcionar a través del azar [...]

[...] Los métodos más eficaces para aprovechar la Habilidad son el simbolismo y la representación simbólica, la necesidad y una «prestidigitación mental». En esta última se muestran a los sujetos imágenes subliminales que pasan inadvertidas a la mente consciente [...] El Compromiso ha sugerido que los sujetos problemáticos podrían beneficiarse de la reclusión en una zona aislada de variables reducidas [...] El coste, como cabía esperar, no es el problema [...]

—Esto no tiene ningún sentido —masculló Elsa, que intentaba descifrar aquel torrente de prosa compacta.

Entonces volvió la página y se quedó boquiabierta.



## SEIS MESES ANTES

Harlan se abrió paso entre la masa de trabajadores que volvían a casa. La lluvia salpicaba el pavimento y se estrellaba contra los parabrisas de los coches atascados. Al lado de la estación de tren, el toldo de lona de un puesto de flores se agitaba y ondeaba con furia al viento.

Contento por poder guarecerse de la tormenta, Harlan encontró un hueco junto a la entrada. Estaba sacudiéndose la lluvia del mono cuando notó que alguien se le acercaba.

—Tú debes de ser Harlan.

Levantó la vista y se encontró con un hombre de pelo blanco y barba que vestía un andrajoso abrigo largo.

—Creía que no aparecerías —le dijo el hombre—. Venga, vamos a buscar un sitio donde podamos hablar.

—Espere un momento, ¿no me va a decir cómo se llama? —preguntó Harlan.

—Cuando sepa que puedo confiar en ti —respondió el individuo mientras observaba a Harlan con cautela.

Diez minutos después, los dos estaban sentados en la parte de atrás de una cafetería, en medio de una calle tranquila.

—Bueno —dijo el hombre mientras apartaba el vaso de poliestireno—. Quiero saber cómo me has encontrado.

—Buscaba... a otros como yo en internet. Di con su página. Daba la

impresión de que llevaba años sin actualizarse, pero había una dirección de email de contacto al final de la página. La verdad es que no esperaba una respuesta. Pasaron varias semanas y me olvidé del asunto. Y entonces, un par de meses después, me llegó su respuesta, así que aquí estoy... para «analizar el asunto», como acordamos.

El hombre miró un momento por la ventana, asintiendo para sí mismo, como si verificara la historia de Harlan.

—Me llamo Henry —le dijo.

—¿Es su verdadero nombre o solo intenta hacerme creer que confía en mí?

—Eres un chico listo, Harlan —respondió Henry, sonriendo—. Dime cómo te van las cosas.

—¿Se refiere al instituto o...?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Ha empeorado desde que le escribí —respondió Harlan, mirando la mesa—. Las coincidencias están por todas partes... Es como si... Es como si me estuviera volviendo loco. O ya lo estuviera.

—A lo mejor lo estás.

—Empiezo a ver patrones por todas partes, en todo. Cosas que eran completamente independientes las unas de las otras ahora están interconectadas... Pienso en alguien que llevo un año sin ver y, de repente, ese mismo día, me lo encuentro... Entro en las tiendas y sé qué canciones van a sonar... Sé cosas que no debería saber. Hasta mis amigos empiezan a darse cuenta...

—¿Y?

—Y sigue pasando... más que nunca. Tiene que haber un modo de detenerlo.

—No puedo detenerlo —dijo Henry—, pero no estás solo. Hay otros como tú.

—¿Dónde? Tengo que conocerlos.

—Todavía no, Harlan.

Henry le dio un sorbo a su vaso, pero se detuvo de repente y miró por la ventana. Apenas llovía.

—¿Qué pasa? —preguntó Harlan.

—Nada —respondió Henry mientras apartaba de nuevo el vaso y se ponía de pie rápidamente—. Tengo que irme. Te llamaré pronto.

—No puede irse sin más... Tengo más preguntas...

Harlan intentó sujetarlo por el brazo, pero Henry se zafó de él y se sacó una moneda de plata del bolsillo.

—Practica —susurró, y le lanzó la moneda mientras salía de la cafetería.

—¡Espere! No me ha contado por qué...

Harlan corrió tras él, pero chocó con una chica que llevaba una bandeja con bebidas. La chica ahogó un grito cuando los vasos cayeron al suelo.

—¡Lo siento! —exclamó Harlan, que cogió unas cuantas servilletas de la barra y se las lanzó antes de salir corriendo de la cafetería y mirar a izquierda y derecha.

Al chico le pareció ver a Henry desaparecer tras una esquina, así que se puso a perseguirlo, esquivando a unos cuantos peatones, dobló la esquina y se metió en un callejón. En un callejón sin salida.

—Eh, chaval.

Harlan volvió la vista atrás. Un par de hombres vestidos de negro caminaban hacia él.

—¿Te has perdido o qué?

—Estoy buscando a alguien —respondió entre jadeos, intentando abrirse paso entre ellos para marcharse por donde había venido.

—Qué gracia, porque nosotros también buscamos a alguien —dijo el hombre

más bajo—. Y acabamos de encontrarlo.

Harlan se cerró aún más el abrigo. La nieve crujía y chascaba bajo los pies al cruzar el patio rectangular. Un grupo de chicos perseguía una pelota en la pista central. Había un carcelero a cada lado para evitar que los presos se metieran por los laterales de la prisión.

Harlan se agarró a la alambrada y se quedó mirando los árboles desnudos del otro lado.

—¿Eres Harlan?

La voz sacó a Harlan de golpe de su trance.

—Al parecer, tú «sabes cosas» —siguió diciendo Ryan mientras los copos de nieve se le derretían en el pelo ensortijado—. ¿Por qué no me las cuentas?

—Sé que has intentado escapar —respondió Harlan volviéndose hacia él—. Sé que te llamas Ryan.

—No me refería a mí, me refería a cosas sobre este sitio.

—Tengo sensaciones, intuiciones —dijo Harlan mientras volvía a mirar la alambrada—. Pareces decepcionado.

—Había oído el rumor de que estabas abriendo un agujero en la pared de tu celda —respondió Ryan después de suspirar y meterse las manos en los bolsillos.

—Aquí se oyen muchos rumores.

—No hace falta que disimules conmigo, Harlan, todavía no me han convertido ni nada parecido.

—No me preocupas tú —respondió Harlan, que se había dado cuenta de que Julian deambulaba por el patio, a pocos metros de ellos. Le hizo un gesto a Ryan para que se acercara a la alambrada y dijo—: Ten cuidado con él. Se llama Julian. Si se entera de que estoy abriendo un agujero.

—¿Lo estás haciendo?

—Se rumorea que existe un túnel en algún lugar de la prisión —susurró

Harlan—. No es más que otro rumor, claro, pero lleva flotando en el ambiente desde que llegué.

—¿Y qué te hace pensar que puedes llegar hasta él?

—Lo mismo que hace que todo el mundo piense que el túnel lleva a alguna parte: la esperanza.

Entonces guardó silencio y miró a Ryan fijamente.

—Tú también lo has pensado, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó Ryan.

—Que eres diferente. Que somos diferentes.

—Me he perdido.

—Hemos estado haciéndonos las preguntas equivocadas —prosiguió Harlan—. Nos han distraído con esta... con esta cárcel, pero es mentira, una ilusión. Así funciona la magia: hay que conseguir que alguien mire en el lugar equivocado mientras tú haces el truco. Delante de sus narices.

Ryan, desconcertado, se quedó mirando a Harlan mientras este cruzaba el patio con la mano haciendo visera para protegerse los ojos de la nieve.

—¡Se acabó el ejercicio! —chilló uno de los guardias junto a la puerta del patio, disparando el ibis hacia el cielo—. ¡Volved adentro!

Harlan esperó hasta que se apagaron las luces antes de meterse debajo de la cama para seguir perforando el muro.

Salvo por un chico que tosía a unas cuantas celdas de distancia, todo permanecía en silencio, y hacía tanto frío que veía el vaho de su respiración. Tiritando, Harlan se puso la moneda de plata entre los dedos y empezó a raspar con cuidado el cemento.

No entendía cómo los demás podían quedarse sentados sin hacer nada. ¿Es que no les importaba si los rescataban o no? ¿Albergaban la esperanza de que alguien los encontraría? Él llevaba allí demasiado tiempo para eso, tenía muy claro que nadie iría en su busca.

DOS AÑOS ANTES

Felix estaba de pie, con la espalda apoyada en el murete y los brazos cruzados, como si desafiara al viento helado. Observaba a los trabajadores que se dispersaban en silencio por el puente y se dividían en carriles para tráfico lento y rápido, como los coches.

—Imagino que ya has hablado con el primer ministro, ¿no, Felix?

—Emmanuel —saludó Felix al levantar la mirada—, me alegro de verte.

Aunque los dos se conocían desde hacía más de un año, Felix apenas sabía nada de su trajeado asesor. Incluso su nombre tenía pinta de alias.

—¿Y bien?

—Costó un poco convencerlo, pero lo conseguí. Accedió. Ya solo falta hacerse con los niños. Creo haber encontrado un lugar adecuado.

Felix se sacó una fotografía arrugada del bolsillo del abrigo.

—Una fábrica abandonada en las tierras altas escocesas —siguió explicando—. Rodeada de kilómetros de bosque. Estoy seguro de que podría adaptarse a nuestros propósitos, ¿no crees?

Emmanuel cogió la foto que el otro sostenía en una mano enguantada y la examinó unos segundos.

—Está en medio de ninguna parte —añadió Felix—. Y sé por experiencia que los inviernos son terribles.

—Razón de más para que no salgan de allí.

—Justo lo que yo había pensado. ¿Qué me dices de nuestros candidatos? ¿Alguna novedad?

—Susannah Dion, la psicóloga, tiene la lista. Hay cien, tal como hablamos.

—Hay algo que me inquieta —dijo Felix, que se estremeció con una ráfaga de viento gélido—: las instalaciones. ¿Qué argumento creíble vamos a dar a los guardias?

—Les contaremos que es una cárcel para jóvenes delincuentes. Será una ilusión convincente si utilizamos las falsificaciones adecuadas.

—¿Y si sospechan algo?

—¿Qué van a sospechar? Mientras les paguemos bien, no sospecharán nada.

—No... No lo sé —dijo Felix mientras se rascaba la sien—. Es que parece tan...

—¿Astuto?

—Cruel.

—Tienen que derrumbarse —repuso Emmanuel, apoyando los codos en el muro que daba al río. El abrigo le aleteaba alrededor de las pantorrillas—. Para que se derrumben, hay que conseguir que duden de sí mismos. Para que duden, hay que hacerlos sentir culpables. No existe otro modo. Espero que no estés cambiando de opinión.

—No, es que...

—Hemos llegado demasiado lejos —dijo Emmanuel sin pestañear—. No permitiré que pierdas los nervios ahora, Felix.

—No estoy... No estoy perdiendo los nervios. Montaré un equipo de inmediato. Y quiero las instalaciones preparadas lo antes posible. Cuanto más tardemos, peor será... para todos.

Emmanuel observó atentamente a Felix, como un depredador que busca síntomas de debilidad en su presa.

—Por eso lo hacemos, ¿no? Por el bien común. No lo olvides nunca.

—Por el bien común —repitió Felix.

«Y por nosotros —estuvo a punto de añadir, pero consiguió morderse la lengua—. Y por nosotros».



Después de su charla con Harlan, Ryan regresó a su celda mientras los presos se dedicaban a deambular, disfrutando de su rato de descanso. Siguió por la pasarela y se encontró a Jes sentada con las piernas cruzadas en la cama de Alyn.

—He visto que te han puesto a barrer la nieve ahí fuera —le dijo a la chica—. ¿Te has metido en algún lío?

—¿Por eso? Es mi trabajo —masculló ella—. Me pareció buena idea cuando hacía mejor tiempo. Ahora que estamos en invierno, ya no estoy tan segura. ¿Qué tareas te han asignado a ti?

—Dirás que qué tareas no me han asignado —respondió mientras se quitaba las botas—. Lavandería por la mañana, limpieza por la tarde. Incluso me amenazan con un montón de cosas más.

—Supongo que es una tontería preguntarte cómo lo llevas —repuso Jes.

—He estado en sitios mejores —respondió Ryan, observando la celda—. Una parte de mí espera despertarse de un sueño.

—Será mejor que te acostumbres a eso.

Ryan se sentó en la cama.

—Entonces, supongo que tú también eres inocente, ¿no?

—¿Acaso hace falta preguntarlo?

—Lo siento —respondió Ryan, sonriendo—. Quiero decir que no pareces una delincuente. Bueno, no demasiado.

—¿No demasiado? Supongo que tengo que tomármelo como un cumplido.

Ryan se echó hacia atrás y puso los brazos detrás de la cabeza.

— Sé que te parecerá una locura, pero ¿se te ha ocurrido pensar que tal vez nos estén haciendo un favor?

— Pues no, explícate.

— Bueno, las cosas se han puesto bastante feas en los últimos años, ¿verdad...? A lo mejor hay una especie de guerra y nos han reunido aquí para poder empezar de nuevo.

— Espera a que Alyn oiga eso, seguro que deja de burlarse de mis teorías. ¿Por qué nos iban a querer a nosotros?

— A lo mejor somos los más listos. O los más honrados... O los más guapos —dijo, mirándola brevemente a los ojos—. Da igual. De todos modos, ¿qué pasa contigo y con Alyn? ¿Estáis juntos o algo parecido?

— Solo somos amigos.

— ¿Y quién tomó esa decisión?

— Los dos.

Ryan captó en su mirada una débil chispa de pesar.

— Bueno, supongo que no lo habrás visto por aquí, ¿no? También yo quería hablar con él.

— ¿De qué? —preguntó Jes, aunque se apresuró a añadir—: Lo siento, no es asunto mío.

— No pasa nada. Alyn parece conocer este sitio mejor que nadie. He estado preguntando por ahí, pero...

— Deberías tener cuidado, no todo el mundo es de fiar —lo interrumpió Jes, bajando la voz—. Pero, si buscas una salida, puede que haya algo; hemos estado buscando un túnel.

— ¿El mismo túnel al que Harlan cree poder llegar a través de la pared de su celda? No pareces muy convencida.

— Aunque Harlan tenga razón, ¿sabes quién hay al otro lado de su celda?

Julian. Como tenga cualquier sospecha, por pequeña que sea, irá directo a los guardias.

—Entonces hay que encontrar la forma de cerrarle el pico.

—Esa clase de cosas son las que esperaba oír —repuso Jes, sonriendo.

—No pienso rendirme, Jes. No sé qué está pasando; pero lo que sí sé es que no hacen más que contarnos una mentira detrás de otra. Cuesta distinguir dónde acaba una y empieza la siguiente. Nada es verdad...

—¿Salvo?

—Salvo que saldré de aquí. Saldremos de aquí.

—Ten cuidado con esa, Farrell —dijo Martin Adler, que había aparecido de repente junto a los barrotes de la celda—. Como dejes algo de valor sin vigilar, a lo mejor lo pierdes.

Jes se ruborizó.

—La llamamos la urraca —siguió diciendo el jefe de los guardias mientras entraba en la celda—. Siete robos en un mes, ¿te lo puedes creer? Menos mal que la cazamos a tiempo, quién sabe lo que podría haber hecho.

Jes se mordió el labio y masculló algo entre dientes.

—¿Qué ha sido eso? —la pinchó Adler—. Espero que estuvieras expresando tu gratitud. Venga, vamos a oírlo, di: «Gracias, señor».

Jes guardó silencio.

Adler se sacó el ibis del cinturón y le dio unas palmaditas amenazadoras con la mano enguantada.

—Gracias..., señor —dijo Jes, y las palabras le amargaron la boca.

—Estás aprendiendo. Quién sabe, quizá salgas de aquí convertida en un miembro decente de la sociedad. Aunque, en fin...

Adler se volvió y salió alegremente de la celda. Jes captó la mirada de Ryan

por un breve instante antes de marcharse a toda prisa.

\*\*\*

Adler salió de la galería y acababa de entrar en el pasillo cuando apareció ante ella un guardia visiblemente alterado limpiándose la frente de sudor.

—¿Señor? —dijo en voz baja—. Falta uno de los presos.

—Si es Hart otra vez, juro que... —empezó a decir Adler, deteniéndose.

—No es Hart, señor, es Elsa, Elsa Winchester. No aparece desde que acabó su turno de limpieza del pasillo...

—¿La mocosa? No habrá ido muy lejos. Cerrad las celdas; nadie saldrá de ellas hasta que la encontremos.

—Sí, señor —contestó el guardia, que salió corriendo por la galería y se puso a gesticular en dirección a los presos—. ¡Regresad a vuestras celdas! ¡Se acabó el descanso!

—¿Qué está pasando? —preguntó Jes desde su colchón, viendo cómo Adler reunía a otros dos carceleros y se iba con ellos hacia las puertas dobles.

Como llevaba mucho tiempo en aquel lugar, cuando ocurría algo raro lo captaba rápidamente: los susurros, el repentino ruido de las pisadas de botas en el suelo de hormigón. Se sentó en la cama, casi esperando ver a Ryan en otra de sus frenéticas huidas.

—Es Elsa —dijo Charlotte, la compañera de celda de Jes.

«¿Elsa? ¿A qué está jugando?».

Jes no esperó a que su compañera se lo explicara, sino que se acercó corriendo a los barrotes de la celda.

—Siéntate, ¿es que no te acuerdas de lo que pasó la última vez que intentaste entrometerte?

A Jes no le hacía falta que se lo recordaran. Hizo una mueca al pensar en el disparo del ibis.

—Todos somos culpables y debemos aceptar la responsabilidad por lo que hemos hecho —dijo Charlotte, como si recitara un mantra.

Jes la miró, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Te engañas, Charlotte.

—¿Sí? —repuso ella, mirándola con ojos vidriosos—. Antes era como tú: me negaba a aceptar lo que había hecho. Me das lástima.

Jes sintió la tentación de discutir, pero se dio cuenta de que no servía de nada. Había visto a demasiados chicos convertidos y, una vez que aceptaban su culpa, no había nada que hacer, era como si se hubiesen metido en una secta, y su capacidad para razonar parecía haber desaparecido. Suspiró con tristeza y se dejó caer en el colchón.

Elsa estaba tan absorta en el documento que ni siquiera se dio cuenta de que Adler había abierto la puerta del armario. Presa del pánico, ocultó los papeles detrás de la espalda.

—Levanta —le gruñó Adler mientras la cogía por el uniforme y la ponía en pie—. ¿Creías que podrías escaquearte del trabajo? Toda la prisión te está buscando, Winchester.

—Lo... Lo siento —tartamudeó Elsa cuando Adler la sacó de un empujón de la despensa—. Estaba cansada...

—¿Qué te parece pasar una semana en aislamiento? Tendrás mucho tiempo para recuperar tus horas de sueño...

—No —suplicó ella—, no volverá a ocurrir, lo prometo.

Adler hizo una pausa y la observó con aire suspicaz.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada...

El guardia le dio media vuelta y le quitó el documento de las manos. Pasó unas cuantas páginas.

—¿Dónde has encontrado esto?

Elsa abrió la boca, pero se atragantó con sus propias palabras.

—Te lo repito: ¿dónde has encontrado...?

—En el pasillo. Lo... Lo he encontrado en el pasillo.

—En el pasillo —repitió Adler sin creerla. Pasó la última página y enrolló los papeles para formar un cilindro—. ¿Cuánto has leído?

—No mucho, de verdad.

Adler la miró a los ojos sin pestañear.

—Todo —confesó Elsa al fin, incapaz de soportar su mirada—. ¡Estáis todos locos! ¿De verdad os creéis estas cosas?

—No es que nos las creamos, es que las sabemos —respondió Adler—. Hemos visto cómo funciona. No espero que lo entiendas. No eres más que una niña.

—Lo entiendo y se lo contaré a los demás. ¡Se lo contaré a todos!

Adler acercó el ibis a pocos centímetros de su frente y apretó el gatillo. Elsa se desplomó.

—Seguro que lo harías, si fueses capaz de recordarlo —contestó Adler.

Mientras todos marchaban con el semblante abatido hacia el aula, Jes, que estaba en los últimos puestos de la fila, localizó a Adler y al otro guardia por el rabillo del ojo. Entre los dos estaba Elsa, a la que arrastraban de los brazos y las piernas.

—Así que la encontraste en la despensa —oyó decir al carcelero—. ¿Qué crees que hacía allí?

—Nada —gruñó Adler mientras comprobaba que el documento enrollado seguía en su bolsillo trasero.

—No estaría buscando esa rejilla de ventilación, ¿no, jefe?

—A lo mejor —mintió Adler—. Vamos a darnos prisa, que hay que dejarla en su celda. Tengo cosas que hacer.

El otro guardia asintió con la cabeza, aceleró un poco, y el trío no tardó en desaparecer tras una esquina.

«Una rejilla de ventilación en la despensa», pensó Jes.

—Adentro —dijo una voz detrás de ella.

Un carcelero la empujó con ganas, y Jes entró dando tumbos en el aula.

—Han pillado a Elsa —murmuró Jes a Ryan al sentarse a uno de los pupitres situados en el fondo de la habitación.

—Qué pena. Espero que no la metan en aislamiento.

Jes apoyó el codo en la mesa y se tapó la boca con la mano.

—Acabo de oír a los guardias decir algo interesante. Después te lo cuento.

—¿Que le vas a contar el qué?

Jes no se había dado cuenta de que Alyn estaba sentado justo detrás de ellos. Volvió la vista atrás para mirarlo.

—No te preocupes —le dijo—, a ti no te interesaría. Ya no...

Alyn se cruzó de brazos.

—Si estáis planeando algo...

Jes se volvió hacia el frente del aula justo cuando entraba la profesora.

—Déjalo estar, Alyn.

—De todos modos, ¿qué es esto? —susurró Ryan.

—Por tu bien, síguelos el rollo —le susurró Jes—. En serio.

Ryan repitió a regañadientes la confesión cuando se les pidió hacerlo y, como los demás, se quedó mirando cómo bajaban la pantalla del proyector.

\*\*\*

Cuando llevaban unos cinco minutos de película, Jes vio el fotograma: una imagen que aparecía tan solo durante una fracción de segundo y en la que se veía a un policía con la porra levantada frente a un grupo de alborotadores que salían de detrás de una barricada. Desconcertada por haber encontrado aquella imagen en una película sobre el desarrollo moral, Jes se enderezó en su silla.

«Es un viejo rollo para proyector», meditó, intentando racionalizarlo mientras echaba un vistazo a su alrededor, por si alguien más se había dado cuenta.

Sin embargo, menos de un minuto después apareció otra imagen fugaz en la que se veía una escena similar con un coche ardiendo rodeado de una muchedumbre enfurecida.

—¿Has visto eso? —susurró a Ryan.



La tenue luz hacía que le brillaran los ojos, todavía pegados a la pantalla.

—¿El qué?

—Esas imágenes, es como si las hubiesen empalmado en la cinta o algo parecido. Es la primera vez que me doy cuenta...

—No he visto nada —respondió él, bostezando.

—¡Silencio por ahí atrás!

Jes se apartó el pelo de los ojos y se hundió de nuevo en la silla. No vio ninguna otra imagen hasta el final de la película y, para cuando hubo terminado, casi se había olvidado de ellas.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Jes se asomó a la celda de Elsa cuando se llevaban a los presos a desayunar. La chica estaba tirada de cualquier manera en su colchón, como una marioneta rota. Gruñó, intentando moverse, pero le suponía un esfuerzo considerable.

—Fue muy valiente por tu parte intentar escapar —le dijo Jes, apoyada en los barrotes—. Estoy impresionada.

—No intentaba escapar...

—No es lo que pensaron los guardias.

Elsa consiguió sentarse, aunque no sin esfuerzo. Todavía estaba recuperándose del disparo del ibis y notaba la mente aturdida, pero recordaba lo suficiente de lo sucedido para saber que no había intentado escapar. «¿Por qué me dispararon con el ibis?».

—No es la primera vez que se equivocan, ¿no? —preguntó.

—No, es verdad. Ni será la última —respondió Jes, obligándose a sonreír mientras entraba en la celda.

—¿Crees que nuestros padres nos estarán buscando? Es decir, imaginaba que, a estas alturas, alguien tendría que habernos encontrado...

—Nos buscan, estoy convencida.

—¿Pero?

—Pero, por lo que sabemos, nos buscan donde no es.

—Si se trata de una especie de conspiración, Simon lo sabrá —dijo Elsa, bajando la mirada—. Él cree en esas cosas.

—¿Simon es tu hermano?

—Sí, tiene dieciocho años.

—¿Lo echas de menos?

A Elsa se le empañaron los ojos. Asintió con aire ausente y dijo: —Aunque jamás se lo confesaría.

Se puso en pie con las pocas fuerzas que tenía y, al pasar junto a Jes, acercó la cabeza a ella para añadir: —No intentaba escapar, lo juro, pero tengo la extraña sensación de haber descubierto algo. Algo importante. Ojalá pudiera recordarlo...

Antes de que Jes pudiera responder, Elsa se adentró entre la multitud y no tardó en perderse en el batiburrillo de uniformes grises.

Primero se oyó un ruido de cristales rotos, después los vítores, los abucheos y los gritos. La muchedumbre unida cargó desde el otro lado de la calle.

Simon Winchester se levantó de la mesa del ordenador y se acercó a la ventana. Había al menos cincuenta manifestantes violentos metiéndose entre los coches, casi todos con las caras tapadas con bufandas.

—Dios mío —susurró, y corrió escaleras abajo—. ¡Mamá, aléjate de la ventana!

Su madre, una mujer baja de pelo rizado, tenía en la mano una fotografía de su hija, Elsa.

—¿Mamá? ¿Me has oído?

—Te he oído —respondió, y dejó la fotografía en su sitio del mueble antes de mirar por la ventana, aturdida.

Simon acababa de apartarla de allí cuando estalló la ventana y los cristales volaron por la habitación. Un ladrillo atravesó el hueco y se estrelló contra la pared.

—¿Qué pasa? ¿Qué están haciendo?

—Hay revueltas por todas partes —respondió Simon—. ¿No has visto las noticias?

—No.

El chico corrió al salón y se aseguró de que los dos cerrojos de la puerta principal estuvieran echados. Por la mirilla veía a la gente dirigirse a la calle y dejar atrás su casa.

—Empezaron anoche —le explicó desde allí a su madre—. Había una

manifestación en Londres, en el distrito financiero. Espero que papá esté bien...

Se oyó otro estruendo y el estrépito de cristales rotos. Después, el chillido intermitente y agudo de la alarma de un coche.

Simon regresó a la cocina y vio que su madre se había sentado con la cabeza gacha. Se sentó frente a ella.

—Es la primera vez que he sentido algo desde... desde que Elsa... La primera vez que he sentido algo en estos tres meses, y ha hecho falta que rompieran la ventana de un ladrillazo —dijo la mujer, intentando sonreír entre las lágrimas—. A lo mejor ha sido una suerte que se pierda todo esto. Las cosas no van a mejorar, ¿verdad?

—Hablas de ella como si estuviera muerta —repuso Simon, bajando la mirada.

Su madre se sonó la nariz e hizo una bola con el pañuelo de papel.

—No está muerta —siguió diciendo Simon—. Sé que no está muerta. ¿Tú no lo sientes?

—No, Simon.

—La cantidad de niños que han desaparecido en el último año es... No es normal. Si lo dijiste tú misma...

—Dije muchas cosas. Todos las dijimos —respondió, apartando la vista—. No te creerás todavía esas tonterías conspiratorias, ¿no?

—Deberías mirar en internet, verías que hay un montón de cosas... Hay gente que dice que ha visto a hombres secuestrando niños... Incluso creen que el Gobierno está involucrado.

—Siempre creen que el Gobierno está involucrado. Estoy segura de que bastante tiene con lo que tiene. ¿Para qué iban a llevarse a los hijos de la gente? —preguntó, serenándose de golpe.

Simon guardó silencio un instante.

—¿Has oído eso? —preguntó al fin.

—No oigo nada, Simon.

—Exacto. La revuelta... Ha cesado.

Simon se levantó de la silla y se acercó al salón.

—Mira —dijo, escudriñando a través de la mirilla—. La gente se aleja, sin más.

Su madre entró con cautela en el salón. Por la ventana rota entraba una lacerante corriente de aire. Pasó por encima de los cristales rotos y se asomó a la calle.

—Es como si todos se hubieran rendido —comentó mientras veía a un joven que tiraba una piedra al jardín y después se alejaba corriendo—. Puede que hayan recuperado la cordura.

Temblorosa, se cerró aún más la rebeca contra su cuerpo y regresó a la cocina. Dos platos habían caído del mueble y estaban tirados en el suelo, hechos pedazos. Lo único que se había salvado era la fotografía de Elsa, a escasos centímetros del lugar en que había caído el ladrillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan mirando a Alyn—. ¿No quieres hablar conmigo o qué?

—Sé que has estado intentando incluir a Jes en tu estúpido plan de huida —respondió Alyn.

—Ah, te lo ha contado —repuso Ryan, decepcionado durante una fracción de segundo—. Ya es mayorcita, puede hacer lo que quiera.

—No quiero que vaya contigo. No llevas aquí ni una hora y ya has conseguido que te metan en la celda de aislamiento.

—He aprendido la lección. Aprendo deprisa.

—Eres una escopeta cargada.

Ryan resopló con desdén y se levantó para estirarse. Abrió los ojos y, de repente, Alyn lo aplastó contra los barrotes de la celda.

—¿Qué haces?

—Ve a buscar a Jes y dile que has cambiado de idea. Quiero que la dejes fuera de todo esto.

Ryan agarró la mano de Alyn y se zafó de ella sin demasiada dificultad.

—Si el hecho de que Jes y yo trabajemos juntos te supone un problema, ya sabes dónde encontrarla —repuso Ryan mientras se alisaba el uniforme.

—Y también sé dónde encontrarte a ti. Recuérdalo.

Claude Rayner le echó un vistazo a Julian para ver de qué iba y se acercó a la mesa del otro extremo de la sala de los guardias.

En la mesa había unos vasos de plástico con café humeante. En el exterior, la nevada de mediodía se había ido extinguiendo hasta convertirse en una lluvia brumosa. Julian se quedó mirando las gotas de agua que bajaban retorciéndose torpemente por el cristal.

—Julian Sleave —dijo un guardia que estaba junto al fregadero antes de cruzar los brazos con un lento movimiento—. ¿A qué debemos el placer?

Un par de carceleros que estaban sentados a la mesa se rieron con disimulo. Julian entró tranquilamente en la habitación y apartó una de las sillas.

—Tú como si estuvieras en tu casa —dijo Rayner con sarcasmo—. Más te vale tener algo bueno para nosotros.

Julian cruzó las piernas y dobló los brazos detrás de la cabeza.

—Quiero ver a Martin Adler. Tengo información para él. ¿Dónde está?

—No está aquí, así que vas a tener que conformarte conmigo.

—En ese caso, creo que me tomaré un café. Con leche y dos azucarillos.

Los guardias se miraron, y Rayner sacó rápidamente el ibis.

—Tienes un minuto exacto para explicarte —lo amenazó, colocándole el ibis contra la sien.

—No voy a necesitar tanto tiempo —respondió Julian mientras observaba el ibis, admirado—. Es una creación extraordinaria, seguramente la primera de su clase. ¿Quién iba a pensar que vosotros, precisamente, tendríais acceso a un armamento sónico tan avanzado? Eso hace que me pregunte hasta dónde llega todo esto y, lo que es más importante, quién lo financia...

Julian examinó los rostros enfadados de los carceleros, que estaban pendientes de cada uno de sus movimientos.

—Supongo que el principal gancho de venta es que te permite causar mucho dolor sin dejar marca. Podría decirse que es un arma para los que quieren pelear limpio.

El dedo de Rayner esperaba sobre el gatillo.

—Pero yo prefiero verla como un arma para la gente que no quiere ensuciarse las manos.

La charla no pareció impresionar a Rayner.

—Te quedas sin tiempo, Sleave.

A Julian le temblaban las manos, así que las ocultó bajo la mesa.

—Ni vosotros ni yo podemos conocer con certeza los efectos a largo plazo del arma, pero, como la he sufrido en mis carnes, confirmo que los efectos a corto plazo incluyen dolor agudo, desorientación, náuseas, letargo, dificultad para respirar, desmayos...

—Diez segundos.

—Y amnesia. —Julian enarcó una ceja y miró al ibis, que seguía levantado—. Todavía no lo entendéis, ¿no?

—Cinco segundos.

Julian suspiró.

—¿Cómo voy a proporcionarle información a Martin Adler si no soy capaz de recordarla?

Rayner por fin lo comprendió, así que apartó con desgana el arma de la frente de Julian.

—Al final lo conseguimos, y solo hemos tardado un minuto —comentó Julian, mirando el reloj—. ¿Qué me dices de ese café?



El día se le estaba haciendo eterno a Jes, que se entretenía pensando en escapar. Ryan parecía decirlo en serio; a lo mejor era lo que necesitaban. Estaba demasiado acostumbrada a los presos que se rendían y aceptaban delitos que no habían cometido, delitos que, en muchos casos, ni siquiera se les habría ocurrido cometer. La mentira se propagaba por la cárcel como una plaga, como una enfermedad, y Jes no se quitaba de la cabeza que, tarde o temprano, los infectaría a todos.

¿Quién sería el siguiente? Elsa parecía algo abatida la última vez que había hablado con ella. Harlan siempre guardaba silencio, pero estaba aún más distante de lo normal cuando lo vio sentado en su celda, lanzando al aire una moneda sin motivo aparente.

Dejó vagar la mente mientras observaba a los guardias, que marchaban obedientemente por la planta de arriba. ¿Eran conscientes de lo que estaban haciendo?

Jes se acordó de un guardia que había empezado a trabajar en la prisión poco después de llegar ella. Todo aquello parecía dejarlo tan perplejo como a la chica. «Llevo veinte años trabajando en el sistema penitenciario —le había dicho a Martin Adler una mañana, en la cafetería—. Pero esto es distinto. Algo va mal».

El hombre desapareció poco después de aquella conversación. Al parecer, le habían ofrecido un trabajo en otra parte, aunque a Jes le resultó bastante desconcertante su repentina ausencia.

—Quiero hablar contigo de una cosa —le dijo a Ryan cuando lo vio pasar junto a su celda, arrastrando una fregona—. ¿Tienes un minuto?

Ryan sacudió la cabeza.

—Me han puesto en el turno de limpieza, y llego tarde.

—No tardaré mucho —repuso ella, apoyándose en la puerta cerrada de la

celda—. Solo tengo que hablar contigo. ¿Sigues interesado?

—Me lo he estado pensando —respondió Ryan—. A lo mejor no es tan buena idea. Solo llevo aquí unos cinco minutos...

—Empiezas a hablar como Alyn —dijo Jes, apartándose de los barrotes—. No te habrá dicho nada, ¿no?

—Tengo que irme...

—Lo voy a matar —afirmó ella entre dientes.

—¡Farrell! —gritó el guardia desde la planta de abajo—. Deja de perder el tiempo y baja aquí ahora mismo.

Ryan esbozó una sonrisa para disculparse de Jes y se encaminó hacia las escaleras.

—Tenemos que hablar —le dijo Jes a Alyn, que estaba de pie junto a Harlan en la cola de la comida.

Harlan miró a Jes y se apartó de su compañero.

—¿A qué crees que estás jugando? —le preguntó Jes.

—No sé de qué me hablas —respondió él, sin expresión en la cara.

—Sabes perfectamente de lo que te hablo.

—Espera un segundo, ¿te refieres a lo que Ryan intenta organizar? ¿Cuánto lleva aquí? ¿Un par de días? —preguntó. Después miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiese guardias a la escucha y añadió—: No sabe en lo que se mete.

—Al menos lo intenta. Al menos, él no se ha rendido.

—Es nuevo, dale tiempo.

Alyn se volvió, pero Jes tiró de él para que la mirara de nuevo.

—¿Te gusta la idea de que nos quedemos aquí para siempre? —preguntó

entre dientes, en susurros cada vez más desesperados.

—No, pero no hay otra alternativa. Nadie vendrá a por nosotros. Nadie tiene ni idea de dónde estamos, ni nuestras familias ni la policía. Nadie. ¡Ni siquiera nosotros! Y ¿sabes qué? Ryan me recuerda a mí hace un tiempo: enfadado, obsesionado. No tiene sentido seguir resistiéndose. Al final lo he comprendido, aunque he tardado un poco en darme cuenta de ello. A él le pasará lo mismo. Y a todos.

Intentó tocarla, pero Jes se lo quitó de encima de un manotazo.

—Y, algún día, a ti también.

Ryan metió la fregona en el cubo y bajó por el pasillo mientras se secaba una película de sudor de la frente.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó el guardia, que estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

—A beber agua. Llevo horas fregando, ¿cuánto tiempo piensa tenerme aquí?

—Vale, Farrell, pero date prisa. Todavía no has terminado.

Ryan se acercó a la fuente y acercó la boca al diminuto chorro de agua. Se quedó mirando al guardia, hasta que este se volvió para hablar con sus colegas, momento que el chico aprovechó para escabullirse.

Dobló la esquina y utilizó el bolígrafo que le había robado a Alyn para esbozar brevemente el plano de aquella planta en unas toallas de papel.

Medio agachado, se acercó a una ventana por la que se veía el lateral de la cárcel. Un pasillo adyacente llevaba a la cafetería.

Ryan examinó la alambrada, así como la altura de la torre de vigilancia y la distancia a la que se encontraba, y lo anotó todo en el plano. Los puestos de vigilancia parecían ocupados en todo momento. Si a alguien se le pasaba por la cabeza acercarse a la alambrada, toda la prisión lo sabría en cuestión de segundos. Además, quedaba pendiente el pequeño problema de trepar por ella...

—¿No estabas bebiendo agua, Farrell?

Ryan se enderezó de golpe mientras se escondía la toalla de papel y el boli en el bolsillo.

—Sí, es que... —empezó a decir, tratando de dar con una excusa.

—Es que nada.

El carcelero agarró al chico por el cuello del mono y lo llevó de vuelta a la fregona y el cubo.

—Quiero que dejes este pasillo como un espejo. Y no pierdas el tiempo mirando esa alambrada —añadió, mofándose—: no vas a ir a ninguna parte.

Alyn se sentó en el banco y empezó a trazar dibujos en la nieve con el talón de la bota.

Miraba la torre de vigilancia, donde el guardia se arrebujaba en su abrigo mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies para intentar calentarse las piernas. La alambrada temblaba suavemente con el viento, acunada por una niebla creciente.

Los recuerdos de aquella noche de hacía un año estaban incompletos, dispersos. Pero recordaba que todo había empezado con su padre...

—Entonces, ¿adónde vamos?

El padre de Alyn se llevó el cigarrillo a los labios y bajó la ventanilla del coche para que entrara un poco de aire.

—Al club. Te presentaré a algunos de los chicos, a mis amigos. Son un poco escandalosos, pero buena gente —explicó su padre, y sonrió dejando al descubierto una medialuna de dientes amarillentos—. Llevo demasiado tiempo fuera de tu vida, así que se me ocurrió meterte un poco en la mía.

«Preferiría que te interesaras por la vida de tu hijo», pensó Alyn, aunque le devolvió la sonrisa de todos modos.

No tardaron en llegar a un pub destartalado con una ventana entablada. Los dos hombres que estaban en la puerta miraron el coche con suspicacia.

Su padre asintió con la cabeza, se quitó el cigarrillo de los labios y lo tiró al suelo.

Entraron. El pub, que estaba casi vacío, despedía un familiar olor a cerveza, pegajoso y dulzón.

—Por aquí —le dijo su padre, que le había puesto una mano en el hombro

para guiarlo al interior.

En el fondo del pub había un grupo de unos seis hombres apiñados en torno a una mesa. Uno de ellos repartía cartas.

El padre de Alyn se quitó la chaqueta de cuero y la lanzó a una de las mesas vacías de al lado.

—Coge una silla.

Alyn acercó una silla pero, cuando estaba a punto de sentarse, su padre se sentó en ella y la acercó más a la mesa.

Una nube de humo flotó hasta Alyn, que hizo una mueca y bajó la vista. Un tío flacucho con tatuajes desdibujados en las manos lo observaba mientras fumaba un cigarrillo.

—¿Cómo es que tu viejo te ha traído aquí? ¿Te dijo que ibais a Disneylandia o qué?

—Es mi amuleto de la suerte, ¿a que sí?

Tras decir aquello, el padre de Alyn se sacó un billete de veinte libras del bolsillo y lo puso en el centro de la mesa, con los demás.

—¿Quieres entrar? —preguntó el que repartía mirando a Alyn.

—No —respondió rápidamente su padre—. Él no juega. Ni siquiera sabe.

—Podría aprender... —repuso Alyn.

—Te he dicho que no —repitió su padre, mirándolo.

Alyn cruzó los brazos y echó un vistazo al reloj. Iba a ser una noche muy larga.

Pasó una hora, después, otra. Su padre amasó una pequeña fortuna de ganancias que le abultaban visiblemente el bolsillo de la camisa. Un hombre de pelo blanco y abrigo gris se había unido al grupo hacía un rato, pero apenas había abierto la boca.

—Voy a tomar el aire —dijo Alyn.

Su padre lanzó algunas fichas de plástico al centro de la mesa y repuso:

—Quédate conmigo, soy responsable de ti.

—Papá, tengo quince años.

—Deja que salga, ¿vale? —intervino uno de los hombres—. El crío se muere de aburrimiento. Pídele una cerveza a Robin. Te la servirá siempre que no llames demasiado la atención.

—Nada de cerveza —dijo su padre—. Lo que me faltaba es tener que vérmelas con un crío borracho. Ya tuve bastante con limpiarte los vómitos de bebé.

—Seguro que sí —comentó en tono sarcástico otro de los hombres de la mesa.

Todos los presentes se rieron, salvo el hombre de pelo blanco.

Alyn se apartó de la pared en la que había estado apoyado y salió del pub. Tenía la cabeza como un bombo.

Unos minutos después salió su padre.

—¿Qué coño te pasa? Eres un mocoso desagradecido; encima de que te traigo aquí para...

—¿Para pasarme la noche viéndote jugar a las cartas? Lo siento, papá, pero tengo cosas mejores que hacer.

Por un momento le dio la impresión de que su padre le gritaría, pero al hombre se le ablandó el gesto.

—Lo siento, Alyn, no debería haberte traído. No pensaba con claridad. Soy nuevo en todo esto, ya lo sabes. No me resulta fácil.

A Alyn se le hizo un nudo en la garganta.

—Dame otra oportunidad, ¿de acuerdo? Te prometo que te lo compensaré. Haremos algo juntos, los dos solos.

Alyn miró a su padre: una figura musculosa, sin afeitarse y lamentable que le suplicaba desde la puerta de un pub.

—¿Por qué no vuelves adentro para jugar un par de partidas más? Terminaremos pronto —le aseguró su padre—. Hasta te dejaré jugar una mano.

—Vete a la porra, papá —respondió Alyn antes de alejarse a toda prisa.

Bajó por la calle hasta que encontró un parque. Entró en él y se sentó en un banco que daba a una zona de columpios infantiles.

—¿Te importa que me sienta?

Alyn levantó la mirada: el hombre de pelo blanco que había estado jugando con su padre se sentó en el banco, a su lado.

—Tu padre me ha sacado toda la pasta esta noche —comentó, riéndose entre dientes—. Nunca se me han dado bien las cartas.

—Ni a mi padre. Ha sido cuestión de suerte. ¿Quién eres? ¿Uno de sus amigos o algo así?

—No, qué va. Me llamo James Felix —respondió el hombre mientras cruzaba las piernas—. Parece que has tenido una mala noche. Yo también he tenido tu edad...

—Sé lo que me va a decir: que no es el fin del mundo. Que dentro de unos años volveré la vista atrás y me reiré del asunto —dijo Alyn, dejando escapar una carcajada de decepción—. Que no soy más que un adolescente que cree que el mundo gira a mi alrededor...

—Tal vez lo haga...

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Alyn, mirando al hombre con suspicacia.

—Lo mismo que tú: pensar.

—¿Sobre qué?

—Sobre las difíciles decisiones que, a veces, debemos tomar... —empezó a explicar Felix, aunque dejó la frase en el aire—. No soy mala persona, ¿sabes?



—¿No es eso lo que dicen todas las malas personas?

—No siempre he tenido dinero —explicó Felix—. Mis padres tuvieron dificultades económicas casi toda la vida. Mi padre era guardés de una familia muy rica. Todos los años, la familia se iba a Italia a pasar el invierno, mientras él se encargaba de cuidarles la propiedad. Tenían muchas tierras, incluso su propio bosque con ciervos. Un año, cuando yo tenía once o doce años, mi padre me llevó allí a cazar. Al cabo de una hora avistamos un ciervo entre los árboles. Él me pasó el fusil y me pidió que disparara. Yo tenía al objetivo en la mira, pero no lograba hacerlo. Mi padre no quiso que le devolviera el arma. Me dijo: «Si no puedes matar tú mismo a un animal, no te mereces comerlo». Aquellas palabras se me quedaron grabadas.

—¿Y qué pasó? ¿Disparaste?

—Sí, disparé —respondió Felix, asintiendo muy despacio—. Y por eso estoy aquí, Alyn. Entiendo lo que debo hacer. Tú serás el primero de todos, y es justo que lo haga en persona.

—¿De qué hablas?

—Te lo contaría —respondió Felix, volviéndose para mirarlo—, pero seguramente no lo recordarías. —Se sacó un objeto cilíndrico del interior del abrigo y añadió—: Lo siento, Alyn. Lo siento de verdad.

Apuntó con el cañón metálico a la cabeza de Alyn y apretó el gatillo.

Tres guardias surgieron de entre la bruma teñida de azul y marcharon rápidamente por el patio de ejercicios en dirección a Alyn.

—Quieren verte, Hart —dijo el más alto del grupo, un hombre demacrado con ojos hundidos que siempre intentaba impresionar a Adler.

El carcelero se acercó a él y lo cogió por el brazo.

—¿Qué hace? Suélteme...

El grupo recorrió el patio nevado a toda prisa y entró en la cárcel por una puerta del lado occidental del edificio.

Tras empujar a Alyn por un pasillo, lo obligaron a subir por unas escaleras estrechas. El chico no conocía aquella parte de la prisión. Se le hizo un nudo en el estómago y le dio la sensación de que todo se desmoronaba a su alrededor.

«Algo va mal».

No tardaron en llegar a una puerta cubierta de pintura negra desconchada.

—Entra —dijo uno de los guardias del grupo antes de darle un empujón en la parte baja de la espalda.

Alyn se volvió hacia él.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. Este no es el despacho de Adler...

—Ni yo dije que fuéramos a su despacho. Venga, entra —insistió, dándole otro empujón y disfrutando de su poder.

La habitación era grande y anodina, con una enorme ventana al fondo que iba del suelo al techo y que hacía que la profesora no pareciera más que una silueta. A un lado, junto a la pared sin pintar, estaba Martin Adler, que lanzó una

mirada asesina a Alyn cuando este se acercó a la mesa del centro del cuarto.

—Prisionero Hart —dijo la profesora—. Por favor, siéntate.

—Preferiría seguir de pie.

—Como quieras.

La profesora esperó a que se cerrara la puerta y a que el carcelero se situara junto a Alyn antes de sentarse en la mesa.

—Creemos que te adaptarías mejor a otras... instalaciones.

—¿Me van a trasladar?

—A un lugar un poco más seguro, donde tu presencia no altere a los demás presos. Ya te hemos dado demasiadas oportunidades, Hart. Tus últimas payasadas han sido la gota que colma el vaso.

—Pero he cambiado, lo juro. Me he rendido —repuso Alyn, que notaba que le temblaba la voz—. Han ganado.

—Me temo que es demasiado tarde. Puedes irte con dignidad o podemos sacarte a rastras por la nieve, para que todos tus amigos lo vean. Tú eliges.

—Tengo amigos en este sitio —dijo Alyn. La cabeza le daba vueltas, y se avergonzaba de lo impotente y desvalido que se sentía—. No me pueden obligar a abandonarlos.

—Pues no lo entiendo, con lo empeñado que estabas en escaparte... —repuso la profesora, echándose atrás con un suspiro.

—No volveré a escapar, lo prometo. He aprendido la lección... He hecho todo lo que me han pedido...

—La maquinaria ya está en marcha —respondió ella, y después añadió, mirando a los guardias que esperaban detrás de Alyn—: Mientras tanto, lo quiero bajo la más estricta vigilancia.

—Por supuesto —le aseguró Adler, que se había puesto detrás del chico—. Lo acompañarán dos de mis mejores hombres.

—¿Por qué me hacen esto? —gritó Alyn—. ¿Por qué estamos aquí?

La profesora se levantó y recogió tranquilamente los informes que tenía sobre la mesa.

—Creo que nuestra reunión ha terminado, Alyn.

—Están enfermos —dijo el chico entre dientes—. ¡Están todos enfermos! ¿Cómo pueden quedarse sin hacer nada y permitir que haga esto? Aquí dentro hay niños que llevan meses... años sin ver a sus familias. ¿Cómo pueden permitirlo?

—Tranquilo, Hart —le advirtió Adler, para después volverse hacia la profesora—. Le cierro la boca en cuanto me dé la orden.

—No pasa nada, Martin, deje que termine.

—¿Es que ninguno se da cuenta de lo que están haciendo? ¡Tienen que ser conscientes de que está mal! —exclamó Alyn con voz temblorosa—. Por favor, no dejen que lo hagan... No hay ninguna razón para esto, para nada de esto...

—Todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho por un motivo —lo interrumpió la profesora—. Recuérdalo. Y puede que un día nos des las gracias.

Antes de poder contenerse, Alyn empujó contra la pared al guardia que tenía al lado y se puso a forcejear con él para quitarle el ibis del cinturón.

Adler y dos de sus hombres levantaron las armas justo cuando Alyn y el otro guardia caían al suelo, pero el cuerpo del hombre les tapaba el blanco.

—¡Por amor de Dios, utilicen las manos por una vez! —gritó la profesora.

Adler fue el primero en obedecer. Corrió hacia la pareja, pero, antes de poder agarrar a Alyn, el chico le había quitado el ibis al guardia mientras rodaba por el suelo para ponerse en pie.

Un disparo pasó zumbando entre los guardias. Como no estaba acostumbrado a encontrarse al otro lado de aquella arma, Alyn había tardado en encontrar el gatillo. Esquivó de un salto el disparo de respuesta y se lanzó por encima de la mesa.

Los papeles cayeron por todas partes. Alyn aterrizó en el suelo,

desmadejado, justo cuando otro disparo pasaba por encima de su cabeza y se estrellaba contra la ventana. El cristal se hizo añicos y les llovió encima como una cascada de fragmentos titilantes.

«Ahí está —pensó al ver que la profesora corría hacia la puerta—. Si pudiera llegar hasta ella...».

Alyn apretó el ibis con fuerza.

Después se levantó de un salto, dejando que los cristales le cayeran del pelo, y disparó de nuevo. Fue un disparo caprichoso, errático, pero rozó a uno de los carceleros.

Alyn se cubrió con la mesa y apuntó a las piernas del guardia más cercano. El disparo salió zumbando de la porra y acertó en la rodilla del hombre, que cayó de espaldas al suelo.

El chico estaba hasta arriba de adrenalina. Se puso en pie, corrió, medio agachado, hasta el otro extremo de la mesa, donde se acuclilló.

—¡Necesitamos refuerzos! —gritó Adler por la radio—. Quiero las escaleras bloqueadas antes de que escape...

Alyn se levantó de un salto y disparó dos veces seguidas el ibis. Los dos guardias recibieron impactos en el pecho y se derrumbaron, inconscientes. Sin embargo, antes de que Alyn pudiera celebrarlo, un pulso rugiente le pasó rozando la cara. Se sujetó la oreja e hizo una mueca. El aire frío y la nieve entraban por la ventana destrozada.

Disparó de nuevo contra Adler, que, a pesar de su tamaño, se las apañaba para esquivarlo todo. Alyn miró hacia la mesa: el guardia más alto se dirigía hacia él, así que salió de detrás de la silla que lo protegía y corrió hacia la ventana abierta.

Al volverse para disparar al guardia, Alyn consiguió acertarle en el estómago, pero el retroceso del ibis le hizo perder el equilibrio. Por más que intentó recuperarlo, era demasiado tarde: cayó por la ventana directo hacia la nieve.

Al aterrizar, el golpe hizo que un latigazo de dolor le recorriera el cuerpo, pero consiguió ponerse en pie y acercarse cojeando a los enormes cubos alineados

en el muro de la cárcel, hacia la parte frontal del edificio. Habían recogido la nieve en un montículo que había frenado su caída, y sus huellas se perdían en un remolino de marcas de botas y rodadas llenas de barro.

Esperó, resollando con fuerza. No tardarían en enviar más guardias. «No se te volverá a presentar una oportunidad como esta».

Alyn se asomó entre los cubos para echar un vistazo a la torre de vigilancia. Por suerte, el vigía parecía más interesado en el patio de ejercicios, que estaba lleno de adolescentes, que en el lateral de la prisión, que quedaba fuera de los límites de los presos.

Había un camión aparcado junto a las puertas. Desde donde se encontraba, Alyn veía que el conductor se estaba fumando un cigarrillo en la garita con el guardia de seguridad. «Salir corriendo hacia la puerta es demasiado predecible», pensó. Justo lo que los carceleros esperaban que hiciera.

Entonces se fijó en que en la parte trasera del camión había una lona verde que tapaba un par de cajas. Alyn levantó la mirada hacia la ventana y comprobó que se veía mucho movimiento. En cuestión de segundos, sonaría la alarma.

«Tengo que hacerlo ya», pensó. Rodeó sigilosamente los cubos y, medio agachado y medio cojo, se dirigió al camión. Se metió en la parte de atrás y se escondió debajo de la lona. Y esperó.

—¿Dónde crees que está Adler? —preguntó el chico de la celda adyacente a la de Harlan—. No es propio de él llegar tan tarde.

—Se trata de Alyn —contestó Harlan, mirando a través de los barrotes—. Le ha pasado algo.

Las puertas de abajo se abrieron, y aparecieron Adler y Claude Rayner. Los dos parecían tensos y faltos de aliento, y estaban cubiertos de copos de nieve.

—¿Qué está pasando? —gritó alguien desde la siguiente celda, y la galería no tardó en convertirse en una cacofonía de preguntas y murmullos.

—¡Silencio todo el mundo! —gritó Rayner mientras, con los ojos entrecerrados, golpeaba los barrotes con el ibis.

Ryan observaba con interés cómo se desarrollaba la escena. Localizó a Jes al

otro lado de la galería. Parecía nerviosa.

—Eh —le dijo entre dientes el chico de la celda de al lado—, la gente dice que Alyn ha escapado. ¡Y esta vez de verdad!

El mensaje se propagó entre susurros por toda la prisión en cuestión de segundos y, al final, lo oyó Martin Adler desde la planta de abajo.

—Siento ser el portador de malas noticias —anunció mientras miraba a un lado y a otro para contemplar el paisaje de rostros esperanzados y expectantes—, pero Hart no ha escapado.

La cháchara cesó de inmediato.

—Lo capturaron en el patio después de saltar por una ventana. Se ha roto la pierna en la caída.

—¡Pues queremos verlo! —chilló alguien del nivel superior.

—Sí —coincidió otro preso, animado por la idea de una huida heroica—. Yo no me creo nada hasta que lo vea...

—Entonces vais a tener que esperar, porque ya lo han trasladado a otras instalaciones. Tendréis suerte si volvéis a verlo.

Adler se esperaba las protestas que provocarían sus palabras, así que las cortó de raíz.

Jes fue la primera en pegarse a los barrotes de su celda.

—¿Trasladado? —gritó, desesperada—. ¿Adónde? ¿Adónde lo han llevado?

Pero su voz quedó enterrada bajo el peso de otras cien.

## OCHO MESES ANTES

—Estás preciosa, cariño —dijo la madre de Jes cuando ella bajó trotando las escaleras.

La chica llevaba puesto un vestido de manga larga que le llegaba por debajo de la rodilla.

Su padre la examinó por encima de sus gafas de cerca.

—Me alegra ver que te vistes como Dios manda. ¿Dónde decías que ibas?

—A casa de Catherine. Vamos a estudiar y a ver una película —respondió Jes. Después esbozó una dulce sonrisa y le dio un beso a cada uno—. Volveré mañana.

—No te quedes hasta tarde, Jes —le dijo su padre mientras enderezaba el periódico—. Dentro de poco tienes exámenes. Sé que te crees que vas a aprobarlo todo, pero...

—Venga, deja que tenga una noche de tregua —lo interrumpió su madre—. No sabes la suerte que tenemos con ella. Las hijas de Helen salen de copas todos los fines de semana.

El padre de Jes la examinó atentamente, como si la declarara culpable por asociación. Al final dejó escapar un suspiro de cansancio y regresó a su periódico.

Jes se despidió con un gesto de la mano y salió de casa. En el césped la esperaba la bolsa de plástico que previamente había lanzado por la ventana del dormitorio. Se la metió bajo el brazo y salió corriendo por el sendero.

Más tarde, a eso de la medianoche, el bajo de los altavoces hacía vibrar el



pecho de la chica. Costaba respirar aquel aire, y las ventanas estaban cubiertas de vaho por culpa de la acumulación de cuerpos. Jes apuró la botella y rodeó con los brazos a Catherine y a Vicki para arrastrarlas hasta el salón abarrotado.

—¿Sabéis lo que necesitamos? —gritó para hacerse oír por encima de la percusión—. ¡Unas vacaciones! Las tres solas. Nos iremos después de los exámenes. ¡Venga!

—Como si tus padres fueran a dejarte ir —dijo Vicki.

—Les diré que me quedo en casa de Cath —respondió Jes entre risas—. Hasta ahora ha funcionado, ¿no?

Se volvió y se encontró rodeada por un grupo desconocido de chicos embadurnados de gomina y *aftershave*. Sin dejar de bailar, Jes se echó la melena hacia atrás y sonrió al grupo. Uno de los chicos la observaba. Después sonrió y se acercó más a ella.

—No está interesada —dijo Catherine interponiéndose entre ellos—. Venga, salgamos de aquí.

Cuando consiguieron apartar a Jes del salón abarrotado y meterla en el vestíbulo, Catherine la guio hasta las escaleras enmoquetadas.

—¿Estás bien, Jes? No tienes buen aspecto.

—Me duele la cabeza —respondió ella mientras se masajeaba las sienes.

Dejó la botella vacía en el suelo.

—Y a mí. Siéntate aquí, iré a por agua para las dos.

Catherine rodeó a un grupo de chicos y entró en la cocina.

«Necesito aire», pensó Jes, algo mareada de repente. Salió dando tumbos por la puerta principal y se apartó de los ojos el cabello apelmazado. Mientras se alejaba de la casa, la música le resonaba en los oídos: un ruido sordo, difuso y silbante.

Llevaba unos minutos sentada en un muro, al final de la calle, tapándose los ojos con la palma de las manos, cuando un coche se detuvo junto a ella. Bajaron

una ventanilla.

—¿Jes Heather?

—¿Cómo...? ¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó, desconcertada, mientras se apartaba el pelo de la cara.

Abrieron la puerta de golpe, un hombre calvo salió y la agarró por la cintura. Después la arrastró hacia el vehículo y la lanzó sobre el asiento trasero como si nada.

—¡Socorro! —gritó Jes, que se retorcía y daba patadas—. ¡Que alguien me ayude! ¡Socorro!

El hombre entró detrás de ella y estaba a punto de cerrar la puerta cuando Jes le clavó la punta del tacón en la ingle. Dejó escapar un grito, cayó de espaldas y aterrizó de rodillas. Jes trasteó el cierre hasta que logró abrirlo y cayó a la calle, por el otro lado del coche, rodando de espaldas por la gravilla.

Se quitó de un par de patadas los zapatos y se puso en pie de un salto para salir corriendo hacia la casa.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

El conductor del coche abrió la portezuela de su lado y se puso el íbis sobre el antebrazo para equilibrarlo. Cerró un ojo, como un arquero, disparó y se quedó mirando cómo se desmayaba la chica.

Alyn llevaba una eternidad esperando en la parte trasera del camión, o eso le parecía, cuando oyó un ruido de pisadas sobre la nieve.

—Debe de haber saltado la alambrada —oyó decir a Adler a pocos centímetros de su escondite—. Sal a buscarlo.

El chico contuvo el aliento. El motor arrancó, y el camión salió por las puertas dando botes. Tumbado de lado, notaba cada uno de los baches de aquel suelo agujereado. Se asomó por una rendija de la lona, y contempló el sombrío cielo blanco y los árboles que se estiraban hacia él.

Unos quince minutos después, el camión se detuvo. Alyn cayó hacia delante y se estrelló contra una de las cajas. Cuando se cerró una de las puertas del camión,

apartó sigilosamente la lona y miró afuera.

El conductor estaba apoyado en un árbol con un brazo y hablaba por la radio.

—No hay ni rastro de él en la carretera. He recorrido varios kilómetros, no ha podido llegar tan lejos a pie.

Alyn no pudo entender la respuesta del otro interlocutor.

—Claro que no lo comentaré. Dile a Rayner que debe de haber huellas desde la carretera por alguna parte. Si se ha escapado, estará en el bosque, y con este tiempo lo tiene muy mal.

Cada vez más asustado, Alyn contempló el bosque. El guardia estaba en lo cierto: pronto se haría de noche y, con lo finos que eran tanto el uniforme como el abrigo, no conseguiría entrar en calor. Le quedaba la esperanza de que hubiera algún refugio en el bosque.

Entonces dejó de darle vueltas, se puso en pie y saltó del camión. Aterrizó sobre la nieve y corrió sin saber en qué dirección avanzaba ni adónde lo llevaría.

—Ahí estás —dijo la profesora mientras ponía una mano en el hombro de Jes—. Entra, quiero hablar contigo en privado.

Jes entró en el aula. La profesora le hizo un gesto para que se sentara a un escritorio de las primeras filas.

—¿Me he metido en algún lío?

—Todavía no. A no ser que quieras contarme algo.

—No, señorita, nada.

—Solo quería charlar un rato contigo —respondió la profesora, sonriendo—. Me gustaría saber cómo te ha ido desde nuestra última reunión.

—Bien —dijo Jes—. Me va bien.

—¿No has tenido más fantasías?

—¿Fantasías?

—De tu supuesta inocencia. Antes eras una de las presas más conflictivas.

—He cambiado —respondió Jes en voz baja, intentando evocar el tono distante y pasivo de uno de los prisioneros convertidos—. Estoy aprendiendo a aceptar lo que he hecho. Soy culpable, ahora lo sé. Todos somos culpables.

La profesora cruzó las piernas. Sumida en sus pensamientos, se puso a dar golpecitos rítmicos con la punta de su pluma estilográfica.

—Espero que no lo digas para impresionarme.

«Claro que lo digo para impresionarte. Ya he visto lo que les pasa a los que intentan resistirse».

—Claro que no.

La profesora dejó la pluma en la mesa y la movió con un dedo hasta asegurarse de que estuviera justo en el centro.

—¿Y has sentido la tentación de robar?

Jes vaciló, pensando que podría ser una trampa.

—¿Quieres que te repita la pregunta? —insistió la profesora.

—Siempre hay tentaciones —soltó la chica—. Siempre —añadió, bajando la vista—. Pero intento contenerlas.

—Eras amiga íntima de Alyn, ¿no?

—Éramos amigos.

—¿Solo amigos? —La profesora dejó que se ruborizara antes de añadir—: No hace falta que respondas. ¿Sabías que iba a intentar escapar de nuevo?

—No.

—¿No te dijo nada, a pesar de que erais... «amigos»?

—No. Si lo hubiera hecho, habría podido despedirme —respondió Jes,

tragando saliva—. No tuve esa oportunidad.

—Ya no tiene importancia, pero ¿alguna vez te contó cuáles eran sus planes si conseguía atravesar la alambrada?

Jes sacudió la cabeza.

—¿No tenía planes? ¿Ninguna estrategia? ¿Es eso lo que me estás diciendo, Jes?

—De haberlos tenido, no me los habría contado a mí. Cuesta organizar una estrategia si ni siquiera sabes dónde estás —añadió Jes, mirándola—. Por favor —insistió—, dígame que está bien.

—No haré semejante cosa. La prisión será un lugar mucho mejor sin Hart y sus peligrosas fantasías. Si descubro que me has mentido en algo, recibirás el castigo pertinente. Por ahora, he terminado contigo. Vuelve a tu celda, Heather.

—Gracias —respondió Jes.

Después apartó la silla del escritorio y salió rápidamente del cuarto.

Después del interrogatorio, Jes se encontró con Ryan en el patio. El chico estaba jugando al fútbol con algunos de sus compañeros. El viento arreciaba y desperdigaba una ligera nevada por la cárcel.

Un chico escocés de dieciocho años, que había llegado allí solo dos semanas después de Jes, maniobraba para intentar hacer que la pelota esquivara los montones redondos de nieve dura.

—El aro —dijo, y señaló la canasta de baloncesto que languidecía sobre la portería. Golpeó la pelota y se quedó mirándola volar por el aire—. ¡Dentro!

Uno de los chicos se rio cuando la pelota hizo canasta y dejó el aro temblando violentamente. Después, la pelota se dio contra un montículo de nieve y rebotó por el patio.

Ryan parecía impresionado.

—No sabía que fueras tan bueno.

—Ni yo.

Cuando se dio la vuelta, vio a Jes sentada en un banco, junto a la alambrada.

—Seguro que Alyn está bien, pasara lo que pasara —le dijo tras acercarse a ella arrastrando los pies—. No le des más vueltas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Sé que cuesta, pero tienes que concentrarte, Jes. No quiero que pierdas tu determinación. Saldremos de aquí, de un modo u otro. No hay vuelta atrás. ¿Estás con nosotros?

—Sí.

—Bien —dijo Ryan, sonriendo. Después señaló con la cabeza a Elsa, que estaba cerca, escuchando, con la capucha del abrigo ondeando al viento—. Parece que al final conseguiremos reunir un equipo.

—Entonces, ¿qué pensáis? —preguntó Elsa, que se había acercado y, con aire distraído, le daba patadas a un trozo de nieve dura que había junto a la alambrada.

—¿Sobre qué?

—Sobre Alyn, claro.

Elsa le dio una patada a otro trozo de nieve y se quedó mirando cómo se pulverizaba al golpear el alambre.

—En este sitio nunca se sabe qué creer —dijo Ryan—. No saben abrir la boca sin mentir.

—Si existe alguna posibilidad de que haya escapado, por pequeña que sea, se lo contará a todo el mundo. Enviarán a la policía y nos liberarán en un segundo —comentó Elsa.

—Mientras tanto, no podemos quedarnos sin hacer nada —repuso Jes—. Queremos que te unas a nosotros.

—¿A vosotros? ¿Para qué?

—¿Tú qué crees?

—Ah —respondió Elsa con los ojos como platos.

Jes miró a su alrededor para asegurarse de que no los observaba nadie.

—Eres una de las pocas personas en las que confío, Elsa. Y sé que quieres salir de aquí tanto como nosotros.

—Ya me han amenazado con la celda de aislamiento. No sé qué haría si me metieran ahí...

—Crees que vamos a fracasar —dijo Jes, decepcionada.

—Es un riesgo. Una apuesta. ¿Qué te hace pensar que vamos a conseguirlo?

— El túnel —intervino Ryan.

Elsa se volvió hacia él con una expresión burlona.

—¿El túnel que quizá no exista y que podría estar en cualquier parte? — preguntó—. Llevamos meses buscándolo. Creo que hasta Harlan está a punto de rendirse.

— Me parece que la búsqueda podría haber terminado —dijo Ryan.

— No te sigo...

— Una de las razones por las que Harlan está escarbando ese túnel es para llegar al sistema de ventilación, porque vio una rejilla en la habitación de los guardias. Los guardias creían que buscabas una rejilla... en la despensa. Dos rejillas de ventilación. Creo que podemos aventurarnos a suponer que están conectadas, ¿no? Si uno de nosotros consiguiera meterse en la rejilla de la despensa, podríamos arrastrarnos por ella hasta la habitación de los guardias.

—¿Para qué?

—¿Sabes lo que tienen allí? Planos. Los planos de la cárcel están en un armario, junto a la ventana —dijo Jes.

—¿Cómo lo sabes?

— Por Alyn. Los vio allí hace unos meses, mientras lo interrogaba Adler. Si encontramos los planos, encontraremos el túnel. Pero necesitamos a alguien más: alguien lo bastante pequeño como para arrastrarse por el conducto de ventilación —añadió sin rodeos.

Elsa se lo pensó y dijo:

— No lo sé, parece demasiado peligroso. ¿Es que no tenéis un plan B...?

— Este es el plan B —respondió Ryan.

— No nos queda mucho tiempo, Elsa —insistió Jes, mirándola, suplicante.

Elsa, cansada, se volvió para mirar la prisión. Un copo de nieve le aterrizó en la nariz.



—Vale —respondió, y al instante notó que el corazón le daba un vuelco—. Contad conmigo.

El camión frenó junto a las puertas, entre los crujidos y chirridos de las ruedas sobre los montículos de hielo duro y resbaladizo.

El joven apostado en la garita levantó la ventana y se asomó, protegiéndose los ojos de la nevada.

—¿Ha habido suerte con el fugado?

—No —respondió el conductor—, pero no se lo cuentes a nadie. Por lo que respecta a los demás, lo han trasladado. Lo que nos faltaba era darle ideas al resto de los presos.

El hombre de la garita asintió con la cabeza y abrió la puerta. Mientras el camión entraba, el conductor saludó con la mano al grupo de carceleros, liderado por Claude Rayner, que emprendía la caminata hacia el bosque.

«No me gustaría estar en el pellejo de ese chico», pensó, intentando no mirar a Rayner a los ojos.

## UN AÑO ANTES

—Bueno, ¿qué le parece? —preguntó Felix.

La fábrica abandonada (la que pronto sería una prisión) les devolvía la mirada a través de los árboles. El primer ministro se estremeció, incapaz de desprenderse de una vaga desesperación.

—Supongo que tendrá que servir. Aunque me da escalofríos.

—Debería verlo cuando nieva. Es precioso.

«No creo que esto pueda ser precioso», pensó el primer ministro mientras escudriñaba la masa sucia de hormigón gris, pero decidió concederle a Felix el beneficio de la duda.

—Lo que no entiendo es por qué tienen que ser niños —dijo—. ¿No hay otro modo?

—Como ya le he explicado, el efecto parece mucho más potente con ellos. Puede que al crecer aprendamos a evitarlo. Y, por supuesto, es más fácil doblegarlos.

—¿Cuánto cree que tardarán?

—Calculamos que bastarán un par de años para orientarlo todo en la dirección correcta.

—Y está convencido de que funcionará, ¿no? De que será capaz de restaurar cierto... orden. De que lograremos recuperar el control.

—Estoy segura —dijo alguien detrás de ellos.

Los dos se volvieron y se encontraron con una mujer de cuarenta y tantos años que se acercaba con la mano extendida.

—Primer ministro —dijo Felix—, me gustaría presentarle a Susannah Dion. Ella supervisará las instalaciones.

El primer ministro aceptó con cautela la mano de Susannah.

—Supongo que usted forma parte de este Compromiso, ¿no, señora Dion?

—No del todo. Soy psicóloga, entre otras cosas, aunque para los niños seré su profesora. Hace algunos años, llegó a oídos del señor Felix información sobre mi trabajo y decidió financiar mi investigación.

—¿Quiere decir que usted descubrió la...?

—¿La estrategia? Aunque me gustaría apropiarme el mérito, no es todo mío —dijo Susannah. Tras una pausa, añadió—: ¿Le preocupa algo, primer ministro?

—Siempre me he considerado un hombre racional, señora Dion. Esto es muy... nuevo para mí. Todavía intento comprenderlo todo. La logística de la situación.

—Le aseguro que, una vez esté en marcha el proyecto, se acabarán sus dudas. Sin embargo, mientras tanto, tengo algo que quizá lo tranquilice.

Susannah le entregó un fajo de papeles al primer ministro.

—¿Qué es?

—Son pruebas. Pruebas de que no estamos perdiendo el tiempo.

El primer ministro pasó las páginas con el pulgar.

—Esto no significa nada para mí, no son más que páginas y páginas de cifras...

—Fíjese un poco más.

El primer ministro, aunque reacio, abrió el documento por una de las páginas centrales.

—¿Nota algo?

—Los números parecen ser aleatorios, hasta aquí —respondió, señalando una cadena en la que el número ocho se repetía treinta y dos veces seguidas.

—Maravilloso, ¿verdad? —repuso Susannah, sonriendo—. Tan emocionante como una novela y tan sublime como la poesía.

—Está claro que nuestros gustos en arte difieren bastante, señora Dion.

—Vuelva la hoja y mire la parte de abajo.

El primer ministro suspiró e hizo lo que le pedía. Esta vez, el número ocho se repetía varias líneas entre el amasijo de números al azar.

—Un generador de números aleatorios —explicó la psicóloga—. Que se ve afectado por medios extraordinarios. Es cierto lo que dicen: que los números son el último refugio de la magia.

El primer ministro le devolvió la carpeta.

—Lo que acaba de ver corresponde a un solo niño —siguió diciendo ella—. Imagínese lo que podría ver con cinco, diez, cincuenta..., con cien niños, que es un número significativo.

Antes de que el primer ministro pudiera responder, el ruido de un motor interrumpió el hilo de sus pensamientos. Miró más allá de la psicóloga y vio que un camión avanzaba por el irregular terreno y desaparecía detrás de los árboles.

—Son nuestros primeros residentes —dijo Susannah—. Justo a tiempo. Si me disculpan un momento...

Felix y el primer ministro asintieron, y Susannah se introdujo entre los árboles, camino de las puertas de la prisión.

—Parece deseosa de iniciar el proceso.

—Como todos nosotros —repuso Felix—. Las cosas van a cambiar, primer ministro. Van a cambiar a mejor.

—Es lo que me dice siempre. Le tomo la palabra, Felix. Este último año ha

sido complicado, por decirlo suavemente. —Entonces hizo una pausa y pareció sumirse en sus pensamientos—. Dígame, ¿alguna vez le ha preocupado la idea de estar jugando a ser Dios?

Felix miró hacia el cielo cubierto de nubes.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió mientras apartaba una rama.

—Este proyecto no tendrá algún otro beneficio oculto del que yo no sea consciente, ¿verdad?

—No sé si lo entiendo...

—Si el país está al borde del precipicio, habrá repercusiones para todos, incluidos ustedes.

—Nuestro objetivo es servir al país, primer ministro. Creía que ya lo había dejado claro.

El primer ministro se obligó a sonreír y empezó a alejarse, pero de repente se volvió hacia Felix y añadió: —La noche que nos conocimos me dijo algo que no logro quitarme de la cabeza: que había alguien más involucrado en este Compromiso.

—Sí, mi asesor. Recuerdo que le conté que no le gustaba la publicidad.

—¿Ni siquiera ahora?

—Una sociedad secreta debe tener algún que otro secreto, ¿no? —repuso Felix, sonriendo.

A lo lejos, a través de los árboles, se oía a los prisioneros salir del camión.

—Supongo que sí —reconoció el primer ministro.

Echó un último vistazo a la prisión y después se puso la capucha del impermeable para taparse los ojos, como si quisiera protegerse de la verdad que encerraba aquel acuerdo. Mientras avanzaba deprisa pisando las hojas caídas para llegar al helicóptero que lo esperaba, intentaba no prestar atención a los gritos y llantos de los chicos.

Mientras Jes y Ryan estaban ocupados reclutando, Julian se paseaba tranquilamente por el patio de ejercicios. Un viento húmedo y helado le tiraba con fuerza del pelo.

Se paró a descansar junto a la alambrada y se quedó mirando el partido de fútbol al que jugaban unos cuantos chicos.

—Una notable pérdida de tiempo —masculló.

Meditaba sobre lo absurdo que le parecía aquel juego y el feroz entusiasmo de los que lo jugaban. Puede que, de haberlo invitado a unirse a ellos, Julian lo hubiese disfrutado, pero eso no pasaría.

En aquel momento, la pelota voló hacia él y, antes de poder apartarse, le golpeó en la pierna. Julian hizo una mueca. El golpe de una pelota en las espinillas en un día frío era un recordatorio perturbador (y doloroso) de su época escolar. Casi siempre se lo hacían aposta.

—¡Eh! ¡Pásala! —le chilló alguien desde el campo.

Julian echó la pierna atrás y le dio una patada a la pelota.

La pelota no se acercó ni de lejos a su objetivo. Un par de chicos se burlaron. «Es un juego absurdo», concluyó Julian, y se apresuró a acariciarse la pierna dolorida.

Después miró hacia donde había aterrizado la pelota y vio que había algo medio enterrado en la nieve: una reluciente astilla de metal negro.

Miró a los guardias, que estaban acurrucados junto a la puerta, y se agachó muy despacio.

—¿Un ibis? —dijo entre dientes mientras se precipitaba a apartar la nieve.

Una vez que estuvo seguro de que nadie lo observaba, se metió el arma en el abrigo y la ocultó bajo el brazo.

—¡Cuidado! —gritó alguien en el patio.

Julian levantó la vista y vio que la pelota volaba hacia él por segunda vez. En esta ocasión logró agacharse, pero le dio en la nuca. El chico se tambaleó sobre el hielo, intentando recuperar el equilibrio, pero perdió pie.

Por suerte, consiguió recuperar el ibis justo antes de que Adler, que tenía muy mala cara, se acercara a él.

—Sleave —le dijo—, me han contado que dejaste impresionados a los otros en mi ausencia.

—Me... alegre —respondió el chico mientras se cerraba el abrigo e intentaba ponerse en pie.

—No tienes de qué alegrarte: no fue una buena impresión. Estás pálido. ¿Duermes bien?

Julian sacudió la cabeza, pero después se contradijo asintiendo y respondió: —Duermo bien.

—Creo que no tuve la oportunidad de agradecerte el soplo —añadió Adler, acercándose un paso más.

—¿El soplo?

Adler asintió y sonrió.

«¿Qué pretende?», se preguntó Julian, que notaba que el ibis se le resbalaba por debajo del abrigo.

—De no haber puesto a otro hombre en el pasillo, podríamos haber tenido problemas.

Julian sonrió sin mucha energía.

Adler miró con suspicacia a los presos futbolistas y acercó los labios a la oreja de Julian.

—No habrás oído nada últimamente, ¿verdad, Sleave? —preguntó.

—No, nada de nada.

—Qué raro, porque recuerdo que Claude me dijo que tenías información para mí.

—Ah, ¿eso? Creía haber oído algo en la cafetería, rumores de una fuga, pero no era nada.

—Ya sabes que ocultar información no es buena idea —repuso Adler, acercándose—. Una palabra mía basta para que pierdas esos privilegios que tanto te ha costado ganar. Hasta ahora lo has tenido fácil. ¿Qué te parecería compartir celda con uno de esos idiotas de la planta de abajo? ¿O con Farrell? Porque podría hacerlo, Sleave. Con solo chascar los dedos —añadió, chascando los dedos, aunque los guantes amortiguaron el ruido.

—Si me entero de algo, será el primero en saberlo —le aseguró Julian, mientras el ibis se le resbalaba cada vez más por el abrigo—. No me... no me siento bien. Voy a entrar un rato.

El chico cruzó el patio nevado a toda prisa y, una vez fuera del alcance de Adler, volvió a meterse el ibis bajo el brazo.

«Esto se está poniendo cada vez más interesante», pensó.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Jes cuando se le acercó Ryan.

El chico llevaba la capucha puesta y tenía las orejas rosas de frío.

—Parece que todo el mundo espera a que Alyn los libere —respondió él, sacudiendo la cabeza—. O eso, o no confían lo bastante en mí para decírmelo. ¿Y tú?

—¿Que si confío en ti? —preguntó Jes con guasa.

—Me refiero al reclutamiento.

—Bueno, no es que tengamos candidatos haciendo cola.

—Pues la verdad es que sí los tenéis —intervino Harlan, que los había



estado escuchando—. Quiero participar, aunque lo que de verdad quiero, como vosotros, es largarme.

—¿Qué dices tú? —preguntó Ryan a Jes.

—Podemos confiar en Harlan. Todavía te dedicas a excavar, ¿no? ¿De verdad crees que encontrarás ese túnel?

—No sé si lo encontraremos, pero tenemos que llegar al otro lado de esa pared y ver lo que esconde. Hay un hueco.

—Como no tengas cuidado, te vas a meter en la celda de Julian. Si descubre que estamos planeando algo...

—No lo hará —respondió Harlan justo cuando sonaba el timbre—. Bueno, hablamos después —añadió antes de que los carceleros empezaran a conducirlos hasta el interior del edificio.

Julian esperó hasta la noche para sacar el ibis de debajo del colchón. El arma era mucho más ligera de lo que se había imaginado. Acarició el frío metal, le dio vueltas entre las manos y apoyó el pulgar en el gatillo. Le costaba resistir la tentación de dejar escapar un disparo sónico a través de los barrotes de la celda. A regañadientes, apartó el pulgar del gatillo.

Después se metió debajo de la cama y quitó un ladrillo de la pared. Había conseguido liberarlo después de rascar durante varios meses el cemento con un destornillador que le había robado a uno de los guardias.

Dentro de la pared, Julian había amasado un pequeño tesoro de baratijas y objetos que podrían llegar a resultarle útiles: un tenedor, una pelota, un reloj. Incluso un ejemplar maltrecho de *La tempestad* que había sacado de la habitación de los guardias.

Julian solía pasar despierto parte de la noche, imaginándose todo tipo de fantasías atrevidas sobre su huida. Si se colocaba la pelota en el punto correcto de la axila, se podía cortar el flujo de sangre hacia el brazo y fingir que no tenía pulso. Era un viejo truco de mago, pero tenía una eficacia sorprendente y quizá lo llevara hasta la enfermería. El tenedor podía convertirse en un arma letal, sobre todo si aplastaba todos los dientes, salvo uno. Una vez libre, podía empeñar el reloj para obtener dinero, y así conseguiría comida y refugio.

Metió con cuidado el ibis en el hueco y colocó el ladrillo en su sitio. Tendría que actuar pronto, aunque, de momento, lo consultaría con la almohada.

—Ahí va eso —dijo Harlan poco antes, al lanzar un par de uniformes limpios a una celda cerrada.

Empujó el ruidoso carrito hasta la siguiente celda, recogió un uniforme doblado para Ryan y lo metió entre los barrotes.

—Vale, todos estamos de acuerdo en que tenemos que organizar una reunión —le dijo Ryan a Harlan en voz baja—. ¿Podemos usar tu celda en la hora

de descanso de mañana?

—Claro.

—Y quería preguntarte otra cosa, sobre algo que dijiste el otro día. Sobre lo de sentirme diferente.

—¿Te ha pasado a ti también? Las coincidencias... Es decir, los patrones...

Antes de que Ryan pudiera contestar, se dio cuenta de que los observaba un chico delgado y de aspecto enfermizo, con un pelo tan claro que parecía blanco.

—¿Tú qué miras? —le ladró Ryan.

El chico miró a Ryan con una pasividad rayana en la tristeza y se fue sin decir nada.

—No es la primera vez que lo veo husmeando cerca de nosotros. ¿Quién es?

—Se llama Tom —respondió Harlan mientras regresaba al carrito para seguir su camino—. Antes estaba de nuestro lado. Juraba que jamás lo convertirían, pero lo hicieron. Se ha vuelto un poco... ¿Cómo expresarlo? Un poco «evangelista».

Harlan miró a Ryan con expresión lúgubre y se fue a la siguiente celda, donde había un chico dormido.

«Tenemos que salir de aquí cuanto antes», pensó Ryan mientras tamborileaba en la pared, nervioso.

Mientras Harlan repartía uniformes, Jes se desvió hacia la despensa de camino a sus tareas. Se asomó a los estantes superiores en busca de la rejilla de la que había oído hablar a los guardias.

Como no encontraba ni rastro de ella, bajó, se agachó y apartó un par de cajas. Al meter la mano detrás, sus dedos rozaron algo metálico.

—Te tengo —dijo entre dientes al dejar al descubierto la rejilla de ventilación.

Jes tiró de ella, pero estaba bien atornillada. Por desgracia, solo conocía a

una persona que tuviera un destornillador.

Rayner hincó una rodilla en el suelo e hizo un gesto a sus dos colegas para que se detuviesen.

Escudriñó entre los árboles. Cada vez que inspiraba, sus pulmones dejaban escapar un ruido sordo. ¿Había algo por allí? El paisaje le hacía ver cosas que no eran, y la blancura deslumbrante lo obligaba a entornar los ojos.

—Ahí arriba hay alguien —susurró mientras se pasaba el antebrazo por la barba gris de varios días.

—Yo no veo nada —dijo el guardia que estaba a su lado, estirando el cuello—. ¿Seguro, jefe?

Rayner no dijo nada, y un trueno retumbó en el cielo.

—Deberíamos volver —comentó el pelirrojo que estaba algo más atrás—. Si nos pilla la tormenta...

—También lo pillaré a él —lo interrumpió Rayner—. Puede que sea lo que necesitamos para sacarlo de su escondite...

—Esto no sirve de nada —dijo el primer guardia—. Me vuelvo a la prisión.

Antes de poder dar media vuelta, Rayner lo agarró y lo estrelló contra un árbol con tanta fuerza que el hombre perdió el resuello.

—No lo entiendes, ¿no?

—Mira, Claude...

Rayner le sujetó el abrigo con más fuerza; tenía los dedos entumecidos y azules por el frío.

—Es un delincuente, un delincuente violento y peligroso, y ¿vas a permitir

que ande suelto por las calles?

—No quería decir eso...

—¿Y la próxima muerte que provoque? ¿Quieres tener las manos manchadas de sangre? ¿Te crees capaz de vivir con eso?

—N-no..., claro que no, jefe.

Rayner lo soltó a regañadientes y se volvió hacia los otros dos hombres.

—A no ser que queráis perder vuestro trabajo, os sugiero que empecéis a buscarlo. ¿Comprendido?

—Sí, señor —contestaron.

El cielo comenzó a escupirles aguanieve a través de las ramas temblorosas, pero siguieron adelante de todos modos, conscientes de las consecuencias de desobedecer órdenes.

Tras una hora de caminata, estaban todos temblando con ganas y con la ropa mojada y tiesa. Empezaba a caer la noche, y el grupo se reunió brevemente para encender una fogata.

Rayner se inclinó y se tapó los ojos con la palma de las manos. Le palpitaba la cabeza.

—¿Qué pasa si está muerto, jefe? —preguntó el pelirrojo mientras buscaba comida en su mochila—. Es decir, a lo mejor está enterrado bajo toda esta nieve. Podríamos estar sentados encima de él.

Era una posibilidad, una posibilidad que Rayner ni siquiera había considerado. Él se veía como el responsable de llevar al chico cogido por el cuello de vuelta a prisión.

—No, sigue ahí —murmuró Rayner antes de darle un mordisco a su sándwich. Le crujían las mandíbulas al masticar—. Puede que haya llegado más lejos de lo que imaginábamos, pero sigue ahí.

Al final, Rayner tiró los restos del sándwich a la nieve y se levantó mientras se limpiaba las migas de las manos. Con el rabillo del ojo distinguió algo: un rastro,

la huella de una sola bota conservada a la sombra de un árbol.

—Por ahí —dijo a los demás—. He encontrado algo.

Los guardias, obedientes, soltaron la comida y corrieron a donde decía.

—Es reciente —dijo Rayner—. No tendrá más de una hora.

—¿Es de Hart?

—No —respondió Rayner mientras se rascaba la barba incipiente—. No —repitió al cabo de un momento.

—¿No?

—Mira la huella: no es de un calzado de uniforme.

Los otros se acercaron a mirar.

—Aquí hay alguien más —dijo Rayner.

—¿Crees que alguien ha descubierto la prisión?

—No hay nada más en varios kilómetros a la redonda, y el terreno es de propiedad privada —comentó otro guardia.

—Eso no suele detener a la gente.

Antes de que Rayner pudiera intervenir, su transmisor siseó a través de la tela del abrigo.

—Claude, soy Martin. ¿Qué has encontrado?

—Un rastro —respondió Rayner mientras se apartaba el pelo de la frente—, pero no es de Hart.

Adler guardó un incómodo silencio, salvo por un solo suspiro que se oyó a través del crepitar del transmisor.

—Me llevaré a algunos hombres a primera hora de la mañana —siguió diciendo Rayner—. Montaremos un campamento y veremos lo que encontramos. Con tu permiso, por supuesto.

Los guardias intercambiaron miradas de decepción a su espalda.

—Permiso concedido. Nos vemos en la prisión.

—Será mejor que preparéis los sacos de dormir, chicos —dijo Rayner mientras se guardaba el transmisor en el bolsillo—. Nos vamos de acampada.



—Podéis sentaros —dijo la profesora, que observaba la entrada de los presos en el aula después del desayuno, a la mañana siguiente.

Una vez que estuvieron todos sentados, los obligó a afirmar su culpabilidad y se quedó mirando con ojos de acero las bocas que se movían y las miradas gachas.

—Bien —dijo cuando terminaron el recital—. Me alegra ver que hoy no tenemos problemas.

Estaba a punto de sentarse cuando se percató de que Ryan estaba sentado en la parte de atrás, con los brazos cruzados.

—Farrell —lo llamó—, ¿por qué no te sientas delante?

Ryan se levantó con cautela y caminó por el aula arrastrando los pies, consciente de que era el objetivo de todas las miradas.

—Seguro que ya conocéis al señor Farrell —anunció a la clase antes de volverse hacia Ryan y añadir—: El señor Farrell cree que es inocente, que no ha hecho nada malo. ¿Estáis de acuerdo?

—No —respondieron.

—He cambiado de opinión, señorita —intervino él—. Sé que me equivoqué. Sé que soy culpable. He aceptado todo eso...

Entonces se fijó en Jes, que pareció suspirar de alivio al oír su confesión.

—Mientes, Farrell. Me doy cuenta de que eres un elemento problemático —dijo la profesora—. Sé que no has cambiado un ápice.

—Se lo juro...

—Guardias, quiero que lo sienten en esa silla. Sujétenle una mano sobre la mesa.

Antes de que Ryan pudiera reaccionar, se encontró sentado en la silla, y uno de los hombres le había agarrado el brazo derecho y se lo sujetaba contra la mesa, con la palma hacia arriba.

—¿Qué hacen? —protestó el chico—. Suéltanme...

—Tú también puedes acercarte —le dijo la profesora a Jes.

Jes se levantó obedientemente y se dirigió a la mesa. Miraba al suelo, fingiendo el servilismo de otros presos.

—Estoy muy orgullosa de lo que ha conseguido la señorita Heather —dijo la profesora mientras le ponía una mano en el hombro—. Ha logrado superar muchas de las fantasías que la habían lastrado durante largo tiempo. Ha aprendido a aceptar. —Le hizo un gesto para que se sentara a la mesa, frente a Ryan—. Tal vez a ti se te dé mejor influir en Farrell.

—No creo que haga falta —murmuró Jes, observando a Ryan—. Creo que lo siente. Creo que quiere cambiar.

—Venga, no seas tan inocente —respondió la profesora mientras sacaba un fajo de papeles nuevos y relucientes de la mesa que había bajo la pantalla del proyector y los empujaba hacia Jes.

—¿Qué hago?

—Lo vas a ayudar a cambiar de idea. Pídele que diga que es inocente.

Jes miró a Ryan y le dijo:

—Di que eres inocente.

—Soy... Soy inocente —respondió el chico, desconcertado.

—Ahora, hazle un corte.

—¿Qué?

La profesora le quitó el papel a Jes y lo pasó rápidamente por los nudillos de Ryan.

El chico ahogó un grito e hizo una mueca. Una tenue línea roja le brotó de la piel.

—Es sorprendente lo deprisa que aprende la gente. Tú has aprendido deprisa. Basta con tener la profesora adecuada —explicó la profesora, y le devolvió el papel a Jes—. Ahora, sigue tú.

—No quiero hacerle daño.

La profesora la miró con suspicacia.

—Si no eres capaz de hacerlo, quizá me vea obligada a reconsiderar tus avances...

—Intento... Intento ser mejor persona —suplicó Jes—. ¿Cómo voy a ser mejor persona si le hago daño a alguien?

—Es tu última oportunidad. Pídele que diga que es inocente.

«Hazlo —le pidió Ryan en silencio—. Tienes que seguirle la corriente...».

—Si no lo haces tú, lo haré yo. Ahora, pídele...

—Eres inocente —la interrumpió Jes, mirando a Ryan a los ojos—. Di que eres inocente.

—Soy inocente —respondió Ryan en voz baja.

Jes, temblando, cogió el papel y le cortó la mano.

«Lo siento», quería decirle la chica al verle hacer otra mueca.

—Bien —la felicitó la profesora, sonriente—. Sigue, te diré cuándo puedes parar.

—Di... Di que eres inocente —dijo Jes, casi susurrando.

Ryan respondió con voz entrecortada, y ella colocó el borde del papel sobre

el sudoroso índice del chico y le cortó de nuevo.

—Soy inocente —repitió él.

Tras lo que les pareció una eternidad, la mano de Ryan estaba húmeda de sudor y cubierta de un laberinto de heridas abiertas que le picaban cada vez que el aire se movía.

—Ya vale —dijo la profesora.

Los guardias liberaron a Ryan y regresaron a su puesto junto a las puertas. Ryan se agarró la muñeca, volvió a su pupitre y se desplomó en el asiento.

—Gracias —le dijo la profesora a Jes—. Parece que tú tienes mucha más influencia sobre él que yo.

—De nada —respondió Jes con amargura.

El proyector ya había empezado a funcionar cuando regresó a su pupitre.

Se sentó sobre las manos para que no le temblaran y miró a Ryan, que estaba inclinado hacia delante, con una mano roja sobre la mesa.

Jes intentó apartar de la mente el castigo y alzó la vista hacia la pantalla justo a tiempo de captar el parpadeo de un fotograma empalmado.

«Ahí hay otro», pensó mientras intentaba desesperadamente distinguir la imagen. Con el rabillo del ojo vio que Julian tenía la cabeza ladeada. El chico le dijo algo moviendo los labios, en silencio, pero Jes se apresuró a apartar la mirada y se obligó a no volver a parpadear durante el resto de la película. La banda sonora distorsionada y la rígida narración le resbalaron completamente.

Al cabo de unos quince minutos, a Jes le ardían los ojos. Justo entonces apareció la imagen por última vez y todo le quedó claro: era un dibujo técnico de un dispositivo electrónico unido mediante un haz de cables a un temporizador digital y dos bloques de explosivos.

Una bomba.

—¿Cómo tienes la mano? —preguntó Jes a Ryan al día siguiente en la cafetería, sonriéndole con lástima.

Él intentó devolverle la sonrisa.

—No pasa nada, no me dolió tanto. Al cabo de unos minutos empecé a aburrirme.

—No me mientas, te vi encogerme de dolor —repuso Jes. Después le levantó la muñeca y le examinó las marcas de los cortes que el papel le había dejado en la mano—. Lo siento.

—No fue culpa tuya. Ya sé que no querías hacerlo. Hay que estar como una cabra para obligar a alguien a hacer algo así.

—Es una sádica.

—Está loca. ¿Y de qué iba la lección? Mira que enseñarnos esos vídeos viejos tan raros...

Jes estaba a punto de contarle su descubrimiento cuando se dio cuenta de que Julian acababa de sentarse a una mesa.

—Tengo que irme —dijo la chica—. Y perdona.

Ryan asintió con la cabeza y se alejó sosteniéndose la mano herida como si deseara protegerla.

Julian vio que Jes se acercaba a su mesa.

—¿Qué quieres?

—Un favor.

—Sigue.

—Necesito una cosa —dijo en voz baja mientras se sentaba—. Una cosa que tienes tú...

—¿Astucia? ¿Inteligencia?

—Un destornillador.

Julian le lanzó una mirada y después se volvió.

—No sé de qué me hablas.

—Venga, Julian, te vi robarlo. Y no se lo conté a los guardias.

—¿Para qué necesitas un destornillador? —preguntó Julian, sonriente, disfrutando de su frustración.

—Olvidalo —resopló ella—, da igual.

Hizo ademán de levantarse, pero Julian la detuvo.

—A lo mejor puedo ayudarte, pero primero necesito saber por qué.

Jes tardó unos segundos en reunir el valor para decirlo.

—Queremos escapar.

—Ya me lo imaginaba. ¿Por qué ahora?

—Mira a tu alrededor.

Julian lo hizo. Parecía haber una serie interminable de rostros inexpresivos, todos vestidos con monos grises idénticos. Observó su abatimiento y sus miradas perdidas, y se le puso la piel de gallina.

—¿Cuánto tardarán en doblarnos a nosotros? —preguntó Jes—. No sé cuánto tiempo podré resistir. Por eso necesito el destornillador, Julian, para salir de aquí.

—Me lo pensaré —respondió él, vacilante, antes de levantarse del asiento—. Yo también los he visto —añadió—. Los empalmes de fotogramas en las películas.

Son mensajes subliminales.

—¿Que son qué?

—Antes, los anunciantes los introducían en las películas para intentar que compráramos sus productos —explicó Julian con un tono de voz cansado—. Seguramente siguen haciéndolo, por lo que sé, aunque quizá solo sea una idea mía absurda. Los pasan tan deprisa porque, en teoría, se supone que no debes verlos. Al menos, no conscientemente. Puede que llamarlo lavado de cerebro sea un poco exagerado. Es más como... una sugestión.

—¿Y por qué quieren sugerirnos bombas? ¿Es que intentan que volemos algo por los aires?

Julian se encogió de hombros y meditó sobre ello lánguidamente.

—Es una buena pregunta, Jes.

\*\*\*

—¿Julian? —preguntó Ryan cuando el grupo se reunió en una esquina del patio, algo más tarde—. ¿Te refieres al tío en el que nadie confía? Ni de coña. ¿En qué estabas pensando?

—Si no conseguimos ese destornillador, no entraremos en el conducto de ventilación. Si no entramos, no encontraremos los planos y no localizaremos el túnel... ni saldremos de aquí.

—Tiene que haber otra forma, otra manera en que él no tenga que verse implicado —añadió, señalando a Julian, que hablaba con uno de los guardias—. Seguramente le está contando todo lo que le has dicho...

—No le he dicho nada.

—¿Por qué no les contamos a los guardias que tiene un alijo escondido en su cuarto? —preguntó Elsa, frunciendo el ceño—. Seguro que lo encuentran si lo buscan bien.

—Estoy con Elsa —dijo Ryan—. Yo voto por pagarle con su misma

moneda...

—Ese alijo nos es mucho más útil si lo tiene Julian —repuso Jes, sacudiendo la cabeza—. Si lo encuentran los guardias, no le servirá a nadie.

Ryan levantó la cabeza y vio a Tom observándolos.

—Debemos tener más cuidado —dijo entre dientes mientras hacía un gesto con la mirada hacia el chico de pelo blanco.

—¿Cuidado con qué? —preguntó Jes—. No hemos avanzado nada. Tenemos que prepararlo todo. Se acabó la espera.



—¿Señor Felix?

James Felix acababa de salir de las oficinas de su empresa en Canary Wharf cuando oyó que alguien lo llamaba. Se volvió y se encontró de frente con una treintañera de ojos cansados y pelo sin lavar que la hacían parecer bastante mayor a primera vista.

—Me llamo Laura Farrell.

—Me temo que no me suena el nombre.

—Trabajo para usted —añadió ella.

—¿Ah, sí? No recuerdo haberla visto...

—Soy limpiadora —le aclaró ella, y se sacó una tarjeta de identificación del bolsillo del abrigo—. Trabajo en su fábrica de Sheffield.

Felix examinó la tarjeta y asintió antes de devolvérsela.

—He venido a pedir su ayuda, señor Felix. No sé a quién más acudir...

—¿Mi ayuda? —preguntó Felix, interrumpiéndola con un gesto de la mano—. Lo siento muchísimo, señora Farrell, pero no soy una organización benéfica...

—No —lo cortó ella—, señor Felix, debe de haber algo que pueda hacer...

—Si ha perdido su trabajo, lo cierto es que no hay mucho que esté en mi mano, salvo el consuelo de saber que no está sola. Si quiere presentarse a otro puesto...

—No es por mi trabajo —dijo ella con la voz rota, apartando la mirada—. Es por mi hijo. Solo tiene dieciséis años, un chico. Ha... Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —preguntó Felix.

Se sacó un pañuelo de seda bordado del bolsillo y se lo ofreció.

Ella le dio las gracias con un gesto de cabeza y se sonó la nariz.

—Es imposible que huyera, señor Felix. Su padre nos abandonó cuando mi hijo era pequeño. Jamás me habría dejado sola por gusto. Me prometió que siempre cuidaría de mí...

—Supongo que ya habrá hablado con la policía —comentó el señor Felix, y la mujer asintió de nuevo—. Señora Farrell, siento muchísimo lo que me cuenta, pero no entiendo cómo podría ayudarla...

—Es usted el hombre más rico del país —le explicó ella, acercándose más—. Seguro que puede ayudarme. Podría ofrecer una recompensa o algo así. Podría...

Felix meditó un momento y se restregó la sien.

—¿Cómo ha dicho que se llama su hijo?

—Se llama Ryan. Ryan Farrell.

—Ryan Farrell —repitió Felix, hasta que cayó en la cuenta de por qué el nombre le resultaba familiar.

«Es uno de los nuestros».

—Lo... Lo siento, señora Farrell, pero me temo que no puedo hacer nada...

Felix esbozó una sonrisa que pretendía ser compasiva y se alejó a toda prisa, aferrado a su maletín.

En cuanto estuvo a una distancia prudencial, fuera de la vista de la mujer, notó que el móvil le vibraba en el bolsillo.

—Susannah —dijo entre dientes—, creía que acordamos que no me llamarías, a no ser que...

—Sí, a no ser que se tratara de una emergencia —lo interrumpió ella—. No sé cómo darte la noticia, James, pero tenemos un problema: uno de los prisioneros

ha escapado.

Alyn se tambaleaba sobre unas piernas que ya no sentía, aunque sabía que seguían siendo las suyas. Apenas capaz de ver en la oscuridad, se lanzaba de árbol en árbol y se agarraba a ellos como podía. El aliento se le escapaba entre los labios como un susurro ronco, y cada vez que inspiraba sentía que le entraba hielo en los pulmones.

«Sigue moviéndote —se dijo—, no puedes parar. Morirás. Tiene que acabar pronto. Tiene que acabar».

El ruido del viento que le silbaba en los oídos cada vez lo confundía más, y como no había tenido la oportunidad de acallar los recuerdos y pensamientos anteriores con una buena noche de sueño, todos se repetían pesada y torpemente, como los movimientos de su cuerpo.

—Si te paras, morirás —dijo en voz alta, y no parecía su voz.

«Sigue moviéndote».

Rayner y su equipo de tres guardias se subieron al camión de reparto la mañana siguiente a la desaparición de Alyn. Viajaron unos dieciséis kilómetros; el suelo era un barrizal gris en el que se mezclaban las rodadas, el lodo y los terrones de nieve sucia. Rayner respiró profundamente el aroma de las hojas mojadas.

—¿Adónde, jefe? —preguntó entre bostezos uno de los hombres mientras se colocaba la mochila.

El hombre tenía la cara roja e hinchada, y una barba incipiente le cubría el cuello y la mandíbula.

Rayner hizo un gesto con la mano para abarcar el paisaje.

—No es posible que haya llegado más lejos a oscuras. Seguramente estará dando vueltas en círculos. Deberíamos empezar aquí e ir hacia atrás.

Se metieron entre los árboles, apartando las ramas colgantes.

—Cubriremos más terreno si nos dividimos en dos grupos —dijo Rayner, apuntando al bosque—. Y si veis u oís algo, me lo comunicáis por radio de inmediato.

—Sí, jefe.

El tercer guardia se caló un gorro de lana hasta las orejas y siguió a Rayner, que sujetaba con fuerza su ibis. La pareja caminó en silencio durante casi una hora.

—Vamos a tener problemas para llevarlo a la prisión —dijo al fin Rayner—. Ya sabes lo peligrosos que son. Nunca he visto a Martin insistir tanto, y lo conozco desde hace muchos años, probablemente desde antes de que nacieras...

—A lo mejor sabe algo que nosotros no sabemos —respondió el guardia, ajustándose la mochila, ya que las correas empezaban a clavársele en los hombros.

—Sabrás que existe la posibilidad de que no lo cojamos con vida.

—¿Señor?

Rayner examinó a su compañero unos momentos antes de sonreír.

—Solo era una idea.

Con el rabillo del ojo, el guardia vio una figura, apenas una sombra que pasaba entre los árboles a varios metros de distancia.

—¿Has visto eso?

—Sí —susurró Rayner.

El guardia notó que el ibis de su jefe temblaba un poco.

—Agáchate.

Se arrastraron hacia los árboles con cuidado, para no hacer crujir la nieve.

—Ve a la derecha —ordenó Rayner—. Yo iré recto. Lo atraparemos.

Sujetó el ibis con las dos manos y se agachó para esquivar una rama. Una ligera llovizna de nieve le cayó en la cabeza.

—Creo que lo hemos perdido —dijo el guardia entre dientes.

Rayner lo silenció de inmediato llevándose un dedo a los labios. Después salió corriendo y disparó dos, tres veces.

—Lo tenemos, está rodeado —anunció Rayner, disparando de nuevo, aunque la onda de sonido se perdió entre la nieve.

—¡Sal de ahí, Hart! —gritó Rayner, que notaba los latidos de su corazón a través del abrigo—. Es mi última advertencia, sal con las manos detrás de la cabeza...

De entre los árboles salió un hombre delgado y fibroso, con una barba blanca desaliñada. Tendría unos sesenta y pico años. Llevaba varias capas de ropa, y la última era un abrigo grueso y andrajoso.

—¿Quién eres? —preguntó Rayner.

—Me... Me llamo Henry —respondió el desconocido, jadeando, mientras miraba a los dos hombres.

—Eso no me dice nada. Lo preguntaré de nuevo: ¿quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Estaba de excursión. Entré en el bosque por la autopista. Creía que sabía por dónde iba, pero... —Dejó la frase sin terminar, con una expresión avergonzada—. Me perdí.

—¿Por qué huías? —le preguntó Rayner mientras le lanzaba una mirada a su colega.

—Porque me estaban disparando. Me parece tan buena razón como cualquier otra. ¿Qué son esas cosas? Parecen...

—Son pistolas eléctricas —mintió el guardia—. ¿Sabes que esto es propiedad privada?

—¿Propiedad privada? No he visto ningún cartel...

Era cierto, no había ningún cartel; al fin y al cabo, los carteles atraían más atención de la deseada.

—¿Por qué lleváis pistolas eléctricas?

—Estamos buscando a alguien —respondió Rayner—. A un chico. No habrás visto a uno por el bosque, ¿verdad?

—¿A un chico? ¿Aquí fuera?

—Limítate a responder a la pregunta.

—No he visto a ningún chico. De hecho, no he visto a nadie, salvo a vosotros dos. Ahora que lo pienso, ni siquiera he visto pájaros. Pero ¿quién es ese chico? ¿Por qué lo buscáis? No se habrá metido en problemas, ¿no?

—La salida está por ahí —gruñó Rayner mientras señalaba hacia el norte—. Si sigues andando, no tardarás en encontrar la carretera.

—Gracias —respondió Henry, asintiendo—. Y que paséis un buen día. Espero que encontréis a vuestro chico.

Los dos guardias observaron al hombre que se alejaba entre los árboles, hasta que lo único que quedó de él fue un rastro difuso de pisadas de botas en la nieve.



Durante el último descanso del día, Elsa hizo de vigía mientras los demás se sentaban en círculo en el suelo de la celda de Harlan. Ryan les enseñó los bocetos de la planta que había dibujado en las toallas de papel.

—Aquí está la despensa —explicó, señalando su mapa—. Y esta es la sala de los guardias.

—La sala está cerrada durante las tareas del día —dijo Jes, mirando a Elsa—. Si se nos ocurre alguna forma de distraerlos mientras entras...

—¿Por qué tengo que ser yo?

—Porque eres la única que cabría —respondió Ryan, y se volvió hacia Harlan—. ¿Cómo va la excavación?

—Despacio. El chico de la celda de al lado se quedó despierto casi toda la noche, así que no pude empezar hasta tarde.

—Pasarán meses antes de que podamos meter a alguien dentro —dijo Ryan, mirando a la pared—. No tenemos tanto tiempo.

—Estoy a punto de acabar con el ladrillo —repuso Harlan—. Solo necesito un poco más. Un par de días.

—Olvídate de la pared —dijo Elsa con un suspiro—, lo que necesitamos es un destornillador. ¿Alguna idea?

—Julian dijo que se lo pensaría...

—Pues vas a tener que esperar sentada —dijo Ryan, sacudiendo la cabeza—. Pero si lográramos sacarlo de su celda...

—Viene un guardia —dijo Elsa entre dientes.

La chica se alejó de un salto de los barrotes, Ryan escondió el plano improvisado debajo de la cama de Harlan, y Jes vació en el suelo una baraja de cartas raídas.

Esperaron a que pasara el guardia y, cuando se perdieron sus pisadas, Elsa se acercó aún más al grupo.

—En realidad no tenemos ni idea, ¿no? —susurró mientras tiraba sus cartas—. No son más que unas cuantas posibilidades...

Harlan asintió con la cabeza para darle la razón.

—Ya sabes que por mucho que se planifique algo, siempre puede fastidiarse. Hay demasiadas variables.

—Variables —repitió Elsa mientras examinaba la celda, como si buscara algún rastro físico de la palabra.

—¿Estás bien, Elsa?

—Esa palabra me suena. Es como si hubiera olvidado algo que tengo que recordar. Algo sobre nosotros.

—Me estás asustando —dijo Ryan, sonriendo para intentar suavizar la situación.

—Bueno, no por mucho tiempo —respondió ella al darse cuenta de que unos cuantos de los presos del otro lado salían de sus celdas—. Tengo que irme, Adler no me quita los ojos de encima.

La chica salió de la celda sin hacer ruido.

—Iré a ver si está bien —dijo Harlan antes de seguirla.

—Me preocupa —le comentó Jes a Ryan—. Creo que está a punto de...

—¿De qué?

—De rendirse. Dicen que todos lo haremos, tarde o temprano.

Se puso a guardar las cartas y rozó la mano de Ryan, que había tenido la

misma idea.

—Perdona.

—No pasa nada —contestó él, sonriente—. Me alegra poder contar contigo, Jes. Me alegra que estemos en el mismo equipo.

Se inclinó hacia delante y, por un segundo, Jes creyó que la iba a besar. Sin embargo, el chico se limitó a recoger las toallas de papel y se las guardó en el uniforme.

—Esta tarde se ha encontrado una bomba en Ludgate Hill —decía la reportera mientras se apartaba un mechón de pelo de los ojos—. El hallazgo lo realizó un tendero, que avisó a la policía al fijarse en un paquete de aspecto sospechoso que alguien había dejado al lado de una papelería. La Policía Metropolitana confirmó que el paquete contenía un dispositivo explosivo con detonador a distancia. Por suerte, se cree que la bomba falló antes de su detonación.

La reportera hizo una pausa y se volvió hacia el productor.

—¿Mejor? —preguntó, desafiante.

—Mejor —respondió él—. Grabaremos la entrevista con el experto en explosivos y cerraremos. ¿Alguien sabe dónde se ha metido?

—La última vez que lo vi se estaba tomando un café —dijo uno de los miembros del equipo señalando la cafetería del otro lado de la calle.

—En tal caso... —murmuró la reportera antes de ponerse un cigarrillo entre los labios y sacar el encendedor con la otra mano.

Tras encender el cigarrillo guardó de nuevo el mechero en el bolsillo del abrigo y se apoyó en una farola con un brazo bajo el codo mientras examinaba a la multitud.

—Perdone.

Se volvió y vio a un hombre que vestía un traje arrugado.

—Me llamo Devinder Jahari —se presentó el desconocido.

La reportera frunció el ceño y dejó escapar una bocanada de humo por la comisura de los labios.

—Mi hijo, Harlan... —empezó a decir el hombre, pero tuvo que hacer una pausa para recomponerse—. Desapareció hace unos meses.

La reportera, para demostrarle cierto respeto, bajó el cigarrillo y lo aplastó contra la farola.

—No han hecho nada —siguió diciendo Devinder—. Mi mujer y yo... estamos desesperados.

Conmovida por el rostro angustiado del hombre, la reportera se apartó del resto del equipo y le hizo un gesto a Devinder para que la siguiera a una zona más tranquila.

—Lo siento, señor Jahari. ¿Cuántos años tenía su hijo?

—Ahora tendrá diecisiete. Fue poco antes de su cumpleaños. Él jamás habría huido, compéndalo. No era mal chico, no estaba metido en drogas ni nada de eso...

—Lo entiendo.

—Pero sí había tenido algunos problemas últimamente —añadió el hombre, bajando la vista.

—¿Qué clase de problemas?

—Lo llevamos a un psiquiatra. Decían que sufría ansiedad, que estaba paranoico. Veía patrones en todo.

—¿Estaba deprimido?

—No —respondió Devinder sacudiendo la cabeza con energía—. Nos aseguramos de darle una buena vida.

—Estoy segura, pero eso no siempre...

—No estaba deprimido —repitió él—. Tiene que creerme. Jamás se habría hecho daño. Pero era vulnerable, así que me preocupo por lo que puedan hacerle

los demás, ¿me entiende?

—Claro.

—Y la policía, los periódicos... No dicen nada sobre él. ¡Nada! ¿Puede hacer usted algo? A lo mejor un reportaje... Debe de haber alguien que sepa...

La reportera vio que su productor agitaba el brazo como un loco para llamarla mientras se señalaba el reloj.

—Ojalá pudiera hacer algo —le dijo a Devinder al alejarse—, pero todas las semanas desaparecen montones de adolescentes. Todos los meses. Son demasiados. Lo siento.

—Por favor —le suplicó él—. Tiene que...

Ella negó con la cabeza amablemente y le ofreció otra disculpa silenciosa antes de apresurarse a volver con el resto del equipo.

Julian esperó hasta que fue noche cerrada.

Recolocó las almohadas bajo la sábana para que parecieran un cuerpo durmiendo y se metió debajo de la cama. Sacó con cuidado el ladrillo y metió la mano dentro. Pasó por encima de la pelota y del libro, y pronto dio con el destornillador.

«¿Para qué querrán esto?», pensó.

¿Para atacar a los guardias? No, dudaba que lo de clavar un destornillador en el cuello encajara con el estilo del grupo. Lo iban a utilizar para otra cosa, pero ¿para qué?

Daba igual. En ese momento, lo que importaba era que tenía algo que ellos necesitaban. Se metió el destornillador dentro del dobladillo roto de los bajos del pantalón del uniforme. No le preocupaba que lo registraran; había trabajado duro para ganarse la confianza de los guardias.

Julian bajó de nuevo y metió la mano hasta el fondo del hueco, donde había guardado el ibis. Lo sacó y limpió sus huellas de la reluciente superficie negra.

Después, hizo girar el arma entre las manos, abrumado por una vertiginosa

sensación de euforia. Entonces, sin querer, un dedo tropezó con el gatillo y accionó el dispositivo, que retumbó por la galería con un ruido sordo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de los carceleros de guardia.

Julian escondió el ibis en la pared y puso el ladrillo en su sitio. Escuchó las pisadas del guardia que subía por las escaleras metálicas.

El chico salió de debajo de la cama, se sacudió el polvo del uniforme y se metió bajo la sábana justo antes de que el hombre apareciera.

La luz de la linterna le pasó por encima.

—¿Qué haces, Sleave?

—¿Qué? —masculló Julian, fingiendo estar medio dormido—. ¿Qué pasa?

La linterna barrió las sombras teñidas de azul, buscó bajo la cama e iluminó la pared de atrás de la celda.

—Es tarde, duérmete —murmuró el guardia antes de alejarse por la pasarela.

«Tranquilo, eso haré», pensó Julian, que sonreía bajo la manta.

—Arriba —dijo el hombre que se había presentado como Henry—. Tienes que ponerte en marcha.

—¿En marcha hacia dónde? —preguntó Alyn.

Se puso de rodillas, aunque las articulaciones todavía no se habían recuperado de la caída. Escudriñó el paisaje nevado, y vio a Rayner y al otro guardia alejándose entre los árboles.

—Hacia lo más lejos que puedas —respondió Henry mientras se agachaba para ayudarlo a ponerse en pie. Era más fuerte de lo que parecía—. Volverán, sobre todo cuando se den cuenta de que les he mentado —añadió. Se quitó el grueso abrigo y se lo dio a Alyn—. Hay un termo con agua en el bolsillo.

—¿Quién eres? —preguntó Alyn, mirándolo con suspicacia—. ¿Por qué me has salvado?

Sin embargo, a pesar de sus sospechas, Alyn aceptó el abrigo y se lo puso, agradecido por contar con otra capa de ropa que le proporcionara calor.

—No tengo tiempo de explicaciones, pero debes confiar en mí. Ahora, vete.

—Más allá, cruzando el bosque, hay más chicos como yo —empezó a explicarle Alyn—. Nos retienen en celdas. Tiene que...

—Lo sé —lo cortó Henry—. Lo sé todo. No hay tiempo para explicaciones, tienes que salir de aquí mientras puedas.

Alyn asintió, demasiado conmocionado para ser del todo consciente de lo que decía el hombre. Primero avanzó despacio, pero después echó a correr, apartando las ramas a manotazos.

La garganta le ardía y le dolía, y el aliento escupía una bruma constante. De repente, se le doblaron las rodillas y cayó de lado. Cuando se apartó el hielo de la

cara, entre resuellos, se notó las mejillas hinchadas y magulladas. Volvió la vista atrás.

Si aquel hombre, fuera quien fuera, no lo hubiera tirado al suelo para salir en su lugar, lo habrían visto. «Eso ya da igual —se dijo—. Tienes que levantarte, tienes que seguir moviéndote si no quieres morir congelado».

De algún modo, Alyn consiguió reunir las fuerzas suficientes para ponerse en pie. Un viento helado rasgueaba los árboles y lo hacía estremecer, así que se abrazó para darse calor. Empezó a caminar arrastrando los pies por la nieve, avanzando muy despacio.

Justo cuando perdía la esperanza de lograr salir del bosque con vida, divisó algo oculto entre los árboles: un refugio de hormigón.

Cuando se dirigía de puntillas al refugio, Alyn vio un puñado de cables que salían del tejado, bajo la nieve. Se acercó furtivamente a la puerta de madera y escuchó. Tras asegurarse de que estaba vacío, empujó la puerta y entró.

«Calor, al fin», pensó, y notó que los hombros se le empezaban a relajar.

A primera vista, el refugio parecía una especie de puesto de comunicaciones de la prisión. Había un escritorio con un cenicero, una gran máquina con varias ruedas y botones, y un batiburrillo de cables. La pared del fondo estaba repleta de armarios, abarrotados de carpetas y archivos.

MILLS, DANIEL

COLLINS, NICOLE

HEATHER, JES

—Jes... —susurró Alyn, notando que el corazón le daba un vuelco. En la parte superior de la hoja había una pequeña fotografía unida con un clip. Desenganchó la foto y la acunó entre sus manos antes de metérsela en el bolsillo



del abrigo. Después ojeó otro par de bloques de papel.

HART, ALYN

En la primera página había varios datos biográficos: fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, los nombres de sus padres y la fecha de la prueba.

«¿Fecha de la prueba? ¿De qué prueba? ¿Qué significa todo esto?».

Siguió leyendo. «Grado de habilidad», decía. Al lado habían escrito un garabato que intentó descifrar sin éxito. La segunda página era igual de incomprensible y estaba llena de series de números que parecían aleatorios. Alyn siguió ojeando las páginas hasta llegar a la última, en la que habían añadido una nota escrita en rojo:

*Es necesario tomar precauciones adicionales.*

Alyn no tardó en rendirse, ya que no entendía nada. Se guardó la carpeta en el abrigo y, abrumado por el cansancio, se hizo un ovillo en el suelo, debajo del escritorio, y colocó un par de cajas delante para que nadie lo viera al entrar.

Aunque se quedó dormido en cuestión de minutos, no podía dejar de pensar en números aleatorios, pruebas, notas y gráficos. Pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en lo más importante: Jes.

A las cuatro de la madrugada un ruido despertó a Harlan. El silencio de la prisión era agobiante. Se sacó la moneda del bolsillo y empezó a picar el cemento. Al cabo de una hora, había acumulado un pequeño montículo de polvo bajo el ladrillo y sobre los dedos. Dejó la moneda a un lado y sujetó el ladrillo con las puntas de los dedos.

«Se mueve», pensó, tirando de él de un lado a otro. El ladrillo empezó a bambolearse como un diente suelto.

«Un poquito más...».

Apoyó la rodilla en la pared y tiró. El ladrillo raspó el hueco hasta quedar medio fuera. Harlan cambió la posición de las manos y tiró de nuevo. Por fin salió el ladrillo.

Después de secarse el sudor de la frente en la manga del mono gris, se acercó más, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Harlan retrocedió y metió un brazo dentro. Al palpar el interior de la pared, notó que su mano pasaba por encima de algo: un fino cilindro de metal. «¿Una tubería?», pensó hasta que vio que se movía. Rodeó el objeto con los dedos y lo sacó poco a poco.

—Un ibis —dijo en voz alta, incapaz de creerse lo que tenía entre las manos.

¿Qué hacía un ibis en el interior de la pared que separaba su celda de la de Julian?

—Tengo que hablar con vosotros —dijo Harlan mientras luchaba contra el vendaval para llegar hasta Jes y Ryan durante su descanso de la mañana.

—Nos reunimos esta tarde en tu celda —respondió Ryan—, ¿no puedes esperar?

Harlan sacudió la cabeza, se aseguró de que nadie los observara y les enseñó el ibis que llevaba escondido en el abrigo.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Ryan.

—¡Un ibis! —exclamó Jes, a punto de retroceder al verlo—. ¿De dónde lo has sacado?

—Eso no importa, lo que importa es que lo tengo. Que lo tenemos.

—Según parece, nuestras perspectivas están mejorando. Si también tuviéramos ese destornillador... —dijo Jes.

—¿Un destornillador? —preguntó alguien detrás de ellos.

Harlan se apresuró a subirse la cremallera del abrigo y se volvió: Julian, sonriente, se dirigía hacia ellos.

—Quizá pueda ayudaros con eso.

—Lárgate —le dijo Ryan—. No queremos tu ayuda.

—Vale —respondió Julian, mirando a Jes, mientras se encogía de hombros y se alejaba del grupo.

—Espera —le pidió Jes, que salió corriendo detrás de él—. ¿De verdad nos dejarás usarlo, Julian?

—Siempre que hagáis algo por mí a cambio: quiero saber dónde está ese túnel. Eso es lo que buscáis, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Procuro mantenerme informado. No sois tan sutiles como pensáis.

—Tengo una idea mejor —intervino Ryan, que se había colocado al lado de Julian—: ¿Y si te apartas de mi vista? Y si alguna vez te pillo espiándonos, te...

—Vamos a hablar —le dijo Jes a Julian, interrumpiendo a Ryan—. No pasa nada, Ryan, déjanos solos.

—Como intentes algo, te prometo que te arrepentirás —le gruñó Ryan a Julian.

Ryan y Harlan se alejaron de Jes y Julian justo cuando una cortina de nieve empezaba a caer sobre la prisión.

—Mira —dijo Jes—, si de verdad crees que puedes unirme a nosotros, Julian..., lo llevas claro. Es demasiado tarde.

—Me da igual formar parte o no de vuestro grupito, Jes. Lo que quiero saber es la ubicación de ese túnel...

Jes frunció el ceño y se cerró aún más el abrigo.

—No sabemos dónde está, pero vamos a encontrarlo. Hay unos planos en el despacho.

—¿Planos? ¿Cómo lo sabes?

—Porque procuro mantenerme informada —repitió Jes mientras se cruzaba de brazos—. ¿De parte de quién estás, Julian?

—De la mía. ¿Tanto te ha costado averiguarlo?

—No lo pones fácil. Tan pronto te dedicas a chivarte a los guardias como te ofreces a ayudarnos...

«Si los guardias están ocupados intentando capturaros, ni siquiera se fijarán en mí», pensó Julian.

—¿Qué puedo decir? —dijo en voz alta—. Soy una persona complicada. No pienso quedarme aquí mucho tiempo, así que quería despedirme.

—¿Por qué? —preguntó Jes mientras lo observaba atentamente para intentar descifrar sus intenciones—. ¿Por qué ahora?

—Porque soy inocente. Como tú y como todos los demás. Porque este no es mi sitio.

Se metió las manos en los bolsillos y se abrazó para protegerse del viento cortante.

—Si os vais, deberíais hacerlo pronto —añadió en voz baja—. Uno de los convertidos, Tom, os oyó hablar. Piensa contárselo a los guardias.

—¿Para qué, para sabotearnos? No sabes de lo que hablas, Julian.

—Ya ha organizado una reunión con Adler para esta tarde —repuso el chico sin inmutarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba en el despacho cuando acordaron la reunión. Son las ventajas de mantener a tus enemigos más cerca que a tus amigos.

Empezó a alejarse, pero Jes lo llamó:

—¿No se te olvida algo? ¿El destornillador?

—¿Qué pasa con él?

—Me dijiste que nos lo darías. A cambio de información sobre el túnel.

—Información que todavía no tenéis. Me parece un trato injusto. Lo siento, Jes.

Jes se acercó a él y lo agarró por el abrigo.

—Serás manipulador, escuchimizado mentiroso de...

—Lo de escuchimizado me ofende —repuso Julian mientras observaba a Ryan correr hacia ellos desde la alambrada.

«Qué predecible», pensó, disfrutando en silencio de la paliza que los guardias le darían a Ryan antes de irse.

—¡Dámelo! —gritó Jes, que agarró a Julian y le arañó mientras él hacía lo que podía por quitársela de encima.

Martin Adler, seguido de otros dos carceleros, salió de la cárcel y corrió hacia ellos. Todo el patio los miraba.

Un ibis disparó al aire a modo de advertencia, pero ni Jes ni Julian ni Ryan le prestaron atención.

—¡Quítale las manos de encima, lameculos! —gritó Ryan mientras agarraba

a Julian por el cuello.

Echó la otra mano hacia atrás y le pegó un puñetazo.

—¡Prisionero Farrell, apártate de inmediato!

Harlan intentó tirar de Ryan, pero el chico consiguió darle otro puñetazo a Julian y hacerle sangrar por la nariz.

—¡Ryan, para! —le suplicó Jes, intentando separarlos—. Deja de pegarle, que vienen los guardias...

Antes de que Ryan pudiera lanzar un tercer puñetazo, un ibis le acertó en la columna. Gritó de dolor y cayó de bruces con la cara torcida en una mueca. Se puso a estremecerse débilmente sobre la nieve.

Jes levantó las manos para rendirse, pero un ibis le dio en el pecho y la tiró de espaldas.

—Retrocede, Sleave —dijo Adler—. Nos llevamos a estos dos dentro.

Harlan se aseguró de tener el ibis bien escondido bajo el abrigo y se perdió entre el grupo que se había reunido para observar.

Los carceleros se acercaron a la pareja caída, Adler apuntó con su ibis a Ryan, que ya estaba inconsciente, y le disparó de nuevo.

Julian se metió el destornillador en el calcetín y miró a ambos lados antes de salir de su celda. Recorrió el pasillo, pero retrocedió al ver a dos guardias detrás de la esquina.

—Todavía no hemos oído nada —dijo una voz—. Susannah está presionando a Adler para que envíe a otro equipo al bosque. La idea de que uno de estos críos ande suelto es su peor pesadilla.

—¿De dónde cree que vamos a sacar hombres para eso? Andamos cortos de personal.

—Intenta decírselo a ella. No me gustaría quedarme atrapado ahí fuera con el lunático de Rayner.

Se oyeron pisadas, y Julian asomó la cabeza. «Así que es cierto —pensó—: Alyn ha logrado escapar...».

—¿Sleave? ¿Qué haces ahí?

Julian volvió la vista atrás y se encontró con un guardia que lo miraba con suspicacia desde el otro extremo del pasillo.

—Nada.

—Pues vuelve a tu celda —gruñó el carcelero.

Mientras subía los escalones hacia las celdas de arriba, Julian vio a Jes sentada en su colchón con las piernas cruzadas.

—Por si te sirve de consuelo, una vez me dispararon, poco después de que me trajeran aquí. Intenté robar unas llaves del bolsillo de un guardia. Una estupidez, lo sé, pero estaba desesperado. Ya sabes lo que dicen de las personas desesperadas, ¿no? A quién pretendo engañar, seguro que tú lo sabes mejor que nadie.

Julian apoyó el peso del cuerpo en el otro pie, colocó uno de sus delgados antebrazos sobre los barrotes de hierro y la observó.

—Me ha llegado cierta información —dijo—. Información que quizá te interese.

—Ya no me interesa nada de lo que me digas —respondió Jes en voz baja—. Quítate de mi vista.

—Antes de irme... —dijo Julian, y le lanzó el destornillador—. Me he acordado. Qué curioso...

Jes se quedó mirando la herramienta un par de segundos antes de taladrar a Julian con la mirada.

—Lo hiciste a propósito, ¿verdad? Querías que Ryan te atacara para que le dispararan.

—Me atribuyes mucho más mérito del que me merezco, Jes —respondió el chico, sonriendo, y se marchó de la celda antes de que ella tuviera la oportunidad de replicar.

\*\*\*

—Pareces preocupado, Martin —comentó Susannah desde la puerta del despacho mientras se apartaba para dejarlo entrar.

Adler asintió con la cabeza y entró. Se dio unas cuantas palmadas en las mangas del abrigo para quitarles la humedad y después examinó el cuartito. Las paredes estaban cubiertas de apretadas hileras de libros y, al fondo, se veía un escritorio repleto de bobinas de proyección y latas vacías.

—Estaba preparando la clase de la semana que viene —dijo ella al ver lo que miraba el guardia.

—Puedo venir más tarde...

—No, siéntate —respondió ella, sacudiendo la cabeza mientras señalaba un desgastado sillón de cuero que estaba detrás de él.



Adler se sentó y se echó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Así que aquí es donde sucede la magia...

—¿Magia? No existe tal cosa —repuso Susannah tras cerrar la puerta y regresar al escritorio.

—A mí me parece magia.

—«Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia» —respondió ella—. Arthur C. Clarke —añadió al captar su mirada.

—No he oído hablar de él.

Adler se quedó mirando a Susannah mientras esta se sentaba en su silla. Con la elegancia de una costurera, cogió un fotograma de película apenas mayor que un sello y lo unió a la bobina grande. La sostuvo contra la luz y admiró su trabajo.

—Has venido por él, ¿no? Por Hart. Ya te he dicho que no hay nada que pueda...

—Lo sé —la interrumpió Adler—, pero si no lo encontramos, esperaba que pudieras... —Dejó la frase en el aire antes de retomarla—. Que pudieras hablar bien de mí ante el Compromiso. Me gusta este trabajo, no quiero perderlo.

—Ya me imagino.

—He enviado a Claude a buscarlo. Es mi mejor hombre, y es amigo mío desde hace mucho tiempo. Si el chico está ahí fuera, Claude lo encontrará.

Susannah enderezó otro fragmento de película y sostuvo un cúter entre los dedos, como si fuera un bolígrafo. Poco a poco, cortó un trocito y cogió otro fotograma.

—Seguro que el Compromiso lo comprenderá —respondió al fin—. No son como te piensas, no son malos. Todo esto es necesario para el bien común. Lo entiendes, ¿verdad?

Adler vaciló, mirando las bobinas.

—Pero no todo es por el bien común, ¿verdad?

Susannah dejó de cortar y levantó la mirada muy despacio para enfrentarse a la de Adler.

—Las cosas cambian para mejor, Martin.

Adler se rascó la nariz y se revolvió en el asiento.

—No dejan de decírmelo —dijo, y pensó en añadir algo más, pero se arrepintió.

—Sé cuál será tu siguiente pregunta —repuso Susannah—. Y la respuesta es no, para bien o para mal. —Dejó el cúter en la mesa sin hacer ruido—. Bien, ¿eso es todo?

Adler se puso de pie rápidamente.

—Me aseguraré de que encuentran al chico —afirmó—. Haré todo lo que sea necesario.

Se abalanzó sobre la puerta y la cerró al salir. Susannah hizo un último corte rápido en la bobina y se quedó escuchando las pisadas hasta que desaparecieron.

Jes cogió su bandeja y deambuló por la cafetería abarrotada en busca de Elsa. Al final la localizó sentada sola a un extremo de una mesa y se unió a ella.

Una vez segura de que no la observaba nadie, Jes se sacó el destornillador del bolsillo del abrigo y se lo pasó debajo de la mesa.

—Esto significa que tengo que meterme en ese conducto, ¿no? —preguntó Elsa, notando un nudo en el estómago.

—Quieres volver a casa, ¿verdad? Ver a tus padres..., y a tu hermano, Simon.

—Claro que sí —respondió ella.

Volvió la vista atrás y le quitó el destornillador a Jes.

—Montaremos una maniobra de distracción —dijo Jes—. Procuraremos que te dé tiempo a desatornillar la rejilla, entrar en la sala de los guardias y encontrar los planos.

—¿Y si la sala no está vacía?

—Lo estará. La única razón por la que la cierran con llave durante nuestras tareas es para que no entremos.

—¿De verdad crees que funcionará?

—Sé que puedes hacerlo —le dijo Jes, poniéndole una mano en el hombro—. Confío en ti.

Elsa esbozó una sonrisa vacilante.

Jes se levantó y le hizo un gesto a Harlan, que esperaba su señal. Él se acercó a ella, y los dos depositaron sus bandejas en la zona de recogida.

—El hombre de la puerta —susurró ella, inclinándose sobre Harlan—. Huelo el humo desde aquí. Pongamos en marcha nuestros planes.

Harlan respiró hondo y se fue hacia el guardia. Cuando estaba a poca distancia, se abalanzó sobre un chico desprevenido y lo agarró por el cuello de su uniforme.

—¿Qué haces? —gritó el chico—. ¡Suéltame, que no he hecho nada!

—Te vi en mi celda —gruñó Harlan—, te vi rebuscando entre mis cosas... ¿Qué te has llevado?

—No... No sé de qué me hablas. Soy inocente, lo juro.

—Vosotros dos, dejadlo ya —dijo el guardia mientras intentaba desenganchar a Harlan del otro preso—. No puedes ir por ahí acusando a la gente, Jahari.

Jes, que aguardaba junto a las escaleras, corrió a colocarse entre ellos.

—¡Ha empezado él! —gritó el chico, intentando agarrar el uniforme de Harlan.

—Suéltalo —le dijo Jes a Harlan—. Seguro que ha sido un malentendido...

Se puso al otro lado del guardia, que estaba distraído, y le metió la mano en el bolsillo. Acto seguido, Harlan soltó al chico.

El carcelero sacó su ibis y apuntó con su arma primero a uno y después al otro.

—Como se os ocurra montar otra como esta... —les gruñó mientras el arma le temblaba en las manos.

—Jes tiene razón, me he equivocado —dijo Harlan, retrocediendo con los brazos en alto—. Lo siento...

Jes se apartó de la escena, se metió entre la multitud reunida y se tropezó con Ryan, que le cogió las manos. Ella le pasó el encendedor, y él se lo guardó rápidamente en el bolsillo antes de escabullirse como si nada entre los mirones, cargado con su fregona y su cubo.

Ryan dejó la fregona junto a la pared y se dirigió a los servicios. Se situó debajo de la alarma contra incendios, arrancó una toalla de papel del dispensador y se sacó el encendedor del bolsillo. Lo accionó, pero solo aparecieron un par de míseras chispas.

—No me lo puedo creer —masculló, y lo intentó de nuevo.

Sacudió el encendedor y, esta vez, una llamita cobró vida. Ryan acercó un extremo de la toalla de papel al fuego y lo prendió. El papel se encogía y rizaba bajo la llama. Dejó la toalla al lado del lavabo y se sacó del bolsillo el cigarrillo que había encontrado en el patio.

Sostuvo el extremo del cigarrillo junto a la llama. Cuando empezó a encenderse, lo dejó junto a la toalla ardiendo. Si alguien lo encontraba, estaba seguro de que culparían del «accidente» a un guardia descuidado. Tras dirigir el humo hacia la alarma por última vez, echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que no hubiera nadie y salió de allí.

En cuanto los guardias empezaron a hablar entre ellos, Elsa se escabulló y corrió pasillo abajo en dirección hacia la despensa.

Una vez dentro, apartó de en medio una caja y se arrastró hasta la rejilla. Estar allí, de vuelta en la despensa, hizo que volviera a sentir la inquietud que la perseguía desde que le dispararan en la cabeza con el ibis. «Aquí pasó algo importante. Algo importante. ¿Por qué no lo recuerdo?».

Elsa se sacó el destornillador del bolsillo y aflojó los cuatro tornillos de la rejilla lo más deprisa que pudo. No tardó mucho en soltarla de la pared. Sin darse un segundo para pensárselo mejor, se puso boca abajo y se metió en el conducto. Al entrar, el sudor le pegaba las manos a la superficie. No había espacio para volverse y poner la rejilla en su sitio, pero era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Notaba el latido de su corazón contra el metal, lo que hacía que le vibrara todo el cuerpo. Se apartó un rizo encrespado de los ojos y siguió adelante, arrastrándose y sujetándose con las uñas.

Al cabo de unos metros, el sistema de ventilación se dividía en dos. Elsa se detuvo e intentó visualizar la configuración de la cárcel. «A la derecha, tiene que ser a la derecha». Dobló la esquina y llegó a la sala de los guardias. «Ahora, a por esos planos».

Elsa empezó a desatornillar la rejilla dándole vueltas a la parte de atrás de los tornillos, destrozándose las puntas de los dedos en el proceso. Había conseguido sacar todos menos uno cuando se abrió la puerta y aparecieron Adler y Tom, con un joven guardia detrás. A Elsa casi se le cae la rejilla de las manos.

—Siéntate —le dijo Adler, y se quedó mirando a Tom arrastrar los pies hacia la silla.

Tom era joven, puede que solo un año mayor que Elsa. Estaba pálido, y el pelo se le rizaba por encima de las orejas. El guardia se situó detrás del chico nervioso sin quitarle los ojos de encima.

Adler se apoyó en la pared, suspirando, y se cruzó de brazos.

—Más te vale que merezca la pena.

—La merece. Tengo... Tengo información para usted.

—¿Sobre Hart?

—No, sobre otros presos. Ryan Farrell, Elsa Winchester, Harlan Jahari...

—¿Y?

—Y Jes Heather —añadió Tom, bajando la mirada. Respiró profundamente y, nervioso, añadió—: Están... Están organizando su huida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el guardia.

Tom miró a Adler como si esperase permiso para hablar.

—Responde a la pregunta.

—Los oí hablar del tema. No sabían que estaba escuchándolos.

Elsa, que observaba la escena desde el conducto de ventilación, soltó una palabrota entre dientes. Adler se enderezó y volvió la cabeza.

La chica contuvo el aliento durante tanto rato que creyó que le estallarían los pulmones. Al final, Adler se volvió hacia el chico, y Elsa respiró aliviada.

—¿Cuándo planean hacerlo?

—No... No lo sé —respondió Tom, bajando la mirada de nuevo—. Solo sé que será pronto.

—Pronto no basta, tienes que ser más específico...

—Creo que en los próximos dos días. No sé más.

Adler y el guardia se miraron.

—¿Sacaré algo por la información? —preguntó Tom.

—Y yo pensando que querías ayudar por tener un corazón bondadoso... — Adler dio un paso hacia él—. Obtendrás privilegios cuando podamos confiar en ti. Hasta entonces, serás igual que el resto. Venga, fuera de mi vista.

—Sí, señor —respondió Tom, que se puso en pie de un salto y salió a toda prisa de allí.

El guardia esperó a que se cerrara la puerta antes de hablar.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Los mantendremos bajo vigilancia un par de días... —respondió Adler. Tras una pausa, añadió—: A ver si lo que dice resulta ser cierto. Por lo que sabemos, Tom podría formar parte del plan, para distraernos mientras otro grupo escapa. Podríamos acabar siguiéndoles el juego.

—¿De verdad crees que tienen un plan? Es decir, solo son unos críos...

—Son delincuentes —lo corrigió Adler—. Son peligrosos, retorcidos y manipuladores. Y harían lo que fuera por salir de aquí.

Estaba a punto de sentarse cuando saltó la alarma contra incendios en el pasillo.

—Por amor de Dios, ¿qué...? —exclamó Adler—. Coge ese extintor — añadió, señalando la pared.

El guardia cogió el extintor de la pared y salió corriendo, con Adler

pisándole los talones, y la puerta se cerró automáticamente detrás de ellos.

«Es mi oportunidad», pensó Elsa, que por fin volvía a respirar con normalidad. Terminó de aflojar el último tornillo, apartó la rejilla a un lado y salió.

Ryan se quitó de en medio justo a tiempo de que no lo atropellara un guardia. Se quedó mirándolos, encantado, mientras ellos corrían por los pasillos, extintores en mano, en busca de su incendio.

Cuando llegó a la sala de los guardias, llamó quedamente a la puerta y susurró: —¿Elsa? ¿Estás ahí?

Elsa acababa de ponerse de pie. Se apresuró a atornillar la rejilla en su sitio rogando que no le fallaran los dedos. Después corrió al armario de debajo de la ventana, abrió las puertas y se puso a rebuscar entre carpetas, notas y hojas de papel. En el fondo había una lámina enrollada. La sacó y se arrodilló sobre ella para que no se combara.

—¡Elsa! —susurró de nuevo Ryan, en voz más alta—. No tenemos mucho tiempo, date prisa.

Elsa rodeó los croquis de la lámina con los dedos, intentando ubicar cada una de las habitaciones. Parecía haber un pasillo estrecho que salía de una de ellas, en un lateral de la prisión, cerca de la esquina este, junto al patio de ejercicios.

Entonces, Elsa se dio cuenta de lo que estaba viendo: «Debe de ser el túnel».

Oía a Ryan al otro lado de la puerta.

—Elsa, que vienen...

Elsa soltó los planos enrollados y se los metió en el uniforme. Cerró el armario y escapó por la puerta justo cuando un grupo de carceleros aparecía por la esquina. La puerta se cerró detrás de ella.

—¿Qué hacéis ahí vosotros dos? —preguntó Adler al acercarse, mirándolos con suspicacia.

Elsa miró a Ryan y después a Adler.

—El incendio. Hemos oído la alarma. No estábamos seguros de qué...



—No hay ningún incendio, volved a vuestras celdas.

Jes y Harlan se metieron rápidamente entre la multitud de presos para llegar hasta Ryan y Elsa, que acababan de aparecer en la galería.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Jes en voz baja.

Elsa se metió la mano dentro del uniforme, se aseguró de que nadie miraba y le pasó los planos a Jes.

—La buena noticia es que sí que hay un túnel que sale de la prisión —dijo, mirando a Harlan—, y la mala es que no podemos llegar hasta él desde la pared de tu celda. Solo se accede a través del aula.

—No conseguiremos entrar ahí sin que nos vean —repuso Harlan—. Solo nos permiten entrar con los guardias. Y con la profesora.

—Vamos a necesitar un milagro —dijo Jes mientras se pasaba las manos por el pelo.

«Un milagro», repitió Elsa en silencio. ¿De qué le sonaba eso? Era como si intentara recomponer un sueño, pero los distintos fragmentos se le escapaban entre los dedos como si fueran arena.

—Tengo que irme —dijo, perdiéndose entre la multitud.

—Primer ministro —dijo James Felix—, me alegro de que pudiera acudir tan deprisa.

Le hizo un gesto al primer ministro para que se sentara y sirvió dos bebidas de una licorera de cristal.

Una vez sentado, el primer ministro se tapó los ojos y se los restregó con las palmas de las manos.

—Esto es justo lo que yo temía —dijo.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —repuso Felix tras beber un trago de brandy—. Al fin y al cabo, no es más que un chico.

—Un chico, Felix. Un chico podría acabar con todo.

—Un chico con una historia bastante increíble. ¿De verdad teme que alguien se lo crea? Hay veces que ni yo mismo me lo creo...

El primer ministro se bebió su copa de un trago sin decir palabra.

—Está solo en el bosque, durante uno de los inviernos más duros de los que tenemos memoria —dijo Felix mientras rellenaba el vaso del primer ministro—. Me sorprendería que lo encontraran con vida.

—Así que al Compromiso no le importa mancharse las manos de sangre, ¿no?

—Por si lo ha olvidado, en nuestras manos está el destino del país. Los derramamientos de sangre son inevitables.

—Lo tomaré como un no —respondió el primer ministro antes de beberse un buen trago de brandy.

—Recuerdo que la última vez que hablamos me dijo lo afortunados que habíamos sido al evitar ciertos acontecimientos —repuso Felix, sonriendo—. Espero que no haya cambiado de idea tan pronto.

El primer ministro se pellizcó el puente de la nariz y se dejó caer en la silla, cansado.

—¿Dónde está el resto del Compromiso? Antonia, Blythe... Incluso ese maniaco de Stephen... Me gustaría hablar con ellos...

—No están aquí.

—Pues que vengan.

—¿Que vengan? ¿De verdad cree que no tenemos nada mejor que hacer que sentarnos en habitaciones a oscuras para acariciarnos las barbas?

—Si le soy sincero, no sé qué es lo que hacen, Felix. Sin embargo, sea lo que sea, quiero que pare. Quiero que detengan el proyecto. De inmediato. Quiero a esos chicos de vuelta en sus casas, con sus familias. Quiero... Quiero unas disculpas.

En cuanto las palabras salieron de la boca del primer ministro, un hombre alto de hombros anchos apareció detrás de él. Iba vestido con un traje gris oscuro y un chaquetón negro. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba bien peinado con la raya en medio.

—¿Quién es usted?

—Este es Emmanuel —lo presentó Felix—. Mi asesor.

—¿Un asesor? En tal caso, me gustaría que asesorara a su colega sobre la conveniencia de detener el proyecto. De inmediato.

—No puedo hacerlo —respondió Emmanuel con un tono de voz cortante.

—¿No puede o no quiere? ¿Se le ha olvidado quién soy?

—Eso es irrelevante. Esta situación no está bajo su control.

—¿Quién se cree que es? Felix, quiero que lo aparte de...

—Lo siento —lo interrumpió Felix—, pero, si no fuera por Emmanuel, gran parte del proyecto no sería posible.

—Así que tengo que culparlo a usted, ¿no es así? —preguntó el primer ministro a Emmanuel, antes de volverse hacia Felix—. Es usted un cobarde. Le asusta este... asesor.

Felix no consideró necesario responder a aquello. El único que no se sentía intimidado por Emmanuel era el chico, Stephen. Y Stephen era un psicópata.

—Es demasiado tarde para detenerlo —se limitó a decir Emmanuel—. El proyecto sigue adelante según lo planeado.

—Entonces no quiero seguir formando parte de esto —repuso el primer ministro—. Buenos días a ambos, caballeros.

Tras decidir saltarse el descanso en el patio, Julian se metió bajo la cama para recuperar el ibis que había escondido. Se arrastró boca abajo hacia la pared y se detuvo de repente.

Había sucedido hacía seis meses, en casa. No llevaba mucho rato dormido cuando algo lo despertó.

Oyó un ruido en el jardín, un estrépito. Apartó las cortinas para investigar y descubrió a tres hombres junto a la puerta principal.

Con la cara apretada contra el frío cristal, Julian se quedó mirando y vio a uno de los hombres sacar un trozo de alambre del bolsillo. El hombre volvió la vista atrás para asegurarse de que no había testigos e introdujo el alambre en la cerradura.

Julian cogió su teléfono de la mesita de noche, marcó el número de emergencias y se agachó junto a la ventana, a la espera de que le cogieran la llamada.

No había señal. Algo iba mal.

Corrió al rellano justo cuando la puerta principal se abría con un chasquido. Sin saber bien hacia dónde ir, Julian corrió de vuelta a su dormitorio y se metió debajo de la cama.

Los hombres estaban abajo. Julian oía las pisadas de sus zapatos sobre el linóleo, además de sus susurros roncós.

«Es la tía Alexandra —pensó Julian—. Es culpa suya. Debe de haberse metido en algo gordo. Tiene que ser eso...».

A Julian lo había criado su tía desde la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, hacía una década. No habría sido la primera vez que la mujer se metía en líos por dinero. Y seguramente no sería la última.

—¿Julian? —lo llamó uno de los hombres.

Julian sintió un escalofrío en la espalda: ¿por qué lo llamaban por su nombre?

Se quedó escuchando las pisadas que subían por las escaleras, entre crujidos de madera, hacia la planta de arriba. Julian se apretó contra el suelo. Su respiración errática y entrecortada calentaba la moqueta de nailon.

Las pisadas no tardaron en llegar al rellano. Incapaz de cerrar los ojos, Julian vio que la puerta de su dormitorio se abría lentamente. Dos pares de botas bloqueaban la luz del rellano.

«Por favor, que no me vean —suplicó en silencio—. Que se vayan, que se vayan...».

Sin embargo, antes de que Julian pudiera perder otro segundo con sus súplicas, uno de los hombres se puso de rodillas, volvió la cabeza hacia él y susurró:

—Bu.

Julian se estremeció al recordarlo. Sacó el ladrillo suelto de la pared y metió la mano para coger el ibis. De repente, palideció.

El ibis no estaba.

—Alguien ha dado un chivatazo —dijo Ryan cuando el grupo se reunió en la celda de Harlan.

—Eso significa que Julian decía la verdad —comentó Jes.

—¿Julian? ¿Por qué iba Julian a advertirnos de nada?

—¿A quién le importa Julian? —repuso Elsa—. Os estoy contando lo que vi.

—No vamos a salir de aquí si ni siquiera podemos confiar los unos en los otros —dijo Harlan mientras palpaba el ibis que guardaba en el interior del abrigo—. Tenemos que irnos enseguida, todavía nos queda un as en la manga...

—Esta noche —lo interrumpió Jes.

—¿Esta noche? —repitió Elsa—. ¿Cómo vamos a intentarlo si los guardias nos vigilan constantemente?

—Corrección: los guardias me vigilan a mí —dijo Ryan—. Desconfían de mí y no tienen gente suficiente para vigilarnos a todos.

—A lo mejor podemos aprovechar las circunstancias —meditó Harlan—. Mientras todos están pendientes de ti...

—Nosotros huimos —lo interrumpió Jes—. Solo necesitamos entrar en el aula.

Se sacó los planos enrollados del uniforme y los demás la rodearon.

—Mirad, cuando estaba en el conducto de ventilación me di cuenta de que se dividía en dos —explicó Elsa—. Un tramo se dirige hacia la sala de los guardias, y el otro, hacia el despacho. ¿Sabéis lo que guardan en el despacho?

—Llaves —respondió Jes—. Elsa puede conseguir la llave del aula. Pero no

podemos distraer a los guardias por segunda vez...

—Da igual —repuso Ryan, sacudiendo la cabeza—. Dejaremos que los guardias vayan. Me reuniré contigo en la despensa —añadió, dirigiéndose a Elsa—. Tú me das las llaves, y yo libero a todos los presos. Será un caos. Después vamos al aula, buscamos el túnel y escapamos.

—Espera un segundo —intervino Harlan—, ¿cómo vas a moverte por ahí sin que te vean?

—Ahí es donde entra en juego el ibis —respondió Ryan—. Si me topo con un guardia, le disparo. No se lo esperarán. Después me llevaré sus armas y le daré una a Elsa.

—Un solo movimiento en falso y fracasará todo el plan... —comentó Jes, vacilante.

—Estoy con Jes —dijo Elsa—. Si perdemos ese ibis no saldremos nunca de aquí. Y ¿qué pasa si salimos? El vigía de la torre nos verá...

—Y los guardias de la entrada —repuso Ryan, encogiéndose de hombros—. Pero entonces ya tendremos armas de sobra para enfrentarnos a ellos. Seguiremos el ejemplo de Alyn: correr y disparar.

El estómago de Jes parecía lleno de cristales. Llevaba un buen rato dando vueltas por la celda, mirando de vez en cuando por la ventana mientras imaginaba cómo sería estar al otro lado de la alambrada.

—Pareces nerviosa —comentó Charlotte, su compañera de celda, que miraba la galería sin prestar atención.

—Estoy bien —respondió Jes, obligándose a sonreír.

Lo repasó todo mentalmente, se repitió en voz baja lo que tenía que hacer. «Correr y disparar —había dicho Ryan—. Correr y disparar». Así dicho, sonaba muy fácil. Demasiado fácil.

Se alegraba de no estar en el pellejo de Ryan. Todo dependía de que lograra llegar hasta Elsa y asegurarse de que la chica regresaba sana y salva con las llaves.

«En fin, tendrá el ibis y el factor sorpresa», pensó Jes, y se sintió mejor.



Intentó parecer más segura de sí misma cuando se abrieron las celdas para el descanso de la tarde. Mientras daba vueltas por el patio, ella sola, vio de lejos a los otros y les sonrió. Después entrecerró los ojos para protegerlos de los copos de nieve y levantó la vista hacia la torre de vigilancia.

En cuanto llegaran al bosque, estarían a salvo. Se dividirían. Con que uno consiguiera escapar, los otros estaban dispuestos a sufrir el castigo que les tuvieran preparado. Era lo único que necesitaban, que uno de ellos contara al mundo lo que les había sucedido y dónde estaban. No podían contentarse con la remota esperanza de que Alyn pudiera hacerlo, por mucho que Jes deseara que fuera cierto.

Mientras pensaba sobre aquello, notó que la desesperación se le deslizaba entre las costillas como un cuchillo; era imposible que todos lo consiguieran.

Primero pensó en Elsa. La chica no era más que una niña, la más pequeña de todos. Era imposible que les siguiera el ritmo. Era imposible que corriera más que un grupo de hombres adultos. Jes no podía evitar sentirse responsable de ella. Al fin y al cabo, Jes había reclutado a Elsa.

A lo mejor por eso Alyn siempre insistía en trabajar solo: quería evitar cualquier tipo de responsabilidad.

Jes levantó la mirada y vio que Ryan cruzaba el patio hacia ella. Unos cuantos rizos de su cabello rubio oscuro le asomaban por debajo de la capucha.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó.

—Pensar.

—¿En qué?

—En todo.

Ryan se quedó mirándola unos segundos.

—No estarás preocupada, ¿no?

—Creo que no existe ninguna palabra que describa lo que siento.

—Anímate, nos vamos a casa.

—Me animaré cuando estemos en casa. Esta espera me está matando, es como la calma antes de la tormenta, o algo así. ¿Por qué nosotros, Ryan?

Ryan se apoyó en la alambrada y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Quiero decir, de todos los adolescentes del país..., ¿por qué nos raptaron a nosotros?

—Creía que tú eras la que se dedicaba a teorizar.

—No me creo ni la mitad de mis teorías. Solo intento encontrarle el sentido. Es la única forma de mantener...

—¿El control?

—Un objetivo —respondió ella, dejando que sus dedos acariciaran musicalmente el alambre.

—Mi madre siempre decía que era especial —dijo Ryan—. Diferente. Siempre decía que llegaría lejos.

—Y la mía. ¿No es algo que dicen todas las madres?

—Tarde o temprano, alguna tendrá que acertar.

—Tarde o temprano —repitió Jes mientras se metía un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y tú, ¿cómo es que estás tan tranquilo?

—Porque es un juego.

—Menudo juego. Me gustaría saber quién escribió las reglas.

—Las escribimos nosotros —respondió Ryan—. Supongo que eso es lo que da miedo.

Jes intentó sonreír, pero le dio un vuelco el corazón al ver a un grupo de guardias junto a la puerta.

Ryan se acercó a ella, se agarró a la alambrada con una mano y miró hacia los árboles.

—Pase lo que pase, Jes, me alegro de haberte conocido.

Antes de que ella pudiera responder, le pasó un dedo por la nariz para quitarle un copo de nieve.

—¿Qué haces...?

Ryan le cogió la cara entre las manos y acercó sus labios a los de Jes. Una nube de niebla le salió de la boca al besarla y, por un momento, Jes fue completamente incapaz de reaccionar, hasta que se dio cuenta de que no era Alyn el que la besaba. Con un jadeo, lo empujó y le apartó las manos de su cara.

—¡Prisioneros Heather y Farrell! —chilló uno de los guardias—. ¡Apartaos de la alambrada de inmediato!

Aquello bastó para desconcertar a Ryan, y Jes lo aprovechó para escabullirse.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó mientras se limpiaba la boca con un brazo.

—Jes, lo siento...

—¡Cómo te atreves!

—Es que... No sé qué me ha pasado...

—Aléjate de mí —le dijo la chica, hecha una furia, antes de marcharse.

Elsa y Harlan los observaban, perplejos, desde el banco. Jes bajó la mirada para evitar las suyas y se apresuró a entrar en la prisión.

Ryan no llevaba mucho tiempo en su celda cuando Martin Adler apareció junto a los barrotes, acompañado por dos colegas de ojos fríos.

—Recoge tus cosas, Farrell. Te largas de aquí.

—¿Mis cosas? ¿Para qué? —preguntó él, sentándose en la cama.

—Porque vamos a montar una fiesta de pijamas. ¿Tú qué crees?

—Te trasladan —explicó uno de los guardias—. A aislamiento.

—¿A aislamiento?

—Vaya, parece que no está sordo —repuso Adler, riéndose y mirando a sus colegas.

—No me encuentro bien —dijo el chico mientras se llevaba las manos al estómago—. Dejen que me quede unas cuantas horas... Iré mañana.

Era una estratagema desesperada, pero no era del todo mentira.

Adler no le hizo caso.

—Tienes cinco minutos. Lo que no hayas recogido, aquí se queda.

—Espere —dijo Ryan, cada vez más aterrado—, no pueden meterme ahí abajo, por favor. Denme otro día...

Cuanto más protestaba, menos atendían los guardias a sus súplicas. El resto de los presos, sin embargo, lo oía todo. Jes fue la primera en responder, intentando captar la atención de otro par de guardias que pasaban junto a su celda.

—Dejen que hable con ellos —les dijo—. Solo cinco minutos, dejen que hable con ellos.

—Tenemos celdas de aislamiento de sobra, si quieres hacerle compañía — respondió uno de ellos, y se la quedó mirando mientras ella retrocedía.

«Ryan solo es el primero», pensó Jes. Elsa, Harlan y ella no tardarían en acabar abajo, con él. Estrelló la palma de la mano contra la pared.

—Ellos saben qué es lo mejor para nosotros —dijo Charlotte—. Nos convertirán en miembros honrados de la sociedad. De un modo o de otro.

—No sabes lo que dices —repuso Jes, apoyando la frente en la pared—. Estás loca.

—Estoy loca —repitió la chica, y sacudió la cabeza, pero, como ocurría con todos los convertidos, sus movimientos eran sosegados y melancólicos, como si no estuviera realmente en este mundo, como si fuera sonámbula.

—¿No te das cuenta? —preguntó Jes—. Has elegido la vía fácil. Te has rendido.

Charlotte se quedó donde estaba, sin parpadear.

—Si los demás despertáis, todos podríamos superar esto juntos —siguió diciendo Jes.

—No tengo nada más que decir —respondió amablemente Charlotte.

Harlan se quedó mirando con impotencia a los guardias que sacaban a Ryan de su celda y se lo llevaban por las escaleras. Después consiguió cruzar una mirada con Jes, que levantó las palmas de las manos en un gesto de derrota.

«Todo depende de mí», pensó.

Se asomó entre los barrotes para asegurarse de que no hubiera guardias cerca y se metió debajo de la cama. Harlan cogió el ladrillo y lo sacó de la pared. Después lo dejó con cuidado en el suelo y se acercó más para meter la mano en el hueco.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó entre dientes mientras intentaba encontrar el ibis.

«No recuerdo haberlo guardado tan al fondo. Juraría que lo metí aquí dentro

después de la reunión».

Presa del pánico, Harlan empezó a palpar en busca del ibis, pero no estaba.

Dejó el ladrillo en su sitio, salió de debajo de la cama y se sentó de rodillas, de cara a la pared.

—Julian —dijo.

\*\*\*

«Solo tienes que arrastrarte hasta el despacho —se dijo Elsa—. Asegurarte de que está vacío, saltar y coger las llaves del aula».

Se apoyó en la pared y cerró los ojos. Le costaba respirar.

«Te reúnes con Ryan en la despensa. Los dos volvéis a las celdas y liberáis a los demás».

Elsa dobló la esquina del pasillo y empezó a brincar camino de la despensa, prestando atención por si oía pisadas delante.

—Winchester.

Elsa se volvió. Adler marchaba hacia ella con el ibis en la mano, apuntándola.

—Te vienes conmigo —dijo—. Vamos abajo.

—¿Abajo?

—Para ver tu nuevo alojamiento —respondió el guardia, y agarró a Elsa por el cuello del uniforme para obligarla a caminar por el pasillo hacia un tramo de escaleras empinadas que bajaban al sótano.

—¿Me va a meter en aislamiento? Pero... si no he hecho nada malo —farfulló Elsa cuando llegaron al fondo.

«¿Cómo se lo voy a contar a los otros?».

—Por eso estás aquí abajo... —dijo Adler mientras la empujaba para que pasara delante y se sacaba el transmisor del cinturón—. Porque no aceptas lo que has hecho.

Estaba a punto de ordenar por radio que sacaran a los demás de sus celdas, pero recordó que allí abajo no había cobertura.

Elsa adoptó una postura desafiante.

—¿Qué clase de cárcel es esta en la que ni siquiera se nos permite creer que somos inocentes?

—Una buena cárcel —respondió él de inmediato—. Creer es peligroso, Winchester.

Adler la condujo por un pasillo oscuro y de aspecto aséptico, con puertas de metal idénticas a ambos lados. La única diferencia entre ellas eran los números grabados en el acero. Encima de cada uno de ellos había una única luz circular.

—Te permitiré escoger celda —dijo, haciendo un gesto con la mano—. ¿Tienes un número de la suerte?

—Por favor —susurró Elsa, a punto de llorar—, haré lo que sea. Aceptaré lo que hice...

—El número diez. Ese es mi número de la suerte. Si no te decides, siempre puedo meterte ahí.

—El ocho —lo interrumpió ella en voz baja, incapaz de mirarlo a los ojos—. Me quedo con el número ocho.

—Buena elección.

Adler la agarró de nuevo por el cuello del uniforme y la empujó hacia la celda de aislamiento. Pulsó un botón de la pared y la puerta se abrió.

—Adentro. Deprisa, tengo que traer al resto de tus amigos...

Elsa se quedó mirando la habitación vacía y sin ventanas.

—Te he dicho que entres.

Adler hizo ademán de empujarla por detrás, pero Elsa se volvió en el último segundo, lo sujetó por la manga y tiró de él. El hombre perdió el equilibrio y tropezó justo cuando Elsa lo rodeaba y salía.

—Mocosa de mierda —rugió Adler, cargando contra ella.

Elsa se asustó y pulsó el botón del exterior con la palma de la mano. La puerta se cerró rápidamente, y Adler empezó a darle puñetazos.

La chica miró la puerta cerrada, se permitió soltar una carcajada de sorpresa y corrió escaleras arriba lo más deprisa que pudo.



Julian no estaba seguro de qué lo había impulsado a mirar dentro de la pared aquella tarde, pero, en cuanto sus dedos tocaron el suave cilindro metálico del ibis, empezó a reírse como un histérico.

«Por supuesto —pensó mientras contemplaba la pared que separaba su celda de la de Harlan—. Seguro que él también ha estado excavando».

Julian intentó imaginarse la cara de Harlan cuando descubrió el ibis y la que pondría después, cuando fuera a buscarlo de nuevo y viera que no estaba. Esta última sería mucho más satisfactoria.

—No sé qué te hace tanta gracia —masculló un guardia de aspecto cansado que pasaba junto a su celda.

—Esta vez no te perderé de vista —murmuró Julian entre dientes, y ocultó el ibis bajo su uniforme.

Durante el resto del día, Julian urdió (y desmanteló) varios movimientos con los que iniciar su huida. Meditó la posibilidad de convocar una reunión con los guardias con el pretexto de darles más información; pero llevaba un tiempo sin ver a Adler, y los otros guardias no confiaban tanto en él. Tal vez colocara el reloj robado junto a los barrotes de su celda, a modo de cebo, y el desafortunado carcelero que se agachara para examinarlo acabaría recibiendo el impacto del ibis. El problema era que, si el guardia caía en el ángulo equivocado, Julian no podría alcanzar las llaves de la celda.

Al atardecer, ya estaba de los nervios. Cuando los guardias pasaron por delante de su celda en la ronda, Julian fue corriendo al lavabo y se provocó arcadas. Al final consiguió vomitar y se sintió muy aliviado.

—¿Sleave? —preguntó uno de los guardias, que apareció junto a los barrotes y se asomó al interior de la celda.

—Estoy bien —contestó Julian entre jadeos mientras se limpiaba una

película de sudor de la frente—. Me habrá sentado mal algo.

El hombre lo miró con suspicacia y siguió su camino.

Se oyó un alboroto al final de la fila y, unos minutos después, uno de los guardias pasó corriendo por la pasarela con la radio en la mano.

—Winchester ha desaparecido otra vez —lo oyó explicar Julian por el aparato—. Se suponía que estaba limpiando.

«Elsa —pensó Julian—. ¿Qué estará tramando?».

Entonces recordó que los guardias se habían llevado a Ryan hacía unas horas y todo encajó: «Ellos también piensan escapar esta noche».

Elsa había regresado a la despensa y se disponía a meterse por la rejilla cuando oyó alboroto en el pasillo.

—Adler también ha desaparecido —dijo un guardia—. No responde a su transmisor. Envía a alguien a buscarlo.

Elsa sabía que era cuestión de tiempo que lo encontraran. Tenía que llegar al despacho y encontrar las llaves.

Estaba jadeando y resollando cuando divisó la rejilla al final del conducto. Mareada, los tornillos se le resistían, pero al final consiguió aflojar el que tenía más cerca.

No tardó en sacar tres de ellos. Le dolían las manos y tenía los dedos magullados; se le habían formado unos callos rojos en la piel, bajo los dedos, y tenía el pelo pegado a la frente. Elsa se lo apartó de la cara, se despejó el flequillo un par de veces a base de soplidos y se ocupó del último tornillo.

Al final, sacó la rejilla con ambas manos, la dejó a un lado y bajó al despacho.

En la pared había un armario con puertas de cristal en el que guardaban las llaves. Intentó abrirlo, pero estaba cerrado. Rodeó a toda prisa el escritorio, descolgó el extintor de la pared, lo levantó sobre su cabeza y cargó contra el armario. El cristal se cubrió de una telaraña cóncava. Alzó de nuevo el extintor y golpeó la puerta. Esta vez, el cristal se hizo añicos y cayó al suelo formando un

montículo resplandeciente.

Elsa metió la mano dentro procurando no cortarse la muñeca con los cristales. Dentro había varios llaveros con diversas etiquetas: DESPENSA, COCINA y CELDAS, pero ninguno del aula.

Julian estaba en su celda, ultimando sus planes, cuando una pelota de papel rodó por el suelo hasta sus barrotes.

Se acercó con cautela, la recogió y la abrió.

¿LO TIENES?

Julian se lo pensó un momento.

—Puede —respondió en voz alta, lo bastante para que lo oyera Harlan.

En pocos segundos apareció una segunda pelota de papel.

¡DEVUÉLVELO! NOS VAMOS ESTA NOCHE.

Julian hizo trizas el papel y lo tiró al retrete. Después se bajó la cremallera del uniforme gris y sacó el ibis. «Supongo que es tan buen momento como cualquier otro», pensó. Y, sin más, examinó su celda por última vez.

\*\*\*

—Estés donde estés, Alyn, lo siento —murmuró Jes mientras miraba a través de los barrotes de su celda—. Quería que te sintieras orgulloso de mí.

Pero ¿orgulloso de qué? Volvían a la casilla de salida. Ryan estaba en las celdas del sótano de la prisión y Elsa había desaparecido, seguramente seguía en el conducto, si es que había llegado tan lejos. ¿Qué más podía salir mal? Al menos, Harlan aún tenía el ibis...

—¡Jes!

Un grito procedente de unas celdas más abajo. La voz de Harlan.

Ella levantó la mirada y vio una pelota de papel caer al suelo del exterior de su celda y rodar un poco. Jes consiguió alcanzarla a través de los barrotes sin que la vieran y la abrió rápidamente.

JULIAN TIENE EL IBIS.

Justo cuando creía que las cosas no podían salir peor. Jes se dejó caer junto a los barrotes.

El primer ministro por fin abrió los ojos y vio las gotas de lluvia que brillaban como chispas a la luz de la farola.

—¿Señor?

Hizo girar la silla para dar la espalda a la ventana y mirar a su secretaria, que estaba de pie en la puerta.

—Acaba de llegar esto para usted —dijo ella, y le ofreció un sobre acolchado.

—Déjelo en la mesa —respondió él, bostezando y estirándose—. Le echaré un vistazo mañana por la mañana.

—Debería dormir, no tiene usted buen aspecto.

El primer ministro contempló su cansado reflejo en la pantalla del ordenador.

—Demasiadas noches acostándome tarde —respondió, obligándose a sonreír—. Seguro que estaré bien por la mañana.

Su secretaria salió del despacho tras dedicarle una sonrisa de ánimo, y sus pisadas se perdieron por el pasillo. El primer ministro se puso en pie con un suspiro.

Pasó junto a la ventana, desde la que observó los patrones en espiral de los charcos, y se acercó a la estantería para acariciar los lomos de los libros.

—Fausto —murmuró, resoplando, mientras sacaba un volumen de color vino—. Qué apropiado.

Mientras hojeaba las páginas, sonó el teléfono de su despacho.

—Espero que sea rápido —dijo al responder, sujetando el teléfono entre el

cuello y el hombro.

—Hablo en nombre del Compromiso —repuso una voz, la de Emmanuel—. Nos conocimos ayer.

El primer ministro se mantuvo a la expectativa.

—Sé en nombre de quién habla. Creía que había dejado muy clara mi postura.

—Supongo que se debe a su preocupación por el sujeto fugado.

—El sujeto fugado nos hará caer. Jamás habría aceptado participar en esto de haber conocido los riesgos...

—De no haber aceptado, el proyecto habría seguido adelante.

—Entonces, ¿por qué molestarse en involucrarme en esta locura?

—Por cortesía, nada más. Le acaban de entregar un sobre. Ábralo.

El primer ministro vaciló, pero después se acercó a la mesa y recogió el sobre marrón. Pesaba. Metió el índice bajo el pliegue y arrancó el precinto. Dentro había cientos de páginas de transcripciones telefónicas y conversaciones por correo electrónico.

—Son los planes para las revueltas de las que me habló Felix —dijo mientras repasaba el contenido, alarmado de repente por lo que estaba leyendo—. ¿Han estado espiando?

—Hemos tomado precauciones.

—No era... No era consciente de que se trataba de un plan tan organizado... Parece haber una red entera...

—Que pide su sangre, que quiere derribar el Gobierno, que desea empezar de nuevo y resurgir de las cenizas. Si abandonamos el proyecto ahora, todo lo que hemos conseguido no servirá para nada. La sociedad se derrumbará. El país caerá en la anarquía y, cuando haya que buscar culpables, su puerta será la primera a la que llamarán.

El primer ministro hojeó otro par de páginas, sumido en sus pensamientos.

—No podemos permitir que el caos interfiera en el orden, primer ministro.  
¿Entiende cómo nos hemos enfrentado al caos?

—Cortándole las alas a la mariposa —respondió él, desesperado,  
recordando lo que le dijo Felix la noche que lo conoció.

Elsa se aseguró de que el pasillo estuviera vacío y salió del despacho. No era capaz de volver a meterse en el conducto. Oyó voces al otro lado de la esquina, así que se pegó contra la pared y esperó.

Una mano fría y húmeda le tapó la boca: Tom.

—No vas a ninguna parte —le dijo.

Ella empezó a darle patadas y a agitar los brazos para intentar zafarse de él.

—Tenemos que estar aquí —siguió diciendo Tom—. ¿Por qué no terminas de entenderlo? ¿Qué más hace falta para que lo veas?

Ella apartó la mano de la boca.

—Suéltame —siseó—. Suéltame ya...

—¡Guardias! Tengo a una... Tengo a Winchester...

Elsa siguió forcejeando, pero Tom la tenía bien sujeta.

—¿Quieres volver al mundo real? Bueno, este es el mundo real. Es más real que cualquier cosa de fuera... Que cualquier cosa.

Elsa se retorció, desesperada.

—¿De verdad quieres pasarte aquí dentro toda la vida, preso?

—Ahí fuera no hay nada para mí —respondió Tom—. No podéis iros. Tenéis que quedaros... todos.

El chico echó la cabeza atrás para chillar de nuevo, pero, cuando abrió la boca para llamar a los guardias, Elsa consiguió liberarse la rodilla y golpearle con ella entre las piernas. Tom dejó escapar un grito desinflado y cayó al suelo entre



resuellos, con el rostro congestionado. Elsa le lanzó una última mirada, más de pena que de otra cosa, y salió corriendo.

La sensación de triunfo le duró poco, ya que cuatro guardias le cortaban el paso, cada uno con un ibis apuntándole al cuerpo.

El gemido de la celda de al lado hizo que Harlan, ya de por sí nervioso, se levantara de un salto. Intentó asomarse entre los barrotes para ver qué pasaba en la celda de Julian, pero no veía nada.

—¿Sleave? ¿Qué pasa ahí dentro? —preguntó un carcelero mientras buscaba sus llaves—. Levanta.

La puerta de la celda se abrió con un chirrido. Unos segundos después se oyó un ibis rasgando el aire, y el guardia se derrumbó contra los barrotes.

Julian salió de la celda, se agachó y le quitó la segunda arma y las llaves. Después pasó por encima del cuerpo, como si nada.

—Nos vemos —le dijo a Harlan, que se había quedado mudo.

El chico se paseó por delante de las siguientes celdas y se encontró con Jes acurrucada en el suelo de la suya.

—¿Todavía quieres salir?

Jes se enderezó y se puso en pie.

—¿Desde cuándo te importa lo que yo quiera? Solo te preocupas de ti mismo.

—Tenemos intereses comunes —respondió Julian, y sacó uno de los ibis para pasárselo entre los barrotes antes de abrir la puerta de la celda—. Y lo más importante es que vas a ayudarme a encontrar ese túnel que da al patio.

—Si nos hubieses dejado hacerlo a nuestro modo, ya estaríamos en el bosque.

—¿Ah, sí? Lo último que he oído era que Ryan estaba en aislamiento. Y ya te advertí sobre eso. Y sin mi ibis...

—El ibis de Harlan.

—Yo soy el que encontró el puñetero cacharro en el patio, bajo la nieve. Es mi ibis —repitió.

Mientras los presos convertidos observaban el drama en silencio, otros gritaban pidiendo que los liberasen.

—No hay tiempo —le dijo Julian a Jes, anticipándose a su siguiente movimiento—. ¿Y cómo sabes que no nos entregarán?

Jes le quitó las llaves a Julian, cogió su abrigo y corrió a la celda de Harlan para liberarlo tan deprisa como le fue posible. Después lanzó las llaves hacia una celda del fondo, pero no se quedó para ver si había apuntado bien.

Julian corrió por la galería hacia el pasillo y lo recorrió con precaución, con Jes y Harlan detrás. Cuando llegó al final del pasillo, se detuvo.

—¿Qué pasa? —susurró Jes al acercarse.

—Elsa —respondió Julian en voz baja—. La han pillado.

—¿Cuántos guardias?

—Veo cuatro. Así que cuatro más de la cuenta.

—Tenemos que ayudarla, Julian.

—No pienso arriesgar mi libertad por una mocosa.

—Sin esa «mocosa» no obtendrás tu libertad... Se suponía que Elsa iba a conseguir la llave del aula.

Julian se detuvo y se asomó de nuevo a la esquina.

—Vale —aceptó a regañadientes. Después se volvió hacia Harlan, que había guardado silencio hasta entonces—. No tienes arma, así que te sugiero que vayas al aula y nos esperes allí. A lo mejor encuentras el modo de entrar.

Harlan miró a Jes en busca de su aprobación y se alejó corriendo.

—A la de tres —dijo Julian, levantando el ibis.

Jes asintió y levantó su arma.

\*\*\*

—No... No voy a ninguna parte —dijo Elsa. Le temblaban las manos—. Solo estaba acabando mis tareas...

Uno de los guardias avanzó despacio hacia ella.

—¿Te crees que somos estúpidos, Winchester? Sabemos perfectamente lo que hacías. Echa un vistazo a tu alrededor mientras puedas porque, cuando estés en aislamiento, te vas a quedar sin ver la luz del día durante una buena temporada.

Elsa hizo una mueca cuando el hombre la apuntó con su arma. Sin embargo, con el rabllo del ojo vio que Julian y Jes aparecían detrás del grupo.

Los dos chicos dispararon tres veces muy deprisa y acertaron las tres. La cuarta solo rozó el muslo del guardia más cercano. Al hombre le falló la pierna y cayó al suelo.

—¡Necesitamos ayuda! —gritó por la radio—. ¡Nos han tendido una emboscada! Dad la alarma...

Julian lo silenció de otro disparo. Entendía por qué a los guardias les gustaba tanto disparar los ibis: era excitante (incluso adictivo) manejar tanto poder.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Jes, saltando por encima de los cuerpos para abrazar a Elsa, que estaba recogiendo los ibis de los caídos—. Ahora, a ver si conseguimos salir de aquí...

Su celebración se cortó de cuajo al oír que la alarma empezaba a sonar por los altavoces. En la galería delantera, todos los presos se taparon las orejas con las manos.

—Es demasiado tarde —dijo Julian—. Bloquearán las puertas, la entrada...

—Siempre hay una salida —repuso Jes, que no estaba dispuesta a aceptar la

derrota—. Tenemos que intentarlo...

Julian la agarró por los hombros.

—No lo entiendes, Jes, estamos atrapados. Deberíamos rendirnos —añadió, bajando el ibis.

—Jes —dijo Elsa, con lágrimas en los ojos—. Odio decirlo, pero creo que tiene razón. No conseguí encontrar la llave del aula. No estaba.

Por la ventana, Jes vio que dos camiones cargados de guardias pasaban a toda velocidad.

—No pienso rendirme —afirmó, mordiéndose el labio—. Voy a liberar a Ryan. No pienso rendirme.

Empezó a bajar las escaleras que daban a las celdas de aislamiento.

—Voy contigo —dijo Elsa.

—¿Y tú, Julian?

—A ningún lugar —respondió él en tono amargo mientras contemplaba las paredes que lo rodeaban—. No voy a ningún lugar.

—Cerrada —dijo Harlan—, como suponía.

Le dio una patada inútil a la puerta del aula antes de dirigirse al despacho. La puerta estaba entreabierta.

«Aquí era donde Elsa se suponía que debía conseguir las llaves», pensó. Se metió a hurtadillas y vio el armario destrozado en la pared y el montón de cristales rotos en el suelo.

Examinó las etiquetas de plástico del interior del armario. «Aquí no están las del aula. Estaba buscando donde no era».

Harlan vio un trapo de cocina en el respaldo de una silla. Con el índice y el pulgar, recogió un fragmento de cristal y lo enrolló en el trapo para que sirviera de mango. Con el fragmento bien sujeto en la mano, contempló su reflejo en la ventana. Se le notaba la responsabilidad en los ojos.

Regresó al pasillo y lo recorrió hasta que vio a un guardia que estaba de espaldas a él, hablando por la radio. A sus pies había una pila de cuerpos tirados por el suelo que gruñían débilmente. Daba la impresión de que los otros habían logrado llegar hasta allí, pero ¿dónde se habrían metido?

Harlan vaciló. Después se acercó con sigilo al guardia, despacio, casi como si no controlara del todo su cuerpo. Agarraba con fuerza el fragmento de cristal.

Con un movimiento rápido, rodeó el cuello del carcelero con el brazo y le puso el cristal delante de la cara.

—Las llaves del aula —susurró.

—No... No las tengo.

—Mentiroso.

—Lo juro —lloriqueó el guardia.

—Pues llama a alguien que las tenga. Deprisa.

El guardia, aterrado, se había quedado mirando los reflejos de la tenue luz del pasillo en el cristal.

—Vale. Pero... ten cuidado con eso.

Harlan le quitó el ibis del cinturón y lanzó el cristal al suelo.

El hombre pulsó un botón del transmisor y se la llevó a los labios.

—J-Jim —tartamudeó, notando cada temblor del ibis en la base del cráneo—. Ne-necesito que abras el aula...

—¿Por qué yo? Martin tiene el otro juego de llaves...

—Deprisa —dijo Harlan entre dientes.

—Deprisa —repitió el guardia—, son órdenes de Adler...

Después quitó el dedo del botón y tiró el transmisor al suelo.

—He hecho lo que me has pedido... Por favor, deja que me vaya, por favor.

Harlan soltó al hombre y, cuando este se volvió, apretó el gatillo del ibis.

El repentino chisporroteo de la estática despertó a Alyn de una siesta sin sueños.

«¿Cuánto tiempo llevo dormido?», pensó. Le entró el pánico, apartó las cajas que había acercado al escritorio y abrió los ojos poco a poco. Tenía el lejano recuerdo de haber encontrado un bollo a medio comer en uno de los cajones. «¿Es un recuerdo o solo un sueño?», se preguntó. Las migas del uniforme indicaban que se trataba de lo primero.

—¿Estás ahí? —oyó de nuevo—. ¿Johnson? Repito: ¿Estás ahí?

Alyn se puso de pie y buscó el origen del sonido. Al final descubrió que salía de un *walkie-talkie* que se había caído detrás del armario.

—No consigo ponerme en contacto con ninguno de los dos. Debe de haber algún problema con la señal...

Alyn apagó la radio y estaba a punto de lanzarla lejos cuando algo hizo que se lo pensara dos veces: a lo mejor le resultaba útil. Así que se la metió en el bolsillo del abrigo de Henry.

Como tenía la garganta tan seca que le dolía, se echó a la boca lo que quedaba del termo, pero se atragantó, y empezó a toser y a escupir agua. Se secó los labios con la manga, entre jadeos.

«Alguien aparecerá pronto», concluyó, consciente de que seguramente ya había gente siguiendo su rastro.

Poco preparado para el frío viento del exterior, a Alyn le castañeteaban los dientes mientras avanzaba por un resbaladizo sendero de nieve, apoyado en una rama.

Tras casi una hora de vagar sin rumbo, decidió parar a descansar. Con los dedos helados, buscó la foto de Jes en el bolsillo. La imagen se agitaba al viento mientras él la recorría con la punta de los dedos, delineando el contorno de su rostro.

Alyn siguió adelante a trompicones, volviendo la vista atrás cada pocos minutos para asegurarse de que no lo seguían, y, cuando lo hacía, los árboles parecían girar a su alrededor como un carrusel.

—Solo tres kilómetros más y se acabó —se dijo—. El bosque tiene que acabar en algún momento. No puede alargarse hasta el infinito...

Sin embargo, tras bajar dando tumbos por una empinada colina, se encontró con otra impenetrable masa de árboles cubiertos de nieve y su desesperación aumentó. «Puede que el bosque no sea eterno —pensó, tembloroso—, pero yo tampoco...».

—¿Qué vamos a hacer con lo de la llave? —preguntó Elsa, que corría detrás de Jes y Julian—. No hay otro modo de entrar en el aula...

—Estoy en ello —masculló Julian.

Elsa miró por la ventana hacia los camiones: uno de ellos había dado un

volantazo en las puertas para bloquearlas.

—Deberíais daros prisa, apenas nos queda tiempo...

Julian se detuvo y se volvió para mirarla.

—Si no hubiésemos perdido el tiempo rescatándote a ti, a lo mejor ya estaríamos fuera.

—Cállate ya, Julian —dijo Jes, y abrió la puerta que daba a las celdas de aislamiento.

Julian le bloqueó el paso con el antebrazo.

—Si crees que voy a bajar ahí para salvar a Farrell, te equivocas. Estás sola.

—De hecho, tú eres el que está solo —repuso Jes—. Nosotros somos un equipo. Estoy deseando ver cuánto duras sin ayuda.

Elsa y ella bajaron corriendo las escaleras.

Jes veía su aliento flotar en el aire mientras trotaba por el laberinto de celdas. La única luz procedía de las bombillas que había encima de cada puerta.

—¡Ryan! —gritó—. Estamos aquí.

Esperaron en silencio la respuesta, y entonces les llegó una voz débil, ahogada tras varias capas de acero impenetrable.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Jes, volviéndose a ambos lados.

Esperaron, y al final oyeron el grito por segunda vez, más fuerte.

—¡Ryan! —gritó de nuevo Jes al doblar la esquina.

—Yo iré por aquí —dijo Elsa, y salió corriendo hacia su posición anterior—. Pero ten cuidado, Jes, Adler está...

Antes de poder terminar la frase, se oyó un repentino chasquido metálico, se encendieron las luces de encima de las celdas y se abrieron todas las puertas.

«¿Qué está pasando?».



El ibis de Jes estaba cubierto de sudor frío. Avanzó deprisa, temblando a cada paso.

De repente, se dio cuenta de que algo se movía más adelante.

—¿Hola? —preguntó, atravesando las sombras—. ¿Hay alguien ahí?

Se acercó más. Una bota crujió y se arrastró por el hormigón.

—¡Elsa! —gritó Jes, volviéndose—. Esto no me gusta, creo que...

Guardó silencio cuando la forma salió de las sombras; al principio era un bulto indistinguible, hasta que la luz giratoria que salió del cañón de un ibis iluminó la cara de Martin Adler.

Por un capricho del destino, Jes se apartó instintivamente y esquivó el disparo. Forcejeó con su arma, pero él se la quitó con facilidad y le golpeó en la sien con la palma de la mano.

La bofetada derribó a Jes. Un dolor sordo y palpitante le recorrió la oreja, seguido de un silbido agudo.

Adler se agachó y agarró a Jes por el pelo.

—Niña estúpida —dijo entre dientes—. Si supieras... Si de verdad supieras...

—Por favor —suplicó ella, intentando soltarse—. Por favor, no...

—Es culpa tuya —repuso Adler—. De todos vosotros. Si no hubieseis nacido...

—¡Jes! —chilló Elsa desde lejos—. ¿Va todo bien por ahí abajo?

En aquel momento chocó con Ryan, que acababa de salir de su celda. La chica gritó, pero se dio cuenta rápidamente de quién era.

—¡Me alegro de verte!

—Lo mismo digo —respondió Ryan—. Gracias, por cierto.

—¿Por qué?

—Por dejarme salir. ¿Cómo has...?

—No he sido yo —respondió ella, examinando las celdas vacías. De repente, se quedó paralizada—. Adler. Debe de haber encontrado un modo de liberarse abriendo todas las puertas...

—Espera un momento... ¿Adler estaba en las celdas?

—Sí —respondió ella, abriendo mucho los ojos—. ¡Tenemos que encontrar a Jes antes que él! —exclamó antes de salir corriendo.

Adler apretó el ibis contra la nuca de Jes.

—Como digas una sola palabra, te prometo que no volverás a decir nada nunca más.

Jes asintió, obediente.

—¿Jes? —la llamó Ryan—. ¿Va todo bien? Tenemos que irnos...

El ruido de sus pisadas rompió el silencio de las celdas subterráneas. Doblaron la esquina y se quedaron inmóviles.

—Solo tengo que apretar este botón cuatro o cinco veces, y se acabó —siseó Adler—. No sobrevivirá.

—Mentiroso —dijo Ryan, acercándose.

—¿No me crees? En tal caso, supongo que lo averiguaremos pronto, ¿no...?

—Para —dijo Elsa, tirando del uniforme de Ryan.

Adler sonrió.

—Tenéis diez segundos para dejar las armas en el suelo, si no queréis cargar con su muerte en vuestras conciencias. Diez.

Las lágrimas caían por las mejillas de Jes. Abrió la boca, pero no consiguió articular palabra.

—Nueve.

—¡No le hagáis caso! ¡Tenéis que huir! ¡Tenéis que escapar! —graznó la chica.

—Ocho.

—No vamos a abandonarte, Jes —repuso Ryan, que miraba a Elsa, nervioso.

—Siete.

—Lo siento, Jes —dijo Elsa.

Aflojó la mano que sostenía el ibis y apuntó con él al suelo.

—Seis.

Ryan miró a Elsa y después a Jes.

—Yo también lo siento.

—Cinco.

Elsa se volvió hacia Ryan, y él asintió con la cabeza. La chica cerró los ojos y dio un par de pasos.

—Cuatro... Tres... Dos... Uno.

Elsa abrió los ojos, soltó el ibis y regresó con Ryan.

—Ahora, al suelo, los dos.

Ryan y Elsa obedecieron.

Adler agarró a Jes por el pelo y apuntó con el ibis a Ryan.

Puso el dedo en el gatillo.

Se oyó el ruido de un disparo, pero no procedía del ibis de Adler. El carcelero se derrumbó y soltó a Jes al caer.

Elsa se puso en pie y corrió a abrazar a su desorientada amiga. Jes volvió la

vista atrás y vio que Julian estaba a varios metros, con el arma levantada.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —le preguntó, dividiendo su atención entre el chico y el guardia caído.

—Lo que dijiste sobre la necesidad de permanecer juntos —masculló—. Al menos, por ahora.

Ryan saludó a Julian con un gesto de cabeza, bajó la mirada y siguió a Elsa, que ya había dejado atrás al grupo y se dirigía a las escaleras.

Cuando Julian se volvió de nuevo hacia Jes, la chica estaba sobre Adler, con el ibis bien sujeto entre las dos manos.

—Quiero respuestas —dijo entre dientes—. ¿Por qué estamos aquí?

Adler masculló algo, medio inconsciente. Se le pusieron los ojos en blanco.

—Te he hecho una pregunta —insistió Jes mientras el ibis le temblaba en las manos—. Quiero saber por qué estamos aquí... Quiero saber quién nos metió aquí... Quiero saber dónde estamos...

Adler soltó una risita e hizo una mueca de dolor.

—Te dispararé otra vez, lo prometo. Y después, otra, y seguiré disparando hasta que...

—Vete a la mierda —susurró el guardia—. Idos todos a la mierda.

Antes de que Julian pudiera detenerla, Jes apretó el gatillo. Después lo apretó de nuevo, una y otra vez hasta que el cuerpo de Adler se puso a temblar en el suelo completamente descontrolado.

—Jes, aléjate... —dijo Julian, intentando quitarle el arma, pero era demasiado tarde: Jes ya había hecho el disparo que había dejado a Adler definitivamente inmovilizado.

De la nariz del guardia salía un hilillo de sangre que siguió el contorno de su mejilla antes de derramarse en el suelo de hormigón.

—No se mueve —susurró Julian—. Jes, ¿qué has hecho?

Jes quería llorar, pero estaba tan conmocionada que no lo logró. Se cubrió la cara con las manos y le dio la espalda a Julian.

—No se lo cuentes a los demás —le pidió en un tono de voz que era poco más que un susurro—. Por favor, Julian, no les cuentes lo que he hecho. No se lo puedes contar. No quería...

Julian la observó unos segundos, pero no dijo nada. Después dio media vuelta y corrió para unirse a los otros.

Harlan esperó escondido, con la espalda contra la pared, hasta que apareció el guardia con las llaves.

—Es una trampa —se burló el guardia al ver a sus colegas en el suelo—. Creía que no tendríais suficientes agallas.

Harlan salió de su escondite y lo miró. El carcelero hizo ademán de sacar su ibis, pero, al final, se rindió.

—No irás a ninguna parte si no me das las llaves —dijo Harlan, acercándose a él.

—No me das miedo, no eres capaz de usar eso, Jahari. Eres un cobarde.

Harlan se dio el gustazo de demostrarle lo equivocado que estaba. Después le quitó las llaves del cinturón y corrió al aula.

\*\*\*

Jes, Ryan, Elsa y Julian habían salido de las celdas de aislamiento y corrían por los pasillos de la planta de abajo. Pasaron por encima de los cuerpos inconscientes de los guardias que estaban tirados al lado del despacho, Elsa se agachó para recoger un par de ibis y le pasó uno a Ryan.

—Espero que Harlan haya encontrado la forma de entrar.

Julian se detuvo un momento y oyó unas pisadas que se acercaban al otro lado de la esquina.

—¡Ahí están! —chilló uno de los guardias, que disparó y estuvo a punto de darle a Elsa.

Harlan vio aparecer al grupo justo cuando abría las puertas del aula. Se apartó para dejarlos entrar.

—Los tenemos justo detrás —dijo Ryan entre jadeos mientras todos entraban en la clase.

Harlan cerró las puertas y echó la llave.

—Eso no los contendrá demasiado tiempo...

—¿Dónde está el túnel? —preguntó Elsa, mirando a ambos lados—. Podría estar en cualquier parte.

Se puso a gatas y empezó a examinar el suelo.

Julian se acercó al gran escritorio de la parte delantera.

—Creo que sé dónde podría estar. Que alguien me ayude con esto.

Ryan, que era el que estaba más cerca, corrió al otro extremo del escritorio, y entre los dos lo apartaron a un lado.

—Debe de ser esto —dijo Ryan mientras miraba una tapa redonda que habían encontrado en el suelo—. Vamos a sacarla...

En aquel momento, los guardias llegaron a las puertas. Estas temblaron con violencia, amenazando con ceder ante el empuje.

—Primero tenemos que frenarlos —dijo Harlan mientras agarraba el escritorio.

Ryan lo cogió por el otro extremo, y los dos salieron corriendo con él por el aula para colocarlo delante de las puertas.

Julian se arrodilló, metió los dedos en las rendijas del borde de la tapa y la lanzó a un lado. La tapa golpeó el suelo con estrépito, y el eco del ruido se oyó por toda la habitación.

El grupo se asomó al agujero: la escalera descendía unos cuantos metros antes de quedar completamente eclipsada por la oscuridad.

—Yo voy primero —dijo Julian, que se acercó al agujero y metió las piernas hasta apoyarlas en la escalera.

—¡Abrid! —chilló un guardia, golpeando la puerta cerrada—. ¡Sabemos que estáis ahí!

Elsa volvió la vista atrás, inquieta.

—Deprisa, Julian...

En cuanto Julian se perdió de vista, Ryan se agachó y le hizo un gesto a Elsa para que entrara. Ella bajó rápidamente y no tardó en desaparecer. Jes fue la siguiente.

Las puertas temblaban y crujían ante la fuerza de la horda de fuera.

—Vamos, Harlan —dijo Ryan, y miró las puertas, nervioso.

Se puso a tamborilear en los peldaños y se asomó al agujero. Harlan ya casi se había perdido de vista.

Las puertas rugieron de nuevo. El escritorio había retrocedido un poco.

Ryan saltó a la escalera y bajó unos cuantos peldaños. Después levantó los brazos y recolocó la tapa justo cuando las puertas se abrían.

—¡Deprisa! —chilló a los de abajo, y empezó a descender alocadamente.

Apoyó un pie en un peldaño y se resbaló. Notó que el aire pasaba junto a su cuerpo y, unos segundos después, aterrizó en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Elsa, que estaba un poco más arriba.

—Sí —gruñó Ryan, que se puso en pie, aunque le faltaba el aliento, y empezó a cojear por el túnel—. Tenemos que movernos —añadió—. No están lejos.



Había empezado a nevar una vez más mientras el camión regresaba a la cárcel, después del segundo día de búsqueda de Alyn. El humo del cigarrillo de Rayner formaba remolinos en la estela de aire creada por la ventanilla a medio bajar.

El joven guardia del asiento delantero hizo una mueca.

—¿Algún problema? —preguntó Rayner, que lo observaba atentamente por el espejo retrovisor.

—No-no, señor, ninguno.

Rayner dio una calada y soltó una nube desafiante de humo azul.

—Estaba convencido de que a estas alturas ya lo habríamos encontrado.

El transmisor de la parte delantera crepitó.

—¿Jefe? Se ha producido un incidente...

El conductor sacó el transmisor de su base y la sostuvo por encima de su hombro. Rayner lo cogió y tiró el cigarrillo por la ventana.

—¿Un incidente? ¿Qué clase de incidente?

—Algunos de los presos han salido de sus celdas: Farrell, Winchester, Jahari, Heather y Sleave. Hemos...

—¿Sleave? Ya le advertí a Martin que no confiara en él. ¿Dónde está Adler? Quiero hablar con él.

—Ese... Ese es el otro asunto, señor. Se trata de Martin. Lo... Lo hemos encontrado en el sótano...

—Lo habéis encontrado. ¿Qué quieres decir con eso?

—Le han disparado con un ibis. Varias veces...

Rayner sintió que se le caía el alma a los pies. El paisaje que lo rodeaba empezó a darle vueltas, y la nevada se convirtió en algo distante y ajeno.

—No respiraba cuando lo encontramos. Lo siento, jefe.

Su corazón. A Martin Adler le habían puesto un marcapasos hacía unos años. Rayner lo había visitado en el hospital después de la operación. Bromearon sobre la necesidad de ir a clases de gestión de la ira, dejar de fumar y reducir el alcohol a una noche a la semana.

—Para —ordenó Rayner en voz baja, y el conductor obedeció.

Rayner salió del vehículo, caminó hasta la parte de atrás del camión y rebuscó bajo una lona.

El guardia más joven se quedó mirando el fusil con la boca muy abierta.

—¿Es eso... lo que creo que es?

Rayner no respondió y se puso a sacar balas de un paquete de cartón desteñido para meterlas en el arma.

—Pero Susannah siempre nos ha dicho que si pasaba algo teníamos que traerlos de vuelta de una pieza. Por eso nos dio estas cosas —añadió, señalando el ibis del cinturón con gesto débil.

Rayner cerró el arma.

—Susannah no está aquí.

Después de salir de la cabaña y caminar arrastrando los pies durante lo que le pareció varias horas, Alyn se había derrumbado sobre la nieve. El suelo irregular se le clavaba en el abrigo, y tenía el rostro ardiendo de frío.

Le dolía el cuello cada vez que respiraba, como si alguien hubiera encendido una cerilla y se la restregara contra la garganta.

—Estoy justo donde empecé —dijo en voz alta, recordando la última vez que lo habían atrapado.

Dio un respingo al recordar el aullido del ibis, los gritos de los guardias mientras corrían por el patio nevado en su busca y mientras lo arrastraban de vuelta a su miserable celda gris.

Alyn levantó la mirada, casi esperando descubrir que la alambrada de la cárcel dibujaba su sombra entrecruzada sobre él, pero no había nada.

«¿Nada?».

Tardó un instante en comprender el significado de aquello, pero al final vio la luz: había llegado al final del bosque.

Se levantó ayudándose de una rama y siguió caminando dando traspiés, mirando adelante y atrás. Se oyó un ruido, y algo pasó muy deprisa un poco más adelante. Era un coche.

—Lo he conseguido —dijo Alyn.

Estuvo a punto de caer de nuevo al borde de la carretera. Una fina capa de nieve salpicaba el asfalto como si fuera azúcar glas, únicamente interrumpida por dos marcas paralelas de neumáticos.

Alyn corrió por el arcén, volviendo la vista atrás de vez en cuando, y resbalándose con la hierba y los grumos de nieve. Cuando oyó que se acercaba un coche, las piernas estuvieron a punto de doblársele.

—¡Ayuda! —chilló, y se volvió para levantar los brazos y agitarlos sobre la cabeza en un arco frenético.

El coche siguió avanzando hacia él.

—¡Por favor! —gritó Alyn hasta quedarse ronco—. ¡Por favor, pare, tiene que pararse...!

El vehículo pasó de largo, y la ráfaga de aire frío le echó el pelo hacia atrás. Siguió caminando, cojeando, con el viento rugiéndole en los oídos como si se burlara de él.

\*\*\*

—Ya hemos llegado —dijo Elsa mientras miraba la escalera ascendente.

Ryan volvió la vista atrás y se acercó a Jes, cojeando.

—No seguirás enfadada por ese beso, ¿no?

—No.

—Mira, lo siento... No sé en qué estaba pensando. Tenía miedo, estaba emocionado. Fui un estúpido. Lo entiendes, ¿verdad?

Jes evitó mirarlo a los ojos y se apartó un mechón pelirrojo.

—Si esto da al patio, caeremos en sus manos —dijo mirando la escalera.

Aunque a los demás les costara reconocerlo, Jes tenía razón. Era más que probable que el patio estuviera plagado de guardias.

—Solo hay un modo de averiguarlo —dijo Ryan—. Yo iré delante —anunció.

Se agarró a los fríos peldaños de hierro y empezó a trepar. Al llegar arriba, cogió la parte inferior de la tapa de alcantarilla y la apartó con mucho cuidado. Una corriente de aire frío y húmedo le acarició los rizos. Se estremeció y escudriñó el exterior a través de la rendija. Desde allí, a la luz del crepúsculo, el patio de ejercicios parecía vacío. Apartó del todo la tapa y salió al patio cubierto de nieve.

—¡Despejado! —gritó a los de abajo.

Avanzó con sigilo, pegado a la pared, hasta que llegó a la esquina delantera. Había un grupo de guardias junto a las puertas, transmisor en mano. Ryan se escondió.

—¿Qué ves?

Estuvo a punto de morir del susto: tenía a Harlan justo detrás.

—Puede que logremos pillarlos por sorpresa —susurró Ryan mientras se

limpiaba la nieve de la cara, que se le había quedado entumecida.

Harlan miró hacia la torre de vigilancia.

—No con ese vigía ahí. En cuanto nos vea...

—Pedirá refuerzos. A no ser...

—¿A no ser qué?

—A no ser que lo derribemos —respondió Ryan tocando el ibis.

—¿Desde aquí? Imposible. No es un arma de largo alcance.

—Bueno, puede que no por sí misma —repuso el otro mientras llamaba a Jes para que se uniera a ellos.

Ella se aseguró de avanzar sin que la vieran y se acercó con el ibis en la mano.

—Dispararemos juntos —siguió explicando Ryan—. Alguno tendrá que acertar. ¿Qué me decís? ¿Estáis preparados?

Jes asintió, levantó el ibis y cerró un ojo. Ryan levantó el suyo y utilizó el brazo izquierdo para que no le fallara el pulso.

—¿Habéis apuntado todos? —susurró—. Tres, dos, uno...

Los tres apretaron el gatillo. El ruido de los tres ibis juntos fue mucho mayor de lo que Ryan esperaba.

Mientras Jes, Ryan y Harlan estaban ocupados con el vigía, Julian arrastró un banco desde el patio de ejercicios hasta la tapa de la alcantarilla.

—¿Qué haces? —le preguntó Elsa.

—Asegurarme de que no nos sorprenden por detrás —respondió mientras soltaba el banco en la nieve—. ¿A qué esperas?

—Tengo miedo.

—Y yo —reconoció él tras una pausa—. Como todos. Me preocuparía que no

tuvieras miedo.

Elsa tragó saliva y observó a los demás, que estaban junto al muro.

—Parece más despejado por aquí —comentó Julian, señalando el otro extremo del muro trasero—. Venga, vamos a echar un vistazo.

Mientras corrían por el lado occidental de la prisión, una puertecita metálica se abrió de golpe. Julian intentó detenerse, pero se resbaló en el hielo y se deslizó un par de metros.

La profesora levantó la mirada justo cuando Julian se estrellaba contra ella, seguido de Elsa. El trío cayó al suelo.

Julian fue el primero en recuperarse.

—No digas ni una palabra... —rugió, y apretó el ibis contra las costillas de la profesora.

—No me da miedo esa cosa —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué tiemblas?

Elsa se bajó de la espalda de Julian, y Julian se apartó de la profesora sin dejar de apuntarle el pecho con el arma.

—Este pequeño plan que habéis urdido no funcionará. Lo sabéis, ¿no? —dijo la profesora mientras se ponía de pie muy despacio—. No conseguiréis huir. Hay guardias en todas las salidas. No tenéis ninguna posibilidad.

—En estos momentos, las cosas más improbables tienen la curiosa costumbre de hacerse realidad.

Ella se quedó mirándolo atentamente durante unos segundos.

—Aunque escapéis, os encontrarán. Os cazarán como a animales. A todos.

—¿Nos encontrarán?

—Las personas para las que trabajo. No pongas esa cara de sorpresa, seguro que ya te imaginabas algo.

Julian la apuntó con el ibis, y ella se echó a reír.

—Supongo que esta es la parte en la que me obligas a confesarte quién os metió aquí dentro y por qué estáis aquí. Podéis amenazarme todo lo que queráis, pero no os diré nada.

—Lo sé —respondió Julian—, por eso no te lo voy a preguntar. Voy a preguntárselo a tu jefe.

Julian sacó el móvil que le había quitado del bolsillo del abrigo. La profesora se llevó la mano al bolsillo instintivamente, sin creérselo.

—Ladronzuelo de mierda —dijo, avanzando hacia ellos—. Devuélveme eso si no quieres que...

Elsa usó el ibis como si fuera un bate de béisbol y le dio a la profesora en la sien.

—Buen trabajo —felicitó la chica a Julian, señalando con la cabeza el móvil que tenía en la mano.

—Lo mismo digo —contestó Julian.

El vigía de la torre dejó escapar un grito y cayó inconsciente sobre la barandilla de la torre.

La celebración de Ryan no duró mucho, ya que un camión dio un volantazo delante de ellos, y de él salieron cinco guardias.

—¡Soltad las armas! —ordenó el que estaba al frente mientras los hombres avanzaban a toda prisa.

—Estamos rodeados —dijo Harlan, que retrocedió para acercarse más a Ryan y a Jes.

Ryan levantó el ibis. Un disparo repentino acertó en el codo de Jes, de modo que su arma salió volando. «Dos contra cinco», pensó el chico mientras corría a refugiarse detrás de un cubo de plástico. Disparó y tuvo la suerte de darle a uno de los guardias, que cayó y resbaló por el hielo.

«Dos contra cuatro».

Otro guardia se agachó detrás de la puerta abierta del camión y se sacó la radio del bolsillo, pero Harlan se la quitó de un disparo.

—¡Jes! —gritó Ryan mientras recogía un arma y se la lanzaba.

Jes la cogió con ambas manos y se agachó para evitar otro disparo.

—¿Dónde están Julian y Elsa? —preguntó Harlan lo bastante alto para que Ryan lo oyera a pesar del ruido.

Como si lo hubiesen oído, los otros dos asomaron por la esquina opuesta del edificio y abrieron fuego.

—Me rindo —dijo el guardia que quedaba, poniéndose de rodillas—. Por favor, no...



Elsa le disparó en el pecho antes de que pudiera decir otra palabra.

—Os dejamos solos dos minutos y mira la que montáis —dijo Julian mientras se apoyaba en la pared para intentar recuperar el aliento.

Jes contempló el panorama de cuerpos inconscientes que salpicaban el patio.

—¿Cómo vamos a pasar por encima de la alambrada? —preguntó.

—La idea nunca ha sido pasar por encima de la alambrada —respondió Julian, que se acercó a uno de los guardias—. Lo que vamos a hacer es atravesarla.

Se subió al camión y los demás se apresuraron a seguirlo. Justo cuando Harlan cerraba la puerta, apareció otro grupo de guardias que empezó a disparar contra ellos. Julian metió la marcha atrás y perdió el control un segundo cuando las ruedas empezaron a patinar sobre el hielo.

—No sería mala idea que os abrocharais los cinturones —dijo mientras miraba a los demás por el retrovisor.

Harlan sacó el ibis por la ventanilla y se puso a disparar a lo loco.

Una vez que hubo conseguido la velocidad necesaria, Julian giró el volante. El camión aceleró y se estrelló contra la alambrada. Después patinó y se tambaleó de un lado a otro, de modo que los chicos acabaron dando tumbos en el interior.

Una parte de la alambrada se derrumbó poco a poco y aterrizó con un estrépito tremendo. Julian luchaba por controlar el volante y enderezar el camión de nuevo.

—¡Nos persiguen! —gritó Elsa, que vio a los guardias que quedaban meterse en un segundo camión.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó Ryan, incrédulo.

—Es justo lo que quiero que hagan —respondió Julian, mirando de nuevo por el retrovisor.

—A no ser que tengas un plan que yo no conozca, Julian... —empezó a decir

Ryan, agarrado al asiento.

—Siempre tengo un plan.

No tardaron en adentrarse entre los árboles. Las ramas golpeaban el parabrisas y dejaban el capó cubierto de nieve, mientras las agujas de pino daban tumbos por el cristal.

—No creo que esto sea buena idea, Julian —comentó Harlan mientras volvía la vista atrás.

—Si quieres salir y seguir andando, adelante.

Aquello bastó para callarlos a todos. Julian miró por el espejo y pisó con más ganas el acelerador. Las ruedas chirriaron y el motor rugió con un estruendo metálico.

—Vas demasiado deprisa —dijo Harlan mientras intentaba quitarle el volante—. Julian, vas a estrellarte...

—Esa es la idea. Cuando os diga que saltéis, saltad.

—¿Saltar? —preguntó Elsa, presa del pánico, mientras se volvía hacia los demás—. ¿Te has vuelto loco?

—No, pero vais a tener que salir de este camión si queréis seguir con vida. Listos...

Harlan intentó de nuevo arrebatarle el volante, pero Julian ya había elegido un árbol enorme que había un poco más adelante.

—Abrid las puertas —dijo.

—Julian, esto es...

—Listos... Preparaos para saltar... ¡Ya!

Julian fue el primero en saltar a la nieve, que amortiguó su caída. Rodó unos metros y al levantar la mirada vio que Harlan y Ryan saltaban del camión. Elsa fue la siguiente, seguida de Jes, que apenas logró escapar antes de que el vehículo se estrellara contra el árbol.

Julian se quedó inmóvil, ya que el golpe lo había dejado sin aliento. Parpadeó lentamente hasta abrir los ojos.

Ryan tosió, escupiendo nieve. La boca le sabía a sangre.

—¿Estáis todos bien?

Harlan se arrastró hasta un árbol para poder levantarse.

—Lo estaré dentro de un minuto —respondió mientras respiraba hondo y se agarraba el brazo—. ¿Dónde está Elsa? —preguntó, mirando a los demás.

—¡Aquí! —respondió ella con un grito débil.

Harlan levantó la mirada y vio un pie que asomaba entre la maleza.

El pecho de Ryan subía y bajaba con cada nube de aire helado que respiraba. Poco a poco consiguió rodar para tumbarse de lado y ponerse de rodillas.

—Me he hecho daño en el tobillo —gruñó mientras se metía la mano en la bota—. No sé si voy a llegar muy lejos a pie.

Julian se levantó despacio, apoyándose en una rama.

—Tenemos que sobrepasar el fuego antes de que lleguen —dijo—. Vamos.

Jes se acercó a Ryan dando tumbos y lo ayudó a levantarse. Él se apoyó en ella, y los dos avanzaron a trompicones.

El grupo estaba a poca distancia cuando el camión estalló.

Las llamas doradas se contoneaban entre los restos y lamían la pira que ardía a fuego lento. El aire no tardó en oler a combustible y humo. Los miembros del grupo notaron el calor del fuego a sus espaldas.

—Creerán que estábamos dentro —dijo Julian entre resuellos antes de inclinarse y empezar a jadear y a toser—. Y el fuego derretirá la nieve.

—Y nuestras huellas —añadió Harlan, mirando atrás mientras tosía con ganas y le lagrimeaban los ojos—. Eso nos concederá algo de tiempo.

Jes cayó de rodillas y tosió tanto que estuvo a punto de vomitar. La humareda se acercaba hasta ellos. Elsa se alejó rápidamente, con las mejillas cubiertas de lágrimas saladas.

—Lo hemos conseguido —dijo, casi sin aliento—. ¡Somos libres!

Rodeó con sus brazos a Ryan, que perdió el equilibrio, y los dos cayeron sobre la nieve entre risas.

Los chicos avanzaron arrastrando los pies en silencio unos veinte minutos, algunos cojeando, y, cuando estuvieron seguros de que no los seguían, se acurrucaron bajo la copa de un abeto.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Harlan, mirándolos uno a uno—. Deberíamos acordar algún plan de acción.

Elsa fue la primera en responder.

—Pienso averiguar dónde estamos. Después, me voy a casa.

Julian parecía preocupado.

—¿A casa? No sé si eso es una buena idea.

—No puedes evitar que vaya a ver a su familia —repuso Ryan—. Si quiere ir, tiene...

—Solo conseguirá que le hagan daño. Y seguramente también a su familia. Pensadlo, si el responsable de esto nos hizo desaparecer tan fácilmente, lo mismo podría hacerles a ellos. Y lo primero que harán es ir a buscarnos a nuestras casas...

—Tiene razón —dijo Harlan—. Sé que te mueres de ganas de verlos, Elsa, pero no querrás ponerlos en peligro, ¿verdad?

Elsa lo reconoció a regañadientes.

—Llegaré al fondo de todo esto —dijo Ryan—. Necesito saber quién nos metió allí... y por qué.

Julian se sacó del bolsillo el móvil robado.

—A lo mejor puedo ayudarte con eso.

—¿Un móvil? ¿De dónde lo has sacado? —preguntó Ryan.

—Es de la profesora. Pero lo que de verdad importa es que nos va a conducir hasta el responsable.

Encendió la pantalla y se quedó consternado al ver que la batería parpadeaba.

—Si solo hay batería para una llamada, tenemos que llamar a las autoridades —le dijo Harlan—. A la policía, al Gobierno... Hay que contarle a todo el mundo lo que ha pasado.

—Tampoco vamos a llamar a las autoridades —repuso Ryan—. Ni siquiera sabemos dónde estamos. Y, sea lo que sea esto... Sea quien sea el que nos metió ahí, estoy seguro de una cosa: este asunto es mucho más grave de lo que pensamos. No podemos confiar en nadie. ¿Has encontrado algo en ese móvil? —preguntó, volviéndose hacia Julian.

—Hay un mensaje de texto de alguien llamado Felix preguntando si hay noticias de Hart. Lo enviaron a las seis de la mañana. Voy a llamar a ese número.

El móvil pitó, y la luz de la batería parpadeó de nuevo.

—Será mejor que te des prisa —dijo Ryan—. Ese teléfono no va a durar ni un minuto más...

Julian pulsó el botón de llamada y puso el altavoz para que el resto del grupo lo oyera. Esperaron en silencio mientras daba la señal. La luz de la batería parpadeó de nuevo.

«Venga —pensó Ryan—. Coge el puñetero teléfono, seas quien seas...».

—¿Susannah? —preguntó una voz—. ¿Qué pasa?

Julian acercó el móvil a Jes.

«Finge ser ella», le pidió moviendo los labios.

—¿Hola? —improvisó Jes, vacilante. Bajó el móvil, tapó el micrófono, miró a Julian y le preguntó—: ¿Qué le digo?

—Tú síguele el juego —respondió él con un susurro.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó la voz, impaciente—. ¿Sigues en Escocia?

—Escocia —murmuró Ryan, mirando a su alrededor—. ¿Estamos en Escocia?

—Chist —lo silenció Elsa, dándole un codazo en las costillas.

—Sí —respondió Jes, haciendo lo que podía por imitar la voz de la profesora—. Sigo... Sigo aquí. ¿Dónde estás tú?

—Ya sabes que sigo en Londres, no puedo hacer nada hasta...

El móvil pitó de nuevo, y la pantalla se oscureció ante la pérdida de batería.

—Se suponía que tenías que venir hasta aquí para hablar sobre nuestro problema —siguió diciendo Felix—. ¿Ha pasado algo?

—No, nada, todo va bien. Es que... me ha surgido un asunto y voy con retraso —dijo Jes—. Nada más.

—¿Susannah? ¿Seguro que va todo bien? —preguntó Felix. De repente, hizo una pausa, como si lo entendiera todo—. No eres Susannah, ¿verdad?

Jes cortó la llamada y, un segundo después, la pantalla se oscureció del todo. Julian cogió el teléfono y lo dejó caer en la nieve.

—Felix... —meditó Harlan, con los brazos cruzados—. No sé por qué, pero ese nombre me resulta familiar.

—Supongo que el siguiente paso es ir a Londres a buscarlo e intentar sonsacarle alguna respuesta —dijo Ryan—. No tenemos ninguna pista más, ¿no?

—En realidad, sí la tenemos —respondió Elsa—. El Compromiso.

—¿El qué?

—El Compromiso. Creo que puede tener algo que ver con la razón por la que estamos aquí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Fue el día después de que te trajera hasta aquí —contestó Elsa, volviéndose hacia Ryan—. Encontré algo en la sala de interrogatorios: un documento. A la profesora, Susannah, debió de caérsele con todo el lío que montaste al intentar escapar.

—¿Y?

—No he podido recordarlo desde entonces —dijo ella, apartando la vista.

—Por eso te dispararon los guardias —dijo Jes—. ¿Crees que explicaba por qué estamos aquí?

—Eso creo, y estoy segura de que el Compromiso, sea lo que sea, tiene que ver con ello.

Julian volvió la vista atrás, hacia el punto donde habían abandonado el camión.

—Aunque me encantaría quedarme aquí intercambiando historias, tenemos que seguir avanzando. El accidente no los engañará mucho tiempo.

El grupo corrió por el bosque, volviendo la vista atrás de vez en cuando. Ryan se metió un poco de nieve en la bota para entumecer el tobillo y aliviar el dolor. Después de descender por la pendiente de una orilla, llegaron a un arroyo helado de unos dos metros de ancho que se adentraba entre los árboles.

Elsa se acercó al borde y probó a pisarlo.

—Parece seguro —comentó.

—Puede que para ti —respondió Julian—. Aunque solo hay un modo de averiguarlo —añadió, y la empujó hacia el hielo.

Elsa se tambaleó y extendió los brazos.

—¿Veis? —dijo.

—No estoy muy convencido. Yo me seguiría moviendo, si fuera tú.



Cuando Elsa acabó de cruzarlo, Julian se agachó y recogió una rama. Cruzó el arroyo arrastrando los pies y tanteando con la rama el hielo antes de pisarlo.

Saltó a la otra orilla y cayó de rodillas.

Harlan se colocó al borde de la hierba y pisó el arroyo con mucho cuidado.

—Puedes hacerlo, Harlan —lo urgió Elsa—. No es muy grande...

Entonces oyeron un ruido a lo lejos que les hizo levantar la mirada.

—Son ellos, ya vienen —dijo Ryan entre dientes, mirando por encima de la orilla con la mano a modo de visera—. Tenemos que darnos prisa.

Harlan se volvió y dio otro paso en el hielo. El pie le resbaló y, con una mueca, el chico se arrastró hasta llegar a la otra orilla y agarrarse a la maleza. Acababa de salir del arroyo cuando se oyó un crujido y el agua succionó varias capas de hielo.

—Encontraremos otro paso —dijo Ryan, y tiró de Jes hacia él—. Vamos, ya os alcanzaremos.

La pareja corrió río abajo. Elsa ayudó a Harlan a ponerse en pie y se volvió para buscar a Julian, pero el chico se había marchado sin ellos.

Cuando Ryan y Jes por fin encontraron un punto más estrecho para cruzar, unos veinte minutos después, no había ni rastro de los demás por ninguna parte.

En esos minutos había bajado aún más la temperatura, y Ryan empezó a preguntarse si lograrían sobrevivir al día siguiente.

Apartó una rama para que Jes pasara y subieron con pasos cansinos por una cuesta muy escarpada. Grandes costras de nieve en polvo le colgaban de los dobladillos de los pantalones mojados. Apenas sentía las piernas.

—Estoy preocupado por Elsa. ¿Cómo va a resistir esto?

—Es una luchadora —contestó Jes, y no dijo nada más sobre el tema.

—¿Cuándo me vas a contar lo que ha pasado ahí dentro, Jes?

—No sé de qué me hablas.

—En las celdas, después de que me liberaras. Sé que pasó algo, estás distinta.

—No sabes nada sobre mí, Ryan.

—¿Tiene algo que ver con Alyn? ¿Estás preocupada por él o...?

Jes negó con la cabeza.

—¿Es por el...?

—Déjalo ya, por favor —contestó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—No pienso dejarlo, Jes. Si no empiezas a hablar...

—¡Cállate ya! No es asunto tuyo, Ryan... No quiero hablar del tema.

Su voz rompió el silencio. Ryan la miró con los ojos entornados y se alejó a grandes zancadas, sacudiendo la cabeza.

En ese preciso instante oyeron un ruido procedente de los árboles: un arrastrar de pies y el crujido del suelo bajo unas botas. Ryan se detuvo y se volvió. Jes y él se miraron.

—Ahí hay alguien más —susurró Ryan.

—Yo también lo he oído. ¿Qué hacemos?

Ryan se volvió y miró hacia los árboles, pero no logró ver nada.

—Correr. A la de tres. Una, dos...

De repente se oyó un crujido breve y repentino, cuyo eco rebotó por el bosque.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ryan entre dientes—. No me gusta cómo suena...

Jes lo miró desconcertada. Se había quedado pálida.

—¿Ryan? —murmuró.

Él se volvió justo cuando Jes se bajaba la cremallera del abrigo: el uniforme gris tenía una mancha de sangre que se extendía poco a poco por la tela.

—Jes, estás sangrando.

—Ryan, yo... —empezó a decir ella, pero cayó de rodillas, sujetándose el costado. La sangre le chorreaba entre los dedos.

—Tú lo mataste —dijo Rayner mientras apartaba de su camino una rama. Del cañón de su fusil salía una espiral de humo—. Era un buen hombre, uno de los mejores. Nos conocíamos desde niños, y tú lo mataste. Lo matasteis entre todos.

Ryan apuntó con su ibis a Rayner y apretó el gatillo, pero no ocurrió nada.

Rayner le enseñó un mando de plástico.

—Es un interruptor de emergencia —explicó—. Desactiva todas las armas que estén en un radio de cincuenta metros. Pero no todo tipo de armas, claro —añadió mientras le daba unos golpecitos al fusil con la mano enguantada.

Sonrió y levantó el fusil para apuntar al pecho de Ryan mientras entornaba los ojos para enfocar el objetivo.

—¿Unas últimas palabras? —preguntó mientras colocaba suavemente el dedo en el gatillo—. ¿No? Entonces, vamos a acabar con esto limpiamente.

En el cuarto de hora que Alyn llevaba caminando por la carretera en soledad, tres vehículos pasaron de largo, negándose a llevarlo.

Cuando apareció el cuarto vehículo detrás de él, el chico solo consiguió mirarlo decepcionado antes de volverse hacia delante y seguir caminando por aquella carretera que parecía eterna.

—¿Hola?

Alyn se paró y se volvió. El coche había frenado y avanzaba junto a él.

—Es muy tarde para que estés por aquí fuera tú solo —dijo la joven escocesa que conducía—. ¿Te llevo a la ciudad?

Alyn intentó hablar, pero no encontró las palabras. Lo único que consiguió fue asentir con la cabeza.

—Pareces un muerto viviente.

—Sí, así me siento.

La mujer puso el intermitente y detuvo el coche.

—Sé que, en teoría, no se debe recoger a los autoestopistas, pero... si tú no se lo cuentas a nadie, yo tampoco.

—¿Dónde estoy?

—En Escocia. ¿No lo has notado por mi acento? —preguntó, sonriendo, pero entonces se percató de lo serio que estaba Alyn—. El frío te ha afectado de verdad, ¿eh? Sabes dónde estás, ¿no?

Alyn miró a su alrededor lentamente.

—Entonces, ¿me vas a contar qué haces aquí, tú solo, en un lugar que no conoces? Eres demasiado joven para estar de despedida de soltero o algo así, ¿no?

Alyn deseó poder contárselo todo: lo de la prisión; lo de que los habían secuestrado en la calle y en sus casas para obligarlos a arrepentirse de delitos que no habían cometido; lo de los guardias; y lo de los ibis... Y lo de que la última vez que había visto a Jes se habían peleado, y ahora deseaba con toda su alma poder retirar lo que había dicho.

—Estaba de... acampada —mintió, aunque se daba cuenta de que sonaba ridículo—. Con unos amigos. Me perdí... Llevo días por ahí.

Fue entonces cuando la mujer empezó a mirarlo con cara de preocupación.

—¿Con este tiempo? ¡Podrías haber muerto! Entra en el coche, tengo una manta en el maletero.

Alyn forzó una sonrisa mientras la mujer tiraba del freno de mano y se apresuraba a salir del coche. «Me voy a casa —pensó—. Averiguaré quién es el responsable de...». Se metió la mano en el bolsillo y sacó la fotografía de Jes. «Los salvaré a todos».

De repente, el transmisor que llevaba en el bolsillo dejó escapar un ruido que rompió el silencio. A Alyn se le había olvidado que lo llevaba encima.

—La alambrada ha caído —dijo uno de los guardias—. Apagad el fuego antes de que se convierta en un foco de atención.

«Un incendio —pensó Alyn—. ¿Qué estará pasando ahí dentro?».

—¡Estoy contigo en un minuto! —gritó la mujer desde el maletero—. Tengo un lío tremendo aquí dentro, no encuentro nada de nada...

Alyn no le hizo caso; se sacó el transmisor del bolsillo y se lo llevó a la oreja.

—¿Alguna pista de adónde pueden haber ido? —preguntó otra voz.

—A unos cinco metros del accidente encontramos huellas que se internaban en el bosque. Nos llevan bastante ventaja.

—Huellas... —dijo Alyn en voz baja, casi sin aliento—. Lo han conseguido.

—Quiero a todos los hombres en el bosque de inmediato —dijo otra voz—. Los superamos en número, no durarán mucho ahí fuera.

El transmisor soltó otro chisporroteo, y Alyn se sobresaltó y lo bajó.

—Soy Claude Rayner. Tengo a dos de ellos: Jes Heather y Ryan Farrell.

En aquel momento se oyó otro ruido a través del comunicador: era Ryan y gritaba algo.

—¡Asesino! —fue lo último que le oyó decir Alyn.

\*\*\*

Mascullando para sí, la mujer levantó una caja de cartón en la que guardaba la cubertería de su madre y liberó rápidamente la manta de picnic que estaba atrapada debajo.

—¡Por fin! —exclamó, y se la metió debajo del brazo—. Perdón por la espera. Con esto entrarás en calor hasta que lleguemos a la ciudad, por lo menos. Debería llevarte al hospital...

La mujer avanzó con cautela sobre el resbaladizo suelo helado, apoyándose en el coche para mantener el equilibrio.

—Por cierto, me llamo Gwen. No me has dicho cómo te llamas...

Pero cuando llegó al asiento del pasajero, se quedó paralizada: el chico había desaparecido.

## Epílogo

A muchos kilómetros de la prisión, James Felix se detuvo junto al rascacielos de cristal del centro de Londres en el que se reunía el Compromiso.

Aunque él no tenía culpa alguna de la fuga que se había producido, era muy consciente de cómo reaccionarían. Habría gritos y palabrotas (seguramente insultos), pero, cuando se calmaran los ánimos, se sentarían a hablar como las personas adultas que eran.

Al menos, eso esperaba.

«Ya casi es la hora», pensó, y se bajó la manga para tapar el reloj antes de dirigirse a la puerta.

—Felix.

—Emmanuel —lo saludó Felix, sobresaltado—. Me has asustado. ¿Qué haces aquí? Creía que no querías verte involucrado...

—¿En la burocracia? Ni pretendo hacerlo. ¿Qué te ocurre? Pareces haber envejecido diez años de la noche a la mañana.

—Conocen mi nombre —respondió Felix—. Y cuando descubran quién soy, querrán venganza.

—Venganza y justicia. En realidad, siempre he pensado que no se diferencian mucho.

—¿Solo se te ocurre eso? Se supone que eres mi asesor...

—Y como asesor te aconsejo que te muerdas la lengua antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte después.

—¿Has venido a burlarte de mí o existe alguna otra razón?

—He venido a ofrecerte mi apoyo —respondió Emmanuel, acercándose un poco más a su supuesto líder, que en aquel momento parecía cualquier cosa menos eso—. Necesito saber que el Compromiso, tú y yo estamos en el mismo equipo.

Felix consiguió asentir con la cabeza, que era lo que esperaba Emmanuel.

—Bien —repuso el asesor—. Pues entonces, acabemos con esto de una vez por todas.

El hombre entró en el edificio; el abrigo le ondeaba al caminar. Felix echo una última mirada nerviosa al ajetreo de la calle y se apresuró a seguirlo.



## Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas: a Claire Wilson, mi agente, por sus valiosos consejos, su guía y apoyo; a mi editora, Shannon Cullen, por ver el potencial de mi trabajo y por su excepcional ayuda editorial; a Laura Squire, por todas sus sugerencias; a Wendy Shakespeare, Jennie Roman y el resto del equipo de corrección; a Katy Finch por su maravillosa cubierta; a Sarah Topping; Tania Vian-Smith; Nicola Chapman; los equipos de publicidad y derechos de autor; Ben Horslen y todo el equipo de Puffin y Rogers, Coleridge & White; a los amigos que han demostrado interés y me han animado a lo largo de los años, sobre todo a Mike M., Damian y Neil, a mi futura familia política, Siobhan y Bren; a Niamh y Bronagh por su interés y entusiasmo; a mi madre, Christine, que ha creído en mí desde el principio y nunca intentó hacerme cambiar de idea cuando le conté que quería dedicarme a escribir libros. Y, por supuesto, a Sarah, mi prometida y mi mejor amiga, por su incansable apoyo y por soportarme (aunque no sé cómo).